

LO OSCURO E INEVITABLE
UNA APROXIMACIÓN A LA MUERTE EN JANKÉLÉVITCH



PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE FILOSOFÍA
CARRERA DE FILOSOFÍA

LO OSCURO E INEVITABLE
UNA APROXIMACIÓN A LA MUERTE EN JANKÉLÉVITCH

DIANA CAROLINA FRANCO ROMERO
BOGOTÁ, DICIEMBRE 6 DE 2007

**LO OSCURO E INEVITABLE
UNA APROXIMACIÓN A LA MUERTE EN JANKÉLÉVITCH**

**Trabajo de grado presentado por Diana Carolina Franco Romero, bajo la dirección
del profesor Dr. Luis Fernando Cardona Suárez, para optar al título de filósofa.**

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE FILOSOFÍA
CARRERA DE FILOSOFÍA
BOGOTÁ. DICIEMBRE 6 DE 2007**

Agradezco a mis padres que con un gran esfuerzo han logrado que sus metas y mis proyectos se estén realizando. Al profesor Fernando Cardona por su tiempo, su rigor, sus conocimientos y las oportunidades que me ha brindado; por su paciencia y el regaño casi-diario para que luche por el tinto. Finalmente agradezco que existió Vladimir Jankélévitch y que el casi-puede de la muerte jamás lo va a nihilizar.

A Leonardo Arbeláez

CONTENIDO

<u>INTRODUCCION</u>	9
<u>I. LA MUERTE DE ESTE LADO DE LA MUERTE</u>	13
1.1. <u>El misterio y el fenómeno de la muerte</u>	13
1.2. <u>La muerte durante la vida</u>	17
1.3. <u>El órgano obstáculo</u>	27
1.4. <u>La entre-abertura</u>	34
1.5. <u>La resignación y la esperanza</u>	38
1.6. <u>El espacio y el tiempo</u>	41
1.7. <u>El envejecimiento</u>	43
<u>II. LA MUERTE EN EL INSTANTE MORTAL</u>	49
2.1. <u>El instante mortal está fuera de las categorías</u>	49
2.2. <u>El casi-nada del artículo mortal</u>	58
2.2.1. <u>El umbral de la muerte es escamoteado</u>	58
2.2.2. <u>Pequeñas muertes</u>	60
2.2.3. <u>El acontecimiento de la muerte no es una nada sino un casi-nada</u>	61
2.2.4. <u>No se aprende a morir</u>	63
2.2.5. <u>La repentinidad progresiva</u>	64
2.3. <u>Lo irreversible</u>	66
2.3.1. <u>Ida sin vuelta en el tiempo</u>	66
2.3.2. <u>El recuerdo</u>	67
2.3.3. <u>Primera y última vez en curso de continuación</u>	69
2.3.4. <u>Irreversibilidad mortal</u>	70
2.4. <u>Lo irrevocable</u>	73
2.4.1. <u>Lo irreversible de haber-sido, lo irreparable del hecho de haber sido</u>	73
2.4.2. <u>Lo irrevocable-irreparable de la muerte</u>	75

<u>III. LA MUERTE MÁS ALLÁ DE LA MUERTE</u>	79
3.1. <u>El porvenir escatológico</u>	79
3.2. <u>Absurdidad de la supervivencia y la nihilización</u>	82
3.2.1. <u>Absurdidad de la supervivencia</u>	82
3.2.2. <u>Absurdidad de la nihilización</u>	87
3.3. <u>La <i>quodidad</i> es imperecedera</u>	98
3.3.1. <u>Aquello que no muere no vive</u>	98
3.3.2. <u>Haber sido, haber vivido, haber amado</u>	101
<u>CONCLUSIÓN</u>	106
<u>BIBLIOGRAFÍA</u>	108

La muerte es oscura como es oscuro el lago profundo del que habla la prosa de los difuntos: por oposición a las tinieblas transparentes, que permiten adivinarlo todo, la muerte es el negro absoluto. ¿Alumbra la vida como la tiniebla sobreesencial alumbra la vida, iluminándola con su oscura luz? Más bien proyecta sobre el vivo, las sombras amenazadoras de la noche.

Jankélévitch

INTRODUCCIÓN

Lo oscuro e inevitable, es el tema central de nuestro trabajo, el cual va a ser abordado desde la obra *La Muerte* de Valdimir Jankélévitch. Nuestro autor nació en 1903 en Borgoña, Francia, y murió en París en el año de 1985. Nace en una familia de intelectuales rusos; su padre fue uno de los primeros traductores de Sigmund Freud en Francia, tradujo también obras de Hegel y Schelling. Vladimir Jankélévitch entró en 1922 en la Escuela Normal Superior, en donde conoció a Enrique Bergson, obtuvo su título de filósofo en 1926, al año siguiente entró al Instituto Francés de Praga, y enseñó allí hasta 1932 redactando su trabajo doctoral: *La Odisea de la conciencia en la última filosofía de Schelling*.

De vuelta a Francia enseñó en el Liceo del Parque, luego en la Universidad de Toulouse en 1939, en ese año fue movilizado a la guerra y herido un año después. Fue revocado por las leyes de excepción del régimen de Vichy debido a su origen judío, perdiendo de esta manera su puesto de profesor. En 1941 entró en la Resistencia, dirá: “los nazis son unos hombres sólo por casualidad”, durante este periodo muchos de sus escritos empezaron a ser difundidos clandestinamente por sus estudiantes. En 1951 hasta 1979 obtuvo una cátedra como titular en Sorbona, y recibió el *Honoris Causa* por parte de la Universidad Libre de Bruselas en 1965 y en 1968 se comprometió a favor de las luchas estudiantiles, siendo figura relevante en los movimientos llevados a cabo tanto en Sorbona, como Jussieu.

En Sorbona Jankélévitch marcó numerosas generaciones de estudiantes por sus clases de moral y de metafísica, pero también por su personalidad fogosa y humana. Consagró sus últimos años a sus obras filosóficas y musicales. Filosofía, música y compromiso son las posibilidades políticas de su tiempo fueron los tres ejes que configuraron su vida La mayor parte de su extensa obra filosófica gira en torno a los problemas que conforman la experiencia de la vida cotidiana, como *La austeridad y la vida moral* (1956). *Lo no se qué y lo casi nada* (1957). *Lo puro y lo impuro* (1960) *La aventura, el aburrimiento, lo serio* (1963). *La muerte* (1966). *El perdón* (1967) *Lo irreversible y la nostalgia* (1974) *La ironía*(1982). Y finalmente en la reflexión sobre el mundo de la música encontramos

Monografías sobre Fauré (1938) y Ravel (1939), La rapsodia, La música y lo inefable (1961), la vida y la muerte en la muerte de Debussy (1968), Liszt y la rapsodia (1979).

El rasgo característico del pensamiento de Jankélévitch es que no es un filósofo sistemático como lo fue Kant o Hegel; su pensamiento no tiende hacia la construcción de sistemas ni a la concepción de todo aquello que puede ser cosa hecha, terminada o definitiva, por ello su filosofía no interpreta, ni parte, y mucho menos desemboca, en el concepto de absoluto. Y sin embargo, su obra está marcada por una profunda preocupación metafísica: captar la cotidianidad en su devenir.

No es difícil encontrar en Jankélévitch una unidad temática en todos los problemas filosóficos que aborda, haciendo que su filosofía tenga en sí misma armonía y ofreciendo de su escritura una poesía melódica, que desemboca en su problema primordial: el tiempo vivido. A partir de esta problemática Jankélévitch nos coloca en el plano propiamente inaprensible: el instante, donde el instante adquiere características específicas: es el claro-oscuro, lo oscuro de la muerte, el final irreversible, lo inevitable, el casi-nada, la primiuúltima vez, el órgano obstáculo etc. Ahora bien, al hacer una aproximación en el pensamiento de Jankélévitch encontramos varias fuentes de las que se nutrió, las cuales se encuentran latentes en todas sus obras, bien sea para entrar en diálogo con ellas o para polemizarlas. Dentro de los filósofos con los que sostiene un arduo diálogo encontramos a Platón, con el cual polemiza de una forma bastante fuerte por la concepción que éste tiene de la muerte; también se ocupó de Parménides, San Agustín, Santo Tomás, Descartes, Leibniz, Spinoza, Kant y Kierkegaard entre otros; De la misma manera se centró en filósofos que no constituyeron sistemas filosóficos como lo fueron: Heráclito, Plotino, Pascal y Schelling. Su influencia literaria la encontramos propiamente en Dostoievsky, Chejov y Tolstoi. También es muy importante anotar que fue discípulo de Bergson, el filósofo del devenir; las concepciones de éste filósofo estarán profundamente imbricadas en su pensamiento.

Ahora bien, ubicando a Jankélévitch en una época para la cual el mundo estaba en crisis, es decir, la segunda guerra mundial y el mayo del 68, podemos comprender por qué su desafío con respecto a la filosofía fue precisamente pensar lo cotidiano. Esto no fue precisamente

una novedad para la filosofía, pues de hecho sabemos que la ruptura de la filosofía del siglo XX con respecto a las filosofías precedentes es la introducción de la cotidianidad. Por lo anterior, el cambio fundamental para la época se basó en que la filosofía debía decirle algo al hombre cotidiano, oponiéndose entonces esta forma nueva de pensar al concepto que se trabajó en la época moderna o mejor a lo que apuntaban filosofías anteriores, que era precisamente el abordar lo abstracto. La manera de emprender lo cotidiano desde Jankélévitch es precisamente a través de preguntas existenciales que circundaban toda la realidad, como por ejemplo, el problema de cómo pensar la muerte, de cómo nos encontramos abocados a la nada y lo que esto implica para nosotros. El cual será el tema central de este trabajo. Desde este tipo de problemas Jankélévitch hace una crítica a la filosofía por la construcción de conceptos abstractos, haciendo un intento por mostrar que para comprender los problemas de la filosofía el filósofo debe involucrarse en la cotidianidad, en el aquí, en lo que nos rodea sin la pretensión de elaborar respuestas únicas.

Otro de los autores que tendrá bastante relevancia en este trabajo es Jean Améry; sin duda alguna, él nos invita a asumir la cotidianidad, pues nos hace ver que tan susceptibles somos ante lo que nos sucede, ante lo que nos adviene, como el envejecimiento, es decir, el encuentro de nosotros ante el espejo, cómo y por qué podríamos levantar la mano sobre nosotros mismos. A partir de Améry vamos a intentar acercarnos a lo que es el dolor en toda su expresión; aunque no lo podamos comprender totalmente, considero que sí nos vemos afectados por distintos relatos que él nos presenta, acerca de la tortura, de la seductora muerte, de las segregaciones cutáneas que aparecen al mirarme al espejo.

En el presente trabajo abordaremos la obra *La Muerte* de Vladimir Jankélévitch; aquí veremos que estamos inevitablemente abocados a la nada, a la oscura muerte. En este punto es necesario tener presente que Jankélévitch hace una serie de reflexiones acerca de la muerte, pero no llegaremos a saber qué es ella, sino que estaremos en un torbellino de absoluta ignorancia. Ignorancia que nos llevará a decir que estamos en la oscuridad respecto de lo qué es la muerte; sentiremos angustia, el tiempo y nuestro cuerpo se harán más latentes que nunca. Nos resignaremos, pero agradeceremos que la esperanza exista y al mismo tiempo nos preguntaremos ¿para qué sirve? Desearemos estar en ese pequeño instante mortal, pero pensaremos que afortunadamente aún no lo estamos, que aún no

hemos dejado de ser. Nos gustaría volver atrás y no podemos, nos daremos cuenta que por no poder hacerlo moriremos. Nos sentiremos impotentes ante el hecho de que estamos abocados a la nada, pero nadie nos quitará el hecho de haber existido; agradecemos entonces el casi-nada. Además al fin y al cabo hemos amado, hemos vivido la vida independientemente de lo que hayamos hecho, tendremos la seguridad de que aún el latido de nuestro corazón sigue, tenemos la oportunidad de fumarnos otro cigarrillo, volveremos a llorar a reír, y afortunadamente también nos daremos cuenta que la muerte llegará y por ello nuestra próxima lágrima será la más valiosa como lo van a ser las otras.

Lo oscuro e inevitable. Una aproximación a la muerte en Jankélévitch va a ser tratada en tres capítulos: el primero, la muerte de este lado de la muerte, nos hablará de cómo pensamos la muerte a partir del ahora y de lo que hay a nuestro alrededor. En el segundo, la muerte en el instante mortal, veremos si es posible o no que se dé tal instante, es decir, si la muerte es definitiva o no; si la muerte puede ser conceptualizada, entre otras cosas. El tercero: la muerte más allá de la muerte, veremos si es posible la vida después de la muerte, o si seremos totalmente nihilizados y lo más importante...

Capítulo I

LA MUERTE DE ESTE LADO DE LA MUERTE

1.1 El misterio y el fenómeno de la muerte

La muerte tiende a abarcarse desde la perspectiva física en donde se le concibe como un fenómeno biológico, social y jurisdiccional, tomándosela así como un simple fenómeno empírico como cualquier otro. Tales reflexiones cosmológicas y racionales tienden a banalizar la tragedia de la muerte, pues la conceptualizan, reduciendo su importancia metafísica y la convierten en un simple fenómeno. Es por esto que se han dejado dos aspectos de lado: la ausencia de la persona que desaparece, la cual es irremplazable; que no podemos huir de la muerte y que estamos inevitablemente abocados a la nada. De esta manera nos hemos topado con el monstruo *empírico-metaempírico* que llamamos muerte; por un lado, la muerte es un fenómeno universal biológico y se reconoce mediante coordenadas de tiempo y lugar; pero, al mismo tiempo, este suceso es desmesurado e incommensurable en relación con los demás fenómenos naturales, pues la muerte es “un misterio que es un acontecimiento efectivo algo metaempírico que tiene lugar de un modo familiar en el curso de la empiria”¹. Ahora bien, ¿por qué la muerte a pesar de ser tan común nos parece un hecho tan sorprendente? La muerte es insólita pero incluso tan familiar que el más torpe de los hombres la reconoce y la identifica en el momento en que se topa con ella; así es la naturaleza sobrenatural de la muerte, no es como Dios que es lo absolutamente lejano, por el contrario, la muerte es a la vez lo lejano y lo próximo, y con ello lo más insuperable.

El que se propone filosofar sobre la muerte cree que se exime a sí mismo de la mortalidad universal, haciendo como si la muerte no le concerniera en nada y esto no es más que el resultado de una esperanza apasionada, pues es como una supuesta excepción que privilegia a la primera persona y no tiene nada en común ni con el final de la vida ni con la verdad

¹ V. Jankélévitch. *La muerte*. Tr. M. Arranz. Pre-textos. Valencia 2002, 19.

racional; esto solo expresa el yo, el egocéntrico yo, esta persona “olvida” que la muerte es una ley general y que un hombre jamás escapará de ella, pues su triunfo es inevitable.

Pero, ¿Cómo tomamos conciencia de la muerte? El hombre al que ha alcanzado la desgracia se toma en lo sucesivo la muerte en serio, y aunque esto no sea un gran secreto, ni algo para añadir a nuestro conocimiento, sin embargo, no es imposible describir tres aspectos del enriquecimiento que representa para nosotros la toma de conciencia del misterio, por tanto podemos distinguir la efectividad, la inminencia y el concernimiento personal².

Hay que tomar conciencia de la seriedad de la muerte; para ello, es preciso matizar entre el saber abstracto y nocional y el acontecimiento efectivo. Al experimentar el duelo o la enfermedad nuestro conocimiento pasa a ser efectividad, ya que es un conocer vivido, es la gnosis concreta de la emoción intensamente y apasionadamente vivida, pues aquello que apenas intuíamos lo comprendemos ahora con la vida entera. Para el hombre esto personifica lo serio en donde se encuentra el punto de inserción en el espacio y en el tiempo. En su reflexión sobre los acontecimientos humanos el mismo Jankélévitch nos dice:

Lo serio es como una tragedia en sordina, una tragedia a media luz, una tragedia donde la catástrofe está indefinidamente aplazada...lo serio siempre es lo trágico de mañana porque la tragedia propiamente dicha siempre es para luego. Una situación seria es una cantera de soluciones que se renuevan sin cesar, saltando de la catástrofe a la vuelta a empezar por una especie de caída hacia delante o una acrobacia continua hasta llegar a lo insoluble de la muerte, que es la desgracia última y definitiva. Porque todo se arregla a fin de cuentas, todo acabará con el absoluto absurdo que sella nuestro destino³.

Todo esto nos lleva a la inminencia, la cual es la forma temporal de la efectividad lo mismo que la indeterminación del futuro; el alejamiento del pasado es la primera condición para conocer la muerte abstractamente, siendo el conocimiento retrospectivo, la muerte del otro es asumida con objetividad a destiempo; desde este punto de vista la muerte es un conocimiento póstumo y único capaz de asegurar al hombre la tranquilidad que transforma la tragedia en problema. La perspectiva del futuro es la segunda forma de distanciamiento,

² Cf. V. Jankélévitch. *La muerte...*, 27.

³ V. Jankélévitch. *La aventura, el aburrimiento, lo serio*. Tr. Bernaroch. Taurus. Madrid. 1989, 183.

la muerte de cada cual, en relación a mi mismo, pertenece al futuro; es, por definición, el último futuro de la vida, a diferencia de los otros futuros que están normalmente presentes como el mañana, el futuro extremo de la muerte es un pasado mañana que no será nunca hoy, este futuro estará siempre por venir y no dejará nunca de acercarse, es más, es nuestro futuro inminente. Y es aquí donde se da la angustia, pues nos falta el valor de enfrentar la muerte; pensamos nuestra propia nada de forma subsidiaria; pensamos a través de los términos medios y los conceptos amortiguados. Para “evitar” la muerte somos precavidos, cuidamos de nuestra salud y demás cosas, sin embargo, la muerte siempre nos llega de sorpresa, haciendo vanos todos los cuidados y las precauciones, pues por viejo que uno sea siempre se muere demasiado pronto.

Si bien hemos mostrado la efectividad de la muerte y su inminencia, el lado más perturbador de ella se muestra en el hecho de su indubitable concernimiento personal: la muerte siempre es un asunto irrevocablemente mío. La muerte para mí es el final del universo, en cambio la muerte del otro es un incidente de los más ordinarios, y recíprocamente, mi muerte no es una catástrofe tan grande para el universo. Ésta ridícula desproporción hace que experimentemos la amargura de la insignificancia objetiva de la muerte propia. Mi muerte para mí no es por tanto, la muerte de alguien, sino que es una muerte que transforma al mundo entero, una muerte inevitablemente única que no se parece a cualquiera.

Ahora bien, ¿cómo negar que la cláusula de la primera persona sea una cláusula irónicamente esencial? Para esto Jankélévitch distingue claramente entre tres perspectivas: la tercera y segunda personas que son mi punto de vista sobre el otro, y la primera persona que es el punto de vista sobre mí mismo⁴.

Desde la perspectiva de la tercera persona la muerte es siempre la muerte en general; es la muerte abstracta o bien la muerte propia de manera impersonal. Ésta óptica es principio de serenidad, que nos suele acompañar cuando nos referimos a la muerte, tal perspectiva es una mirada serena al contrario de lo ocurrido a la primera persona, pues ésta es fuente de angustia, en donde estoy acorralado y la muerte, es un misterio que me concierne

⁴ Cf. V. Jankélévitch. *La muerte...*, 34.

íntimamente e íntegramente, es decir, en mi nada más profunda; el hombre se enfrenta inevitablemente a la completa soledad, pues el que muere, muere solo y por más que estemos al lado del moribundo no se puede evitar que él afronte su último instante solo. Por ello, tenemos que sostener que la muerte es siempre un asunto personal e intransferible.

Entre el anonimato de la tercera persona y la subjetividad trágica de la primera persona se encuentra el caso intermedio de la segunda persona, entre la muerte lejana e indiferente del otro y la muerte propia que es todo nuestro ser, está la muerte de un ser querido que aunque lejana es casi tan desgarradora como la nuestra. Pues nada se parece tanto a la desesperación de morir que la muerte de la persona querida, vivimos la muerte del otro como si fuera la muerte-propia, pero precisamente esta proximidad sin coincidencia nos permite pensar la muerte del otro como una muerte extraña. Tal como nos lo relata San Agustín en sus *Confesiones*:

Mi corazón quedó ensombrecido por tanto dolor, y dondequiera que miraba, no veía más que muerte. Mi patria me daba pena, mi casa me parecía un infierno y todo lo que había tratado con él cuando me acordaba de ello, era para mí un cruelísimo suplicio. Mis ojos le buscaban por todas partes, pero no estaba allí. Todas las cosas me eran amargas y aborrecibles sin él, pues ya no me podían decir <pronto vendrás>, como solían cuando vivía y estaba ausente. Estaba hecho un lío, preguntándome una y otra vez ¿Por qué estás triste? ¿Por qué te conturbas? Pero no tenía respuesta y si decía <espera en Dios alma mía> no me obedecía. Y tenía razón, porque aquel amigo queridísimo que había perdido era mucho más real que aquel fantasma en que se le mandaba esperar. Sólo las lagrimas me eran dulces y éstas en lugar del amigo ya difunto mi deleite⁵.

Ahora bien, volviendo a la primera persona, vemos que el tiempo privilegiado de ésta es el futuro, porque soy yo antes de mi muerte, durante todo el tiempo que dura nuestra vida la muerte estará en el futuro; la primera persona del singular sólo puede conjugar en el futuro, el verbo morir, e inversamente el presente y el pasado del indicativo sólo se pueden conjugar en la segunda y tercera persona: yo no muero para mí mismo, nunca soy yo el que muere siempre es el otro, yo puedo concebir que me moriré pero no puedo vivirlo nunca efectivamente. Ésta es precisamente la paradoja que encierra el hecho de que la muerte concierne a mi existencia de manera particular, aunque sólo pueda tener la experiencia de la

⁵ San Agustín. *Confesiones*. Tr. Juan Ignacio Luca. Alianza. Madrid. 2002. Libro IV, 88.

muerte del otro como la experiencia de una muerte absoluta, que logra poner en entretenido mis condiciones más férreas, tal como lo anota San Agustín en la cita comentada anteriormente.

Aunque sólo se pueda hablar de mi muerte con respecto al futuro, es posible remitirnos a la filosofía del Tú, pues de esto si se puede hablar en presente y en pasado para respaldar a la filosofía del Yo; por esto conviene que cuando el Tú esté atrapado en el torbellino de su propia muerte haya un testigo del acontecimiento. Para Jankélévitch, “lo que viene después de la muerte escapa al propio yo, pues la propia muerte nihiliza todo: a falta de un mensaje inmediato, la muerte de uno necesita la consciencia del otro, y esta consciencia epiloga esta muerte como se epiloga el pasado, *La señora se muere...La señora está muerta*”⁶.

1.2 La muerte durante la vida

Es preciso preguntarnos ahora si es posible meditar en torno a la muerte, esto nos parece en primera instancia imposible, pues no hay nada que podamos saber de la muerte, ya que la muerte es apenas pensable en el concepto de una total nihilización; estaríamos pensando en la nada y pensar en la nada es no pensar. Así “El hombre está ante la muerte como ante la profundidad superficial del cielo nocturno, no sabe qué hacer, y su reflexión tanto como su atención; no encuentra un motivo”⁷; en éste sentido por más entusiasmo que ponga el pensamiento para intentar hacer de la muerte un objeto de estudio no puede, pues la muerte no es un objeto como los demás y el pensamiento es impotente frente a la inalcanzabilidad de la muerte.

¿Qué le queda entonces al pensamiento? Jankélévitch nos plantea dos opciones: pensar la muerte acerca de la muerte o pensar algo distinto a la muerte: la vida. Examinemos por ahora, la segunda opción; podemos pensar en los seres mortales, y esos seres, en cualquier momento que se los piense son seres vivos, de tal manera que quien piensa en la muerte,

⁶ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 43.

⁷ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 50.

piensa en la vida; pero, aunque el hombre esté condenado a no pensar plenamente, puede conocer la positividad afirmativa de un muerto.

Sin duda alguna, el secreto de la muerte está celosamente guardado, es como si la naturaleza misma se encargara de ello; se diría que hay una especie de finalidad protectora, la cual impide que el hombre piense en su propia muerte. Pero, la preocupación filosófica como un remordiendo secreto reaviva continuamente el problema que la negligencia biológica nos aporta; sin embargo, hay ocasiones en que la despreocupación expulsa la preocupación.

Los filósofos no siempre han pecado por exceso de despreocupación, mucho menos cuando están al borde de la muerte, tal como sucedió con el mismo Sócrates; en ese momento él elabora su formulación acerca de la muerte. Para él la muerte es una transformación un cambio de morada para el alma, pues se pasa de este lugar a otro; y el hombre bueno es decir el hombre justo, debe estar lleno de esperanza, pues no existe mal alguno para él ni cuando está vivo ni cuando está muerto. En palabras de Sócrates la muerte es:

Una transformación, un cambio de morada para el alma, de este lugar de aquí a otro lugar pues se pasa de aquí a otro lugar... Sí por otra parte la muerte es como emigrar de aquí a otro lugar y es verdad, como se dice, que allí están todos los que han muerto ¿qué bien habría mejor que éste jueces? Pues, sí, llegando uno al Hades, libre ya de éstos que dicen que son jueces, va a encontrar a los verdaderos jueces... dialogar con ellos, estar en su compañía y examinarlos sería el colmo de la felicidad. En todo caso los de allí no condenan a muerte por esto. Por otras razones son más felices los de allí que los de aquí. Especialmente porque ya el resto del tiempo son inmortales, si es verdad lo que se dice. Es preciso que también vosotros, jueces, estéis llenos de esperanza con respecto a la muerte y tengáis en el ánimo esta sola verdad, que no existe mal alguno para el hombre bueno, ni cuando vive ni después de muerto, y que los dioses no se desentienden de sus dificultades⁸.

También encontramos reflexiones similares acerca de la muerte en la Edad Media, como la que hace Erasmo de Róterdam; para él la educación cristiana era la condición necesaria para la verdadera filosofía, ya que hay que educar para la vida y para la muerte; por ello deja claro ciertos aspectos de la doctrina cristiana acerca de la muerte en su libro

⁸ Platón. *Apología de Sócrates*. Tr. Calongio Ruíz. Barcelona. Bogotá: Plantea de Agostini. 1997, 56-58 (40c-42a).

Preparación para la muerte. En donde el hombre no perece con la muerte del cuerpo sino que se divide, pues el alma sale de una cárcel y queda separada del cuerpo, el vulgo se asusta con el recuerdo de la muerte, por debilidad de la fe y por el amor a las cosas temporales; éstas cosas que se ven no son las cosas últimas, las que no son eternas. Para Erasmo la filosofía prepara al hombre hacia la contemplación de las cosas eternas y celestes, de tal forma que por medio de ella se abandonan las cosas temporales y terrenales⁹. En este sentido hay que meditar, prepararse y ejercitarse para la muerte con los ojos de la fe, de tal manera que se de paso a la especulación que debe exceder todo sentido humano. Conviene que haya una gran confianza en Dios, ya que Él es el único que por naturaleza es veraz, Él prometió la victoria sobre la muerte. “El señor se entregó por nosotros, a la muerte, para que la muerte, que primero era un tránsito a los infiernos, ahora sea la puerta del cielo”¹⁰. Los que confían en Cristo la muerte no les es dañina, sino en gran manera es provechosa; por ello no hay que apartar a Cristo de los ojos de la fe, a quien tenemos por abogado ante Dios, pues Él luchó por nosotros y venció, preparo el triunfo sólo para que allí tengamos fijos y vigilantes los ojos de la fe.

Otra meditación acerca de la muerte es la que posteriormente nos muestra Pascal en su obra *Pensamientos*; para él, el alma está arrojada en el cuerpo, pues ésta reside en él durante poco tiempo y esto no es más que un tránsito para el viaje eterno; el alma tiene el poco tiempo que dura la vida para prepararse, le queda poco por disponer, pero este poco le incomoda tanto que ella no piensa otra cosa más que perderlo, para ella es una pena insoportable vivir; y lo que hace para remediar este problema es olvidarse de sí y dejar pasar este tiempo sin reflexionar ocupándose de cosas que le impidan pensar en su fin¹¹. El hombre se aparta de las miserias domésticas de la confrontación ante la muerte, llenando su tiempo de diversiones, ya que si no se divierte él languidecerá. Para Pascal la enfermedad y la muerte son inevitables, y si el hombre sólo piensa en ellas será un desdichado, pues “es más fácil soportar la muerte sin pensar en ella que el pensamiento de la muerte sin peligro”¹². Lo que nos muestra Pascal con esto es una especie de finalidad protectora que

⁹ Cf. Erasmo. *Preparación para la muerte*. Tr. Mauricio Beuchot, Jus. México. D.f. 1998, 31.

¹⁰ Erasmo. *Preparación para la muerte...*, 87.

¹¹ Cf. Pascal. *Pensamientos sobre la religión y otros asuntos*. Tr. E. D'ors. Losada. Buenos Aires. 1964, 186.

¹² Pascal. *Pensamientos sobre la religión y otros asuntos...*, 193.

impide que el hombre piense en su propia muerte; sin embargo, para Jankélévitch, esto no es más que una huída cobarde ante nuestra tragedia interior. Pascal se queda en las cosas exteriores para no ver el abismo, para escapar al tedio y a la angustia.

Pascal es totalmente opuesto a lo que nos muestra Shopenhauer, pues para éste último sólo hay un error innato en el hombre y es el de afirmar que existimos para ser felices, para divertirnos, y mientras sigamos aferrados a este error, el mundo se nos presenta plagado de contradicciones, ya que cada paso de la vida nos muestra que no estamos preparados para ser felices; mientras quien es capaz de reflexionar sólo se siente atormentado en la realidad¹³; esta consideración resulta muy desalentadora, sobre todo cuando nos damos cuenta que la vida se encamina hacia el declive, que estamos envejeciendo y que es inevitable no mirar las huellas que ha dejado el paso del tiempo en nuestro rostro; tal como nos lo muestra Jean Améry comentando la historia de una mujer que se detiene ante el espejo:

Delante del espejo, hace ya varias semanas que ha notado alrededor de los párpados pequeños nódulos cutáneos amarillentos o efervescencias, despierta en ella una inquietud poco intensa aunque sutilmente agobiante... El ojo de ella permanece inmóvil sobre las excreciones cutáneas amarillentas y no se gusta y al igual que su amiga se confiesa: A menudo me detengo, consternada, ante esta cosa increíble que me sirve de rostro, detesto mi imagen: sobre los ojos, el sombrero, debajo las ojeras, la cara demasiado llena; y ese aire de tristeza que proporcionan las arrugas en torno a la boca. Veo mi rostro de otros tiempos sobre el que ha venido a posarse una viruela de la que no curaré¹⁴.

De esta forma cuando nos enfrentamos a nuestro rostro envejecido lo único que experimentamos es decepción, dolor y sufrimiento superando todas las expectativas de una vida feliz. Todo en la vida se presta a desmentir ese error originario y a convencernos de que el fin de nuestra existencia no es el de ser feliz; la vida más bien se presenta como enteramente proyectada para que no debamos sentirnos felices, pues como nos lo muestra Shopenhauer “entre más se sufre, más se alcanza el verdadero fin de la vida; la totalidad de la existencia humana expresa con suficiente claridad que el sufrimiento es su verdadero

¹³Cf. Shopenhauer, Arthur. *El mundo como voluntad y representación*. Tr. Roberto Aranmayo. Fondo de cultura económica de España. Madrid. 2004. Vol II. Cap 49, 616. (729)

¹⁴Améry Jean. *Reuelta y resignación, Acerca del envejecer*. Tr. Marisa Siguan y Eduardo Aznar Inglés. Pre-textos. Valencia. 2001, 43-46.

destino”¹⁵. Por lo tanto morir debe considerarse, sin duda alguna, como el auténtico fin de la vida en el instante de la muerte, en donde se resuelve todo cuanto se había preparado e introducido a través del curso global de la vida. Esto nos muestra que el pesimismo no es más que una lectura invertida o incluso pervertida del futuro. Así, Shopenhauer no quiere ver más que negación y enrarecimiento de la existencia; el pesimismo cree descubrir en la muerte una especie de profundidad invisible que se oculta bajo las apariencias visibles; el hombre carnal piensa únicamente lo que ve, pero el hombre profundo al ver a los presentes, piensa en los ausentes, en lo que no ve, en lo que ya no está, es decir “el hombre serio toma en consideración lo concebido más allá de lo percibido”¹⁶.

Vemos entonces al hombre preocupado y abatido por su inevitable destino; la preocupación es el estado de una conciencia ocupada de antemano por aquello que no existe todavía, por la presencia ausente de aquello que más tarde será; la preocupación por el futuro presenta en última instancia el presente por-venir de la muerte, ya que la muerte es el supremo porvenir y el futuro de todos los futuros. Así la preocupación es la forma temporal de clarividencia, pues es la segunda visión de nuestra doble vista una visión prospectiva de las consecuencias. Sin embargo, si hablamos de preocupación por la muerte lo hacemos solamente por la metáfora, porque la muerte no es ninguna de esas preocupaciones determinadas que abruman nuestro futuro, nuestros proyectos o nuestra carrera. La preocupación se preocupa cuando una gran nube ensamblece la cara del buen tiempo; al contrario de la angustia que alarma por la relatividad del buen tiempo, pues ella depura el carácter provisional de todo cielo nocturno; ya que el ligero velo de melancolía que la angustia deja caer sobre nosotros no tiene nada en común con el enjambre de preocupaciones, pues la angustia metaempírica carece de preocupaciones. Por ello, Jankélévitch nos dice: “La angustia de la muerte es sobre algo irremplazable, una experiencia que nunca fue hecha, que se le realiza por primera y única vez, siendo la primera también la última, es el acceso a un orden completamente diferente o nada en absoluto”¹⁷.

¹⁵ Shopenhauer, Arthur. *El mundo como representación...*, II, 618. (731)

¹⁶ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 57.

¹⁷ V. Jankélévitch. *Pensar la muerte* Tr. Zabaljáuregui. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires. 2004, 99.

Sin duda alguna, una de las interpretaciones más completas y bellas acerca de la angustia es la que nos muestra Heidegger en su obra *Ser y Tiempo*. Lo primero que nos indica es la distinción entre miedo y angustia. El fenómeno del miedo puede ser considerado desde tres puntos de vista: el ante qué del miedo, el tener miedo y el por qué del miedo¹⁸. El ante qué del miedo, lo “temible”, es en cada caso lo que comparece dentro del mundo, lo que se nos presenta a la mano y tiene el carácter de amenazante, es decir, algo que nos perjudica y que puede afectarnos en una zona determinada; es algo que nos inquieta aunque se encuentre lejos, siempre es amenazante y aunque no nos pase nada es inevitable no tenerle miedo. El segundo aspecto es cuando tenemos miedo, aquí nos dejamos afectar por lo que nos amenaza; no es que primero se constate un mal que viene y luego se le tema, más bien, cuando el mal se acerca la temibilidad lo descubre. El por qué del miedo, se da cuando nosotros nos encontramos en peligro, éste es para nosotros la amenaza de nuestro entorno. Por eso Heidegger, nos muestra que, “el miedo abre al *Dasein* de un modo predominantemente privativo. Lo confunde y lo hace “perder la cabeza”. Pero el miedo, cierra el estar-en puesto en peligro, de tal manera que cuando el miedo ya ha pasado el *Dasein* necesita reencontrarse”¹⁹.

Respecto a la angustia Heidegger nos dice que el ante qué de la angustia se caracteriza por el hecho de que lo amenazante no está en ninguna parte, pues ella no sabe qué es lo que la angustia, angustia; “El ante-que de la angustia es enteramente indeterminado. Esta indeterminación no sólo deja fácticamente sin resolver cuál es el ente intramundano que amenaza, sino que indica que los entes intramundanos no son en absoluto relevantes”²⁰. Quien experimenta la angustia se sitúa ante la nada en sí misma; de la nada ante la muerte de ello es lo que nos angustiamos, porque la muerte es absolutamente indeterminada y no sabemos nada de ella; es algo irrepresentable, la angustia del abismo, del vacío. La angustia pone al *Dasein* a su más propio estar arrojado; ella está determinada formalmente por el ante-qué y un por qué; el ante-qué de la angustia no comparece como una cosa particular de la que hay que ocuparse; como si ocurre con el miedo, la amenaza no viene de lo a la mano

¹⁸Cf. Heidegger. *Ser y tiempo*. Tr. J. Rivera. Trotta. Madrid. 2003, § 30, 164-166 (140,142).

¹⁹Heidegger. *Ser y tiempo...*, § 30, 165. (141).

²⁰ Heidegger. *Ser y tiempo...*, § 40, 208. (186).

ni de lo que está ahí, pero este ante-qué de la angustia es también su por-qué; el angustiarse no tiene el carácter de una espera de algo, pues el ante qué de la angustia ya está “ahí”, es el *Dasein* mismo. La angustia de la muerte tiene que ver con el futuro, pero “no es el futuro impropio de estar a la espera, es la imposibilidad de proyectarse en un poder-ser”²¹, la angustia se eleva desde el-estar-en-el mundo como un arrojado estar vuelto hacia la muerte; nos angustiamos ante la nada, ante la muerte, ante lo que va a venir y no sabemos qué será.

Como lo hemos indicado hasta ahora, en estas reconsideraciones sobre la muerte se expresa con nitidez una necesidad fundamental; nosotros tenemos la necesidad de saber qué es la muerte, la indeterminación y el enfrentamiento a la nada nos parece algo absurdo; por lo tanto, buscamos la muerte más acá de la muerte, es decir en la vida. Sin embargo esto nos puede llevar al riesgo de no encontrar nada, pues “todo me habla del ser y nada me habla del no ser”²²; la vida no pregona nada de la muerte. La vida sólo pregona las maravillas de la vida; no hay señal que presagie el sentido de la ultratumba, nada me recuerda a la muerte, nada tiene que ver con ella y ¡todo tiene que ver con ella! La vida está investida y penetrada por la muerte, la vida nos habla de la muerte no habla de otra cosa más que de ello.

Pero, nosotros no podemos evitar pensar en la muerte, aunque si podemos evitar hablar de ella. ¿Por qué lo evitamos? Esta es la pregunta fundamental; una de las razones que tenemos, por ejemplo: radica en que el lenguaje no es suficiente para poder expresarnos adecuadamente sobre la muerte. Sin embargo, existen ciertas expresiones que nos pueden ayudar a ello, ¡por desgracia! en ella vemos el deprimente hastío de la nostalgia, nosotros pronunciamos esas palabras cada vez que indirecta o directamente, tratamos algo acerca de la muerte, como el envejecimiento o el tiempo irreversible. ¡Por desgracia! expresa el carácter incurable de nuestro mal; es en cierto modo un suspiro sin palabras, se *supone* ahora que todo el mundo comprende instantáneamente estas dos palabras, pues son una alusión imprecisa y que aunque nos acerque a podernos expresar acerca de la muerte, no lo hace completamente.

²¹ Heidegger. *Ser y tiempo...*, §, 68, 360. (343)

²² V. Jankélévitch. *La muerte...*, 65.

Jankélévitch nos propone una investigación acerca de este problema, mostrándonos tres maneras, que nosotros utilizamos para evadir el obstáculo de la indecibilidad; la primera es el eufemismo, la segunda es la senda, es decir, la inversión apofántica y la tercera, quizá la más importante es la conversión inefable²³. Detengámonos ahora en cada uno de ellas:

El eufemismo es el que nos muestra la palabra nefasta en donde el lenguaje se queda en la periferia, donde aquel que renuncia a hablar de la muerte en sí misma, o a señalar la mismidad de ella, enumerará al menos sus adjetivos, epítetos y modalidades, pues al no poder alcanzar lo inefable se contenta con una filosofía adjetival o circunstancial; es la vía indirecta del eufemismo, son los zig-zags de la conversación, unos subterfugios para evitar el movimiento rectilíneo que designaría el complemento indirecto de la muerte; veamos lo que nos dice Jankélévitch:

Imaginemos al desconocido de negro, portador del mensaje de la muerte, que penetrara de repente en un salón abarrotado: se abre paso a través de las parejas remolnantes, atraviesa en línea recta la pista donde se baila al compás del vals, y llega hasta el señor de la casa para transmitirle la palabra fatal, la palabra que no ha conseguido escamotear ni los torbellinos del baile ni las conversaciones superficiales sobre el destino²⁴.

Estas conversaciones son la eufemia en cuanto tal, gracias a ellas el hombre amedrentado por lo innominable queda al margen de la cuestión. Sin embargo, este no es el único medio del eufemismo, vemos uno más radical que el anterior: el silencio. Antes que hablar de otra cosa, de esto y de aquello, el pudor aconseja no hablar en absoluto; la eufemia también es el nefasto silencio, y el mutismo de un recogimiento sin palabras. Por lo tanto, el silencio vendría siendo “la mala conciencia del hablador, la muerte reprime los discursos, ahoga los discursos en las gargantas discursantes”²⁵. No hablar de la muerte es hacer una consigna de silencio o de convivencia, y una ficción de que la mala fe no está nunca completamente ausente, en donde hay un tapujo instigado por lo indecible mismo.

La segunda manera que nos propone Jankélévitch, para abordar el problema de la imposibilidad de poder expresarnos adecuadamente acerca de la muerte, es la inversión apofántica; ésta parece condenada por la imposibilidad en que nos encontramos de enunciar

²³ Cf. V. Jankélévitch. *La muerte...*, 66.

²⁴ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 69.

²⁵ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 70.

directamente la negatividad de la muerte. En este estadio, creemos que la muerte es lo contrario a la vida, que está empíricamente opuesta a la vida, como si fueran dos extremos de un mismo género; la muerte así no es el contrario empírico de la vida, pues lo no vivo no implica lo muerto. El no vivo es la materia bruta, que jamás ha estado viva, mientras que el muerto ha cesado de vivir; la muerte no es la sombra proyectada o el reflejo de la vida, pues no es su fantasma ni su icono. Otro aspecto de la filosofía apofántica consiste en que pretende contradecir todo, sin embargo, lo que está haciendo es imitar, pero lo que realmente está haciendo es una copia un poco más lúgubre de la realidad, ya que hace del mundo un mundo al revés en la huellas del mundo al derecho, es decir, hace una inversión mecánica y simplista del más acá, tal como los infiernos de la Odisea a los que se refiere Jankélévitch:

Esto simplemente es una réplica mortecina de la existencia terrestre, ese infra-mundo subterráneo en que un Aquiles apenas esbozado hace pareja con el de carne y hueso del más acá, ese mundo no que difiere de aquí abajo más que por su débil exponente ¿es realmente otro mundo? Lo que pretende la filosofía apofántica es eludir la iniciativa del más acá, pero, lo que no se ha dado cuenta es que el único punto de referencia que tiene es este derecho; pues lo que se debe dar cuenta es que nosotros nunca podemos eludir la iniciativa del más acá²⁶.

Al haber observado la eufemia y la inversión apofántica, Jankélévitch pasa a mostrarnos finalmente el no-ser y el no-sentido; para él, la muerte es un no-ser de todo nuestro ser, el no-sentido de la esencia, pensar esto implica necesariamente desarrollar una filosofía negativa de la negatividad absoluta. Contrario de si hacemos una filosofía negativa de Dios, la cual puede concebirse, pues no sería más que una filosofía negativa de la positividad suprema; recordemos que Dios sería el no-ser en el sentido que está por encima del ser, así como nos lo dice Plotino:

Porque la naturaleza del Uno, siendo como es progenitora de todas las cosas, no es ninguna de ellas. No tiene, pues, ni quiddidad, ni cualidad, ni cantidad, ni inteligencia, ni alma. Tampoco está en movimiento, ni tampoco en reposo, no en un lugar, no en el tiempo, sino que es “auto-subsistente y uniforme”, mejor dicho, aforme, anterior a toda forma, anterior al movimiento, anterior al reposo. Porque todas estas cosas son ajenas al ser, al que hacen múltiple²⁷.

²⁶ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 67.

²⁷ Plotino. *Enéadas*. Tr. Jesús Igal. Gredos. Madrid. 1998. Eneada VI-9...539, (3, 40-45).

La muerte al contrario de Dios se encuentra por debajo del ser, el Creador ha creado, en cambio la muerte es literalmente “des-creación”. Sin embargo, la filosofía de la muerte es un poco más complicada por su misma negatividad absoluta, ella es la negación pura y simple del ser; es la sombra amenazadora del no-sentido; es la noche inteligible que oscurece la existencia; es la profundidad de la vida, profundidad ínfima y la tendencia que nos inclina hacia lo bajo. Es una profundidad vacía del no-sentido, del no-ser; la muerte no es una explicación de la vida, pero tampoco es su justificación ni causa final, la vida es: “paradójicamente una alusión a ésta perniciosa antítesis que es en definitiva la enfermedad de la finitud”²⁸. Ahora bien, la muerte deja vivir a la criatura un tiempo determinado antes de contrarrestar la posibilidad instauradora, pues ella sólo encuentra algo que aniquilar porque los seres nacen y viven su periodo vital; de esta manera, no podemos concebir ni la nada en estado puro, ni la positividad pura de lo eterno en un ser definido por la muerte.

El No de la muerte comparado al sí de la creación, está efectivamente orientado a un contrasentido y a una contracorriente, pues es ese No radical; la muerte no es el principio sino el término, pero no nos atrevemos a decir la conclusión, ya que es el desenlace de una aniquilación y un deterioro. Todo esto nos muestra que el proceso vital ha fracasado, que ha desembocado en el vacío de la nada y lo único que reafirma es el triunfo de la muerte, ya la amarga burla, la monstruosa inversión de una positividad, está hecha para afirmar el ser y la vida; es el fracaso del futuro último de todos los futuros; es la sombra amenazadora del no-sentido, la noche de lo inteligible que oscurece nuestra existencia. La muerte es una aniquilación total y definitiva, la cual expresa la finitud de nosotros, un cese definitivo porque el muerto no es capaz de revivir, ya que si ello pasara lo “muerto” sería parcial aparente como un adormecimiento y esto no puede ser así ya que de la nada no puede renacer nada. La muerte más bien pone fin a la serie de las series, es el instante que no tiene después es el No en absoluto, pues estrangula cualquier continuación.

La muerte es oscura como el negro absoluto y la noche ciega, como el silencio absolutamente mudo, ya que nos faltan las palabras para expresar o definir el misterio de la muerte, porque ella es indecible desde el principio; no hay nada que decir; es un silencio

²⁸ V. Jankélévitch. *La muerte...*76.

ante el cadáver y esto no inspira más que angustia. Sin embargo, este silencio no es lo único que nos rodea, también se nos presenta lo inefable, en él nos enfrentamos a unas imágenes, donde se da un objeto de la muda intuición, un discurso y un canto sin límite²⁹; pero, esto no se da con la muerte, lo podemos ver perfectamente con el amor y con Dios, en el primero los hombres se vuelven silenciosos o elocuentes y hacen de sí mismos un poeta que desencadena una ebriedad lírica; y con Dios estamos ante los actos imprevisibles que suceden en el curso del devenir. Ahora bien, estas consideraciones no son más que metáforas, pues es la imaginación que pone en movimiento la intuición y ésta última recrea de un solo golpe lo inefable. Como lo mencionamos anteriormente la muerte no se compara ni con Dios ni con el amor, ya que ella no se parece a nada, y ello implica que no es posible hacerse una imagen de ella ¿Qué nos queda entonces? Si la muerte dice No y nos pone punto final a todos nuestros discursos, sin embargo, ¿hasta qué punto podemos tener una intuición de la muerte? ¿Ella será un gran viaje o un profundo sueño? Jankélévitch nos invita a enfrentarnos con “canciones de cuna de la muerte” de Mussorgski y de Suk, y el poema sinfónico de Liszt *de la cuna a la sepultura* y aunque estas analogías sean refutadas por la filosofía apofántica: Eros, Algos e Hypnos representan otras aproximaciones empíricas en cuyo horizonte podríamos vislumbrar el misterio metaempírico de la muerte³⁰. Para avanzar más allá del campo de estas analogías Jankélévitch asume, ahora la reflexión de la negatividad propia de la muerte a partir de su consideración acerca de la corporalidad, pues el cuerpo es el lugar por excelencia en el cual se marca el ritmo propio de la muerte. Por ello nos vamos a enfrentar al órgano obstáculo.

1.3 El órgano obstáculo

Desde el mismo momento de nuestro nacimiento, como seres mortales, estamos destinados a morir, sin embargo, al darnos cuenta que la muerte es el último futuro de todos los futuros, la encontramos como una amenaza, que pesa sobre nuestra existencia, ella nos

²⁹ Cf. V. Jankélévitch. *La muerte...*, 90-91.

³⁰ Cf. V. Jankélévitch. *La muerte...*, 93.

acecha, nos patetiza y dramatiza la duración finita que el destino nos concede, pues no estamos en medio de una duración infinita, ya que el tiempo de la vida es un tiempo limitado. Pero, ¿qué sería la vida entera perdida en el océano de la eternidad? ¿Qué pasaría con el tiempo? Seguramente no habrían instantes dentro de la eternidad, solo sería “instante”; por ello la finitud es lo que le da sentido al tiempo desnudo, a la cosa más impalpable y neutra del mundo. Ahora bien ¿es breve la finitud a la que estamos destinados? ¿Es breve nuestra vida? Realmente no lo sabemos, ello sólo se podría revelar cuando dejamos de vivir, y, en ese momento ya no estaríamos vivos para saberlo, no tendríamos conciencia del hecho, es decir, no importa si la vida es breve o no, no importa si nos acecha la finitud, igual, el sin-sentido, nos da el sentido, pues “la vida se afirma a pesar de la muerte y contra la muerte y a despecho de la muerte, pero, al mismo tiempo y desde el mismo punto de vista la vida sólo es vital porque está abocada a la muerte, la muerte es el órgano-obstáculo de la vida”³¹. Por ello la muerte no es un obstáculo cualquiera, es más bien lo inevitablemente necesario; es la posibilidad de afirmación de la existencia misma, pues es impensable una existencia que no esté marcada por el hecho mismo: los ángeles no existen.

El obstáculo se entiende aquí como aquello que obstaculiza una función de un órgano, como lo vemos con el cuerpo cuando éste es la cárcel del alma, aquí se concibe la muerte como separación del alma y cuerpo. A veces esta separación la tomamos como un bien, sin embargo, a veces también como un caso extremo la vemos como la aniquilación de cualquier posibilidad del ser. Otro aspecto que es necesario que investiguemos es cuando para cada órgano hay un obstáculo, ya que impide la realización total de éste, como por ejemplo: el ojo como órgano-obstáculo de la vista. Sin embargo, nosotros podemos tratar de mejorar este obstáculo, podríamos comprar gafas para obtener una mejor visión; pero esto no sucede con la muerte, ya que a ella no la podemos mejorar no la podemos superar, simplemente estamos abocados a ella. La muerte es así el órgano-obstáculo por excelencia que no se puede evadir por más que intentemos evitarla.

³¹ V. Jankélévitch. *La muerte*....99.

La vida se encuentra limitada por el tiempo, implica el órgano-obstáculo de la vida, pues él es el límite de las acciones, nos muestra la caducidad de la vida y por lo tanto su finitud, sin embargo, el tiempo también se nos presenta como posibilitador para realizar nuestros proyectos porque sin él seguramente nunca terminaríamos lo que empezamos. Por lo tanto vemos al tiempo en un vía positiva que es la que nos permite realizar cualquier evento y al mismo tiempo es el punto de escisión entre el ser y el no-ser, esto último se nos presenta como desesperación, como lo trágico hacia lo cual estamos destinados. Aquí el tiempo se nos presenta con dos caras; por un lado nos impide estar en acto en cada momento todo aquello que puede ser, le impone la paciencia, que es virtud de la espera, pero por otro lado es al mismo tiempo la causa de nuestra libertad, pues representa el ser imperfecto la esperanza de devenir otro, es decir, el tiempo es un medio relativamente positivo de contemplarse poco a poco deviniendo³². De esta manera mientras vamos afirmándonos en el tiempo, vamos llegando también a la negación de nuestro ser, de la existencia; así el tiempo es nuestro aliado y al mismo tiempo nuestro fracaso, él es al mismo tiempo afirmación y negación, en donde vida y muerte se encuentran disolviéndose una en la otra.

Todo esto nos lleva a encontrarnos con nuestra tragedia, pues hay un compuesto de contradicción, un alto grado de confusión, ya que hay un conflicto incoherente; es la atracción mutua y la repulsión mutua como el amor y el odio, como los adictos a una sustancia, pues ellos necesitan el veneno que los mata, o mejor aún como dos amantes frenéticos que no pueden vivir el uno sin el otro, lejos uno del otro languidecen, cerca el uno del otro se destrozan, y no hay una situación intermedia, es decir, entre *el sin* y *el con*, sin embargo, el principio mismo de la disyunción excluye esta posición intermedia. Esta desesperante alternativa nos lleva a decir: “muero porque no muero” y esto sólo es resultado de un optimismo que excluye todo pensamiento de desesperación, pues “si la vida es la auténtica muerte entonces, la muerte es el auténtico nacimiento y no hay más que un puro intercambio entre vivos y muertos”³³. Tal esperanza es vana, ya que todo nos lleva al no-ser, él es el inconcebible límite, impensable y desesperante, pues la muerte es una trágica y desgarradora contradicción; es la tragedia extrema, es donde condenamos nuestra

³² Cf. Jankélévitch. *La muerte...*,105.

³³ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 109.

vida, donde el tiempo no se detiene y en este punto sobreviene lo imposible-necesario como órgano-obstáculo.

Sin embargo, el devenir nos da la esperanza de un mañana, en donde podemos realizar lo proyectado; así nos convertimos en personas que evaden los peligros y que siempre esperan el mañana sin pensar en el final, pues cuando deviene la tragedia, los días son leves y la existencia se vuelve soportable, ya que aún no ha llegado el tiempo de la condena, el tiempo todavía es benévolo aunque el devenir sea interrumpido por la muerte inevitable, pues “en definitiva , nuestra insoportable vida deviene, gracias al tiempo, una vida muy soportable, una vida casi pasable, una vida milagrosamente tolerable y que se continúa, a través de tantas emociones y amenazas, hasta su término letal”³⁴. Hay empero en la muerte una positividad y negatividad, pero, no es con el *sin y el con*, no hay un término medio, pues la muerte deja vivir la vida, ya que cuando la aniquila la vida ha dejado de vivir. Esto implica que la muerte y la vida jamás son contemporáneas, excepto, quizá en el último instante infinitesimal de nuestra vida, en el momento que nuestro cuerpo es un todo y pasa a la nihilidad absoluta.

Como lo hemos visto anteriormente, lo imposible-necesario es un órgano-obstáculo que se da en el tiempo, lo cual nos lleva a considerarlo como un obstáculo frente a la posibilidad de elegir, pues lo imposible-necesario se resuelve sobre todo en la disyunción dramática de la elección³⁵. Nosotros usualmente, tomamos decisiones a un futuro limitado queramos o no, como la profesión o la persona amada, éstas son elecciones particulares, tales decisiones implican ciertos sacrificios y un sin número de renunciaciones sólo por una elección, pues nos queda un sabor amargo de no probar las otras posibilidades; sin embargo, nosotros al ser libres y limitados consagramos nuestra libertad al hacer una buena elección, pues siempre aún teniendo que descartar una y otra vez caminos que de seguro quisiéramos recorrer, mientras exista la posibilidad de optar o elegir tenemos aún una esperanza, ya que cuando no podamos hacer algo, la muerte y nuestra hora final habrá llegado, pues lo que no podemos cambiar libremente es el simple hecho de que tenemos que morir.

³⁴ V. Jankélévich. *La muerte...*,114.

³⁵ Cf. V. Jankélévich. *La muerte...*,115.

Sin embargo, en las proximidades de la muerte la elección pierde sus posibilidades y su elegibilidad, como un condenado a muerte que podría “elegir” si muere con la cicuta o con la guillotina, esto sólo es una caricatura de elección; el candidato a tantas posibles muertes no tiene elección, ya que todos los caminos lo llevan a la muerte:

La divina disponibilidad del condenado a muerte, ante el que se abren las puertas de la prisión cierta madrugada, ese desinterés por todo, salvo por la llama pura de la vida ponen de manifiesto que la muerte y lo absurdo son los principios de la única libertad razonable, la que un corazón humano puede vivir. El hombre absurdo entreve así un universo ardiente y helado, transparente y limitado en el que nada es posible pero todo está dado y más allá de lo cual sólo está el hundimiento y la nada.³⁶

El condenado sólo ve el final y la elección en este momento no tiene sentido, lo único que interesa es la llama de la vida que pronto se extinguirá; al optar por la cicuta o la guillotina, sólo se ha hecho una pseudo-elección, pues tal opción sólo será una elección simulada, pues aquí todo será desmentido por el no-ser, ya que el hombre condenado está abocado en todo momento de manera irremediable a la muerte.

Sin duda alguna la muerte tiene la característica de ser el órgano-obstáculo de la vida sobre todo en un sentido temporal ya que ella representa de manera absoluta el límite entre el ser y el no-ser, pues porque la muerte existe nos encontramos limitados en cuanto a nuestras pretensiones, nos hace resignarnos a nuestro inevitable destino y nos encierra en nuestra cárcel de la finitud. Pero ese límite no se sitúa más allá de la vida sino en la vida misma, pues:

El límite no está únicamente más allá sino también en el más acá: por el mero hecho de ser instante inicial de un orden distinto, la muerte también es el instante final de la vida y como tal, pertenece a esta vida, es por derecho propio de aquí abajo: la frontera del otro mundo forma parte en sí misma y por sí misma de nuestro bajo mundo; en tanto que inminente, y por su vertiente interior o ceterior, encierra y define la forma positiva de la existencia³⁷.

En el límite la muerte no hace su aparición en un más allá indeterminado, más bien, se sitúa en el mismo espacio-tiempo de la vida aunque sólo sea por un instante, pues vida y muerte no hacen parte del cara y sello de una moneda, puesto que en un espacio-tiempo

³⁶ Camus, *El mito de Sísifo, el hombre rebelde*. Tr, Luis Echávarri, Losada. Buenos Aires. 1967, 184.

³⁷V. Jankélévich, *La muerte...*, 118.

imperceptibles se ubican en la misma coordenada. Cuando decimos que la muerte es el límite, debemos aclarar que esta afirmación es analógica más no literal, debido a que ese instante en el que sobreviene la muerte es un tiempo donde se diluyen las fronteras y las formas se tornan amorfas y el tiempo en un no-tiempo. Por ello cuando la muerte se torna en un acontecimiento límite, le imprime todos los acontecimientos vividos, es por todo esto que en vez de considerar la muerte como un límite debemos considerarla como un gran instante.

La vida después de ser consumida es irreversible, pues una vez vivida por más que nos empeñemos en cambiarla sólo haremos intentos fallidos, además con qué tiempo, pues cuando se ha vivido la vida totalmente nos encontramos con la muerte y ya no será tiempo de vivir; sin embargo, mientras podamos afirmar que existe un límite superable, la vida puede manifestarle a la muerte un aún no, aún es el tiempo de vivir, y el final seguirá estando en el futuro ya que hasta el último minuto de nuestra última hora, el límite temporal de la vida sigue siendo un límite por venir, y aunque tengamos esta esperanza, la muerte inevitablemente estará latente. La muerte estará siempre presente pero todavía por venir, esto es lo que nos demuestra la inquietud y la insuficiencia de nuestro devenir, pues sin ese futuro próximo, el presente se confundiría con la eternidad pura y simple y estaríamos encerrados en el eterno presente, en la monotonía y en el aburrimiento, afortunadamente estamos condenados a la muerte, porque pasaría lo de Vladimir y Estragón que esperan en vano a un tal Godot³⁸, porque para mañana seguro que si llegará Godot, y nunca llega, qué pasaría si nosotros estuviéramos esperando el final y siempre dijéramos que *mañana seguro que sí* y no hubiera ni siquiera mañana, sólo seríamos criaturas condenadas a la eterna, eternidad. Afortunadamente para Vladimir y Estragón no se van a quedar esperando a Godot una eternidad, porque están abocados a su finitud, porque mientras ellos existan permanecerán en las brumas del aún-no y de la posibilidad, pero cuando llega a ellos el final, se aniquilan en la noche del ya-no-más.

Ahora bien ¿qué pasa cuando se muere un trabajador mediocre? Seguramente olvidaremos que fue un mediocre y lo convertiremos en un gran mártir, algunos dirían que era un pobre

³⁸ Cf. Beckett, *Esperando a Godot. Tr.*, Pablo Palant. Circulo de lectores. Barcelona, 1985.

trabajador de la clase obrera oprimido por el capitalismo, sin embargo, él no era un mediocre ni un trabajador oprimido, simplemente él era, él estaba ahí. Él y gracias a los demás siempre se vio como un simple trabajador, no le encontró sentido a su existencia, porque no se dio cuenta que estaba ahí y que podía elegir, que tenía libertad y que la vida le había dicho a la muerte aún no. Pero ¿por qué será que el sentido de nuestra existencia se encuentra demasiado tarde? ¿Por qué necesitamos escuchar la sinfonía completa cuando ya no podemos sentir nada de acerca de ella? Qué paradójico y miserable es esto y realmente no hay cosa más grande que esta para llevarnos a la melancolía, pues ésta siempre será punzante en tanto reconocemos tardíamente el desconocimiento de lo que fue evidente.

Reconocemos el sentido de ultratumba que nos es imposible aprehender, puesto que lo que ya está no volverá para darnos una nueva oportunidad, y aquí la melancolía se habrá apoderado de nosotros, “el sentido en pena, el sentido de ultratumba privado de su ser por la muerte es tan nostálgico como un hechizo: pues el sentido descarnado es una especie de hechizo, y el hechizo a su vez es como el sentido impalpable y críptico de un rostro, de una mirada o de una sonrisa”³⁹. El hechizo del recuerdo de la vida que se fue sólo podrá recobrar vida en nuestra memoria, sin que sea posible que esa ausencia se vuelva presencia tangible, pues ya se ha ido para siempre, la vida que se ha ido no volverá nunca y ahí es cuando la echamos de menos y aunque el tiempo y el existir nos conceden los recuerdos, nunca los harán presentes; es en este momento donde aparece con más fuerza la melancolía, pues aquellos momentos felices se tornaran en felices tristezas que emergen de las profundidades de nuestros recuerdos.

Para quien sigue vivo el tiempo es benévolo, pero macabro, pues nos permite recordar con melancolía a quien ya se ha ido, pero al mismo tiempo nos enfrenta a su ausencia. Sin embargo, es mejor tener recuerdos sean alegrías tristes, porque que insípida sería la vida sin esto, pues es mejor seguir existiendo con el peso de la melancolía y los recuerdos, y con la esperanza frágil que mañana vendrá para dejarnos ser y para arrojarnos en los recuerdos de otro.

³⁹ V. Jankélévich, *La muerte...*, 124.

1.4 La entre-abertura

Así como el órgano obstáculo la entre-abertura expresa, la profunda ambigüedad de la muerte, pues de la muerte solo tenemos un conocimiento a medias que es al mismo tiempo una ignorancia a medias, un poder a medias que es también una impotencia a medias; todo es *a medias*. No encontramos algo que sea preciso, no encontramos un sentido, solo hay impotencia dentro del poder que tenemos; ¿acaso no sucede que cuando nos damos cuenta que estamos abocados a la nihilización de nuestro ser, nos invade el sin-sentido? La cesación de la continuidad nos abruma; ello nos lleva a que no encontramos el sentido de nuestra existencia, ni por qué se nos ha dado el ser, en vez de la nada. Todo esto no es más que un misterio para nosotros, pues ignoramos estas cosas, pero más que ignorantes ante lo que nos agobia, estamos arrojados a la incognoscibilidad del porqué el ser en vez de la nada. Vemos por ejemplo, a Dios; nosotros en nuestro corazón podemos “adivinar” que Dios existe, pero no podemos determinar por el entendimiento en lo que Él consiste; por lo tanto deducimos que Dios no está por tanto oculto sino casi-oculto, o del mismo modo que Dios; la libertad “existe sin consistir y es tanto más existente cuanto más inconsistente es”⁴⁰. Así el valor positivo de la libertad se da de la misma manera en la vida, siendo esta última creadora y al mismo tiempo positiva; esto también vale, pero en sentido inverso para la muerte. Todos sabemos que pronto nos vamos a morir, pero no sabemos qué tan pronto, la hora de la muerte propia no está entonces nunca determinada en ningún momento presente y asignable, pues el instante de la muerte está por fuera de cualquier categoría, no tenemos las respuestas a las preguntas dónde y cómo y sobre todo la respuesta a la pregunta *cuándo*; la muerte, por lo tanto es imprevisible e indeterminada. Nosotros no conoceremos nunca el secreto de nuestra propia muerte, más que en el último momento; sólo “sabremos” nuestra hora cuando la muerte se presente, es decir, cuando hayamos dejado de vivir; la incertidumbre que invade a cada uno de nosotros consiste sobre todo al momento exacto del acontecimiento. La certidumbre de que nos vamos a morir algún día es vaga y abstracta, sabemos que la muerte llegará pero no sabemos lo que es la muerte y no sabemos el

⁴⁰ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 133.

cuándo, tampoco sabemos en qué consiste. Pero ¿qué es lo que va a llegar? La muerte es una llegada sin que llegue a nada, y como ésta llegada no inaugura nada es más bien una partida. La muerte sin duda alguna es un gran misterio así como Dios o la libertad: “vagamente la ciencia sabe qué es, pero la consciencia ignora aquello que es”⁴¹.

Por lo tanto, vemos que la muerte esta medio oculta, parece evidente en su ser e invidente en sus dudosas e imprevisibles circunstancias, pues es un claro-oscuro, una ambigüedad mortal, que corresponde al pesimismo del optimismo y viceversa; tal optimismo es una esperanza de que “seguramente” mañana no será nuestra hora; sin embargo, la incertidumbre de la hora final convierte esa esperanza en amenaza; en cualquier momento nos podemos morir; cuando estemos dormidos, de un momento a otro dejamos de respirar, caminando por la calle, algo abrupto pasa y el hilo del tiempo de la vida nos muestra que tan débil y tan frágil somos que cualquier cosa puede rompernos, pues la muerte es posible en todo momento, el edificio efímero de la buena salud puede caerse en cualquier momento. Algunos suelen agradecer por cada minuto que les ha brindado la vida, por cada suplemento de existencia, hay una humilde gratitud por ello; sin embargo, no hay una promesa sobre el futuro encargado de prolongar el presente. Todo esto no nos lleva a otra cosa más que a la angustia y a la inquietud, porque el hombre que duda de la fidelidad de su tiempo vital pierde toda confianza en la aparición del futuro, por ello la aparición de la hora incierta nos mantiene en estado de alerta, no podríamos estar tranquilos, pues si lo estuviéramos sólo tendríamos una tranquilidad aparente y por más que luchemos en contra de nuestro inevitable destino, tarde o temprano, la muerte tendrá la última palabra; por más que la evitemos, después de la muerte no hay arreglo, quien se engaña con la posibilidad de retrasar la fecha fatídica se encuentra en un callejón sin salida, pues como nos dice Jankélévitch:

El destino en lugar de condenarnos a fecha fija, predestinado por adelantado el día y la hora de la pena capital, prefiere jugar con su presa, entretenerla con dilaciones y abrumarla más con la hipoteca de la conclusión inevitable. Conclusión que será la misma en todos los casos, ya que el juego por variado que sea termina invariablemente de la misma manera desesperante y monótona⁴².

⁴¹ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 134.

⁴² V. Jankélévitch. *La muerte...*, 140.

Nosotros estamos condenados a la muerte, somos como un títere para el destino, pero no con las ventajas que el títere tiene, pues él no puede pensar y su mortalidad poco y nada le importará; pero la clase de marionetas que nosotros somos es absurda, ya que somos una marioneta a medias y esto es más que suficiente para volvernos desdichados, tenemos la capacidad de conocer la verdad a medias, pero esto no es más que un consuelo a medias.

El hombre vive en la angustia cuando ha sospechado que la hora ya está fijada, él sabe que va a morir y que el día de su muerte ya ha sido fijado, ignora únicamente cual es ese día, el angustiado se encuentra podrido en su inquietud, en cambio el desesperado sabe algo que apenas tiene importancia, que morirá un día indeterminado, no importa cuándo, sabe de su muerte todo lo que hay que saber, por ello Jankélévitch nos dice: “el tiempo en la desesperación es un tiempo muerto y completamente espaciado, un tiempo ya pasado y en lugar de que la angustia oscile entre esperanza y desesperanza, es la desesperación pura y dura”⁴³. Tal como sucede con el condenado a muerte, el tiempo es desesperante, así como nos lo narra Victor Hugo “las tres estaban dando, cuando vinieron a decirme que ya era tiempo. Me puse a temblar al oírlo como si hubiese pensado en otra cosa hace ya seis horas”⁴⁴; él consume sus limitados recursos, se acabo la esperanza de mejorar y progresar, porque la muerte de la fecha fija le cierra todas las salidas sobre un mañana real como le pasa a Mersault:

A pesar de mi buena voluntad no podía aceptar esta certidumbre insolente. Pues, al fin y al cabo, existía una desproporción ridícula entre el fallo que la había creado y su desarrollo imperturbable a partir del momento en que el fallo había sido pronunciado... Empero, me veía obligado a reconocer que, a partir del momento en que había sido dictada, sus efectos se volvían tan reales y tan serios como la presencia del muro contra el que aplastaba mi cuerpo en toda su extensión⁴⁵.

El condenado a muerte no tiene esperanza, pero ésta es la que mantiene más o menos abierto el futuro. En cambio cuando no hay una certidumbre de la fecha y hora, creemos que hay un viejo soldado afortunado que, habiendo escapado de las balas y sobrevivido a

⁴³ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 142.

⁴⁴ V. Hugo. *El último día de un condenado a muerte*. Tr. J de Villata. Akdus. 1995, 139.

⁴⁵ A. Camus. *El extranjero*. Tr F. Sainz de Robles. Aguilar. Madrid. 1979, 96.

todas las batallas acaba por creerse invulnerable; no creemos aquí que la muerte nos vaya a llegar ya, sino en la siguiente ocasión, de pronto más tarde, mañana o en cien años moriremos y esto nos lleva a la vana ilusión que ella no llegará; por ello, para hacer la vida un poco más tolerable nos volvemos superficiales y aproximativos, pues si pensamos a fondo la verdad de la muerte nos percatamos del peligro y seguramente andaríamos asustados por todas las calles. Sin embargo, no es necesario morir hoy o mañana, pero para aquel que no muere ningún día en particular, para aquel que debe sencillamente morir en “general”, ¿tiene algún sentido la muerte? Si no hay una espera de una fecha en particular, es como si la muerte nunca fuera a pasar y esto no es más que un futuro indefinidamente aplazado en el que no pasaría nada. Esto nos lleva a pensar que la necesidad de morir acaba por parecer evitable, pues aquel que algún día morirá cree que aunque ese día sea indeterminado nunca llegará y simplemente se creará inmortal.

Sin embargo, a medida que los años pasan se hace cada vez más probable la venida de la muerte, y el desgaste del organismo va en aumento, ello nos hace enfrentarnos a que la fecha de la muerte es tan cierta como la necesidad de morir y esto es precisamente el infierno de la desesperación: nosotros experimentamos los trances de la angustia cuando la fecha de la muerte se ve tan implacablemente determinada como el hecho de la muerte; la infranqueable barrera de la muerte está fuera de nuestro alcance y aunque la fecha de ella esté en cierta parte en nuestras manos, es decir, que cuidemos nuestro régimen alimenticio etc., nada la podrá evitar aunque la “aplacemos” constantemente. Pero la confusión que reina sobre la fecha límite permite a la voluntad precipitarse y empezar a “jugar” con el destino, pues al no saber la fecha límite hay un margen de esperanza y las posibilidades mismas nos invitan a probar suerte, a vivir. Es aquí donde la libertad permite aumentar las latitudes y longitudes donde puede vivir, le permite jugar con el espacio y hacer de él lo que quiera, como por ejemplo tener confort material o con alguna investigación evitar que la enfermedad llegue; el hombre es “todopoderoso” quiere el prolongamiento de la vida humana y quizá lo logra, con un remedio y a golpe de reanimaciones sucesivas, pues todo enfermo incluso uno notoriamente incurable, debe ser considerado como curable, y es que “tan preciosa es la positividad del estar vivo que el menor aplazamiento, parece realmente

una inmensidad, una gracia inestimable, una suerte inaudita gratuitamente ofrecida al que se salva”⁴⁶.

El hombre intenta ponerse a salvo, teme ser cogido por sorpresa, por ello se prepara para la pelea contra de la muerte, tiene la esperanza de que nunca se va a morir, por ello toma precauciones; el simple hecho de que la hora de la muerte sea incierta le permite disfrutar la victoria momentánea contra la muerte, él lleva su esperanza hasta el límite y aunque no sea consciente de que siente eso, cree que es inmortal, pues hay algo monstruoso en la idea de una vida finita; es inevitable que el destino muestre su verdadero objetivo, pues el tiempo que se ha permitido cesará algún día; sin embargo, la hora incierta permite que el cuándo y el cuánto este parcialmente en nuestras manos; por ejemplo, cuando tomamos medicamentos para que se prolongue nuestra existencia, evitamos la enfermedad, evitamos el dolor, pues cada vez que éste último se hace presente nos agobia y aunque tratemos de evadirlo con algunos analgésicos, lo único que conseguimos es que se vuelva indoloro, pero por más que queramos no existen analgésicos contra la doloridad.

1.5 La resignación y la esperanza

Es posible que la resignación surja después de todos estos avatares con los que nos hemos encontrado hasta este momento, por ello Jankélévitch nos muestra a la resignación en dos etapas⁴⁷: una *a posteriori* o consecuente la cual nunca está completamente resignada, y la otra que es *a priori* o que antecede. La primera de ellas se da por la experiencia, aquí es donde nos resignamos a algún mal, en donde creemos que no existe una solución, la segunda se da cuando hay un escepticismo absoluto ante lo que pueda pasar, pues hay una duda sin ningún fundamento. Estas dos clases de resignaciones tienen en común su escepticismo sistemático y una duda incoada por los fracasos y las decepciones, en donde siempre hay una renuncia y no hay ninguna lucha.

⁴⁶ V. Jankélévitch. *La muerte...*,154.

⁴⁷ Cf. V. Jankélévitch. *La muerte...*,165.

Ahora bien, parece que nosotros nos resignamos a la mortalidad; por ello ¿estamos renunciando a la vida? Puede suceder que abandonemos el combate contra la muerte antes de lo necesario, pero esto sólo sucedería si tuviéramos una *mala voluntad*, pues ella hace que renunciemos demasiado pronto, tal como lo hace el dogmatismo el cual renuncia a proseguir por el camino de la dialéctica, liquidando de esta manera toda posibilidad de conocimiento. La mala voluntad deja de querer cuando todavía podría poder y traza un límite entre lo posible y lo imposible. El hecho de que seamos finitos no implica que tengamos algo definitivo que no podamos tener dominio sobre nosotros mismos, pues la voluntad que quiera algo decreta su propio destino, pero la *mala voluntad* suele poner trampas fatalistas en donde ya no hay nada que hacer, pues pone supuestas imposibilidades disfrazadas de destino, como en la Edad Media, en donde era algo imposible, era un sacrilegio, un pecado intentar curar enfermedades como la lepra o la epilepsia, pues el fuego del cielo venía a fulminar los que lo intentaran y esto sólo parece ser un pretexto para hacer más fuerte su inconfesable complacencia. La pereza y la conciencia derrotista hacen que esta clase de cosas sean posibles; y ni hablar de la eutanasia que refuerza de una manera más contundente esa patética actitud, no es simplemente el enfermo el patético también, lo es el médico o los investigadores que deben hacer lo posible porque alguien se cure de su estado. Aceptar que una enfermedad es incurable hace de ella un imposible, y por ello se pierde toda esperanza, por lo tanto no queda más que desesperación. Esto es lo que nos dice Jankélévitch en su entrevista con Pascal Dupont:

La desesperación, en el sentido literal, es la ausencia total de esperanza, es decir, la renuncia total al porvenir, es un sentimiento apenas soportable, que la mayor parte de los hombres no ha conocido, y que no existe sino en los libros o entre los románticos que no son sinceros, “desesperado” como puede estarlo un poeta o un músico romántico...pero cuando está verdaderamente desesperado, entonces no queda otra cosa que meterse una bala en la cabeza... un desesperado no puede tener necesidad sino de matarse⁴⁸.

La mala voluntad vuelve al hombre impotente ante su vida, con distintas clases de excusas, lo vuelve víctima de las circunstancias, un simple espectador consternado que no puede hacer nada. Esto no es más que la resignación, siendo esta un mal que sólo existe porque la

⁴⁸ V. Jankélévitch, *Pensar la muerte...*, 92.

mala voluntad lo ha querido, y lo peor es que algunos hombres han permitido que la mala voluntad se apodere totalmente de ellos. Pero ¿por qué sucede esto? La mala voluntad usualmente suele disfrazarse con la ética y la religión, estas dos son los instrumentos perfectos que utiliza la mala voluntad para limitarnos, la resignación a la falta nos atormenta; como por ejemplo el pecado original, el cual es la resignación absoluta, pues cuando nos resignamos al pecado, nos resignamos a un mal inexistente que sólo comienza a existir por efecto de la resignación misma y esto no es más que un argumento perezoso que sirve para justificar la resignación de un pseudo-destino; aquí sólo vemos un substancialismo, el cual considera al hombre como algo estático de tal manera que fija para siempre los límites y los alcances de la acción humana.

Sin embargo, nosotros estamos en el espacio y lo transformamos por medio de nuestras técnicas, de tal manera que a pesar de todas las problemáticas que hemos visto hasta ahora, la acción humana no se ha quedado estática, porque el tiempo pasa y la persona aún no deja de sobrevenir, hasta el momento en que el límite de los límites, que es la muerte se le presente. De esta manera Jankélévitch nos dice: "el hombre está a la vez dentro y fuera de la muerte; está fuera por la consciencia trascendente que tiene de ella, y está dentro en cuanto que el ser pensante es él mismo un ser mortal"⁴⁹. Por esto el pensamiento trasciende a la muerte, pero el *a priori* de la muerte previene cualquier pensamiento. Incluso la resignación a la muerte es ya una iniciativa espontánea y una manera de tomar la delantera al destino, afortunadamente la esperanza abre incansablemente la brecha, hace estallar la resignación y devuelve el porvenir al hombre asediado. Veamos:

Los ruidos del campo llegaban hasta mí. Olores de noche, de tierra y de sal refrescaban mis sienes. La paz maravillosa del verano dormido entraba en mí como una marea. En ese momento, en el límite de la noche, las sirenas aullaron. Anunciaban salidas hacia un mundo que, para siempre, me era ahora indiferente. Por primera vez, después de tanto tiempo, pensé en mamá. Creí comprender por qué al final de su vida se había echado un "novio", porque había jugado a recomenzar. Allá, también allá, en torno a aquel asilo donde las vidas se extinguían, la noche era como una tregua melancólica. Tan próxima a la muerte, mamá debía de sentirse liberada de ella y dispuesta a revivirlo todo. Como si esa gran cólera me hubiese purgado del mal, vaciado de esperanza, ante esta noche cargada de signos y de estrellas, me abría por vez primera a

⁴⁹ V. Jankélévitch. *La muerte...*,170.

la tierna indiferencia del mundo. Al encontrarlo tan semejante a mí tan fraterno al cabo, sentí que había sido feliz y que lo era todavía. Para que todo sea consumado, para que me sienta menos solo, no me queda más que desear en el día de mi ejecución la presencia de muchos espectadores que me acojan con gritos de odio⁵⁰.

1.6 El espacio y el tiempo

Nosotros nos damos cuenta que podemos manejar otras cosas que se encuentran alrededor y que nos determinan; como por ejemplo el espacio y el tiempo. El espacio nos ofrece vía libre a nuestras técnicas, pues nos permite desplazarnos en él a velocidades cada vez mayores; sin embargo, aunque podamos en cierta manera manejarlo nos vemos imposibilitados por el Aquí y el Allá, los cuales no nos permiten estar en varias partes a la vez.

Con ello nos podemos dar cuenta de que hasta el espacio está entre-abierto, hay un sí pero no, el espacio se convierte para nosotros en el obstáculo, ya que nos separa los unos a los otros, un hombre no puede estar en el mismo espacio en donde yo me encuentro ahora; pero tal espacio al mismo tiempo como órgano nos pone en comunicación con los demás.

Ahora bien, así como el espacio que nos ofrece innumerables caminos a través del mundo, el tiempo es indiferente, neutro e impalpable. Nos es como el aire; es inexistente pero al mismo tiempo es existente, porque el hecho de que no se pueda tocar no lo vuelve absolutamente inexistente. En esta existencia inexistente e infinita, la libertad del hombre se da porque puede manejar su tiempo como él quiera, todo lapso de tiempo permite ser acelerado o abreviado.

El hombre en cierta manera modifica los modos de ser del futuro, pues tiene ya su tiempo planeado y establece la duración de sus propias operaciones; sin embargo, siempre habrá *El futuro*, que no está determinado por la modificación del hombre, pues aunque “el trabajo del hombre modifica los modos de ser del futuro, no cambia nada la *quodidad* misma de la futurición”⁵¹, los intervalos de tiempo exigidos para llevar a cabo un trabajo dependen de la

⁵⁰ A. Camus. *El extranjero...*, 159.

⁵¹ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 159.

rapidez con que se realicen, pero el tiempo de esos intervalos escapa a nuestros poderes, pues el tiempo siempre va a ser el mismo.

Es inevitable que la libertad en un momento determinado quede truncada, pues cuando hemos perdido el tiempo, seguramente nos gustaría recuperarlo, pero el tiempo perdido no es recuperable, de esta manera el tiempo se vuelve irrevocable e irreparable, pues se nos presenta la imposibilidad de revivir el pasado; no podemos redimir el pecado cometido, y aunque en un futuro pretendamos hacer algo mejor y tratar de corregir el pasado nunca podremos nihilizar el hecho de haber cometido una acción.

El lamento por lo irreversible no sirve para nada; esto, más bien, traduce la desesperación y la impotencia, en cambio, aquel que no se desespera y que es capaz de darle cara al futuro, aún puede aprovechar el tiempo y reformar su vida, en cambio quedar con la ilusión que el tiempo se puede devolver no es más que una quimera. Por ello Jankélévitch nos dice:

Pretender remontar el curso del tiempo y hacer que el devenir vuelva atrás, querer presenciar en un momento el futuro saltándose de golpe todos los momentos intermedios es, en los dos casos, querer hacer milagros; y es confundir el aprovechamiento del tiempo con la nihilización de la temporalidad, es decir con la quimera de lo intemporal⁵².

¿Y para qué todo esto? ¿Para qué queremos volver al pasado? O ¿para qué le damos la cara al futuro, esperando seguir adelante? Pues para alejar la muerte comprimimos el tiempo y sólo en función de esto nos esforzamos por prolongar nuestra existencia y aplazar indefinidamente la fecha de nuestra muerte; al intentar evitar la nada y en cierta medida “lograrlo”, creemos que podemos contra el tiempo y contra la desgracia de la muerte; pero el tiempo pasa, la temporalidad nos absorbe y no morir nunca es una imposibilidad bastante evidente que nos pone de frente a nuestro destino.

Sin embargo, lo que tenemos a nuestro favor es que no sabemos cuando nos vamos a morir, no sabemos la hora exacta de nuestra muerte y tal indeterminación nos permite observar que nuestra vida no es una novela ya escrita, sino algo que se lee y se escribe al mismo tiempo.

⁵² V. Jankélévitch. *La muerte...*,161.

1.6 El envejecimiento

Con el pasar del tiempo aquellas manos que empezaron a escribir el libro de la vida no son iguales de suaves y ágiles; aquel que escribe, cuando se mira al espejo nota ciertos nódulos cutáneos amarillentos o efervescencias en su rostro, el paso de los años va desdibujando su juventud de tal manera que se da cuenta que está envejeciendo. Ahora bien, ¿qué pasa con el envejecimiento? El envejecimiento suele mostrar los síntomas de la mortalidad, hace latente que en el devenir de la vida, el órgano-obstáculo siempre estará latente y que el camino hacia el no-ser es inevitable; vivir implica en cualquier momento y a cualquier edad tener siempre una proximidad con el no-ser ya que “desde el primer latido de su corazón, el recién nacido ha dado ya un paso en dirección a la nada”⁵³. La vida es al mismo tiempo crecimiento y decadencia, decadencia que no es visible en los años de juventud, sólo cuando ya se ha recorrido un buen trayecto de vida, el cuerpo nos muestra que poco a poco empezamos a descender y que pronto vamos a desaparecer; con el paso del tiempo empieza a marchitarse nuestra existencia y la esperanza siempre latente nos lleva a engañarnos, es decir, no queremos enfrentarnos al espejo con nuestro verdadero rostro envejecido, sino que acudimos a la ciencia médica y nos hacemos rejuvenecimientos faciales para evitar ser extraños de nosotros mismos, pero el rostro no lo es todo, porque por más que vayamos al médico y “curemos” nuestras arrugas, sucede que:

En el envejecer tras cada curación, nos hallamos en un punto más profundo de la espiral de la vida orgánica: no estamos tan sanos como lo estábamos con anterioridad, por muchas aclaraciones tranquilizantes que nos de el médico. Hoy estamos un poco menos sanos de lo que estábamos ayer y apenas un poco más de lo que estaremos mañana⁵⁴.

Con el paso del tiempo el cuerpo empieza a sentir fatiga con mayor intensidad, de tal manera que las fuerzas empiezan a decaer, la energía que había antes no es la misma, por lo tanto cada vez se hace más obvio e inevitable el destino, en la vejez todo se acaba y no existe la más mínima esperanza de salir del cuerpo lastimado por el tiempo. De este modo

⁵³ V. Jankélévitch. *La muerte...*178.

⁵⁴ Améry Jean. *Revuelta y resignación, Acerca del envejecer...*, 49.

la vejez se convierte en un mal incurable; es la enfermedad de las enfermedades, pero no es una enfermedad que afecte a un órgano o al organismo en su totalidad, es más bien:

La enfermedad de la temporalidad, y por consiguiente es a la vez normal y patológica. ¡La vejez es la anomalía normal en el buen sentido en que la muerte es la enfermedad de los que tienen buena salud! Ahora bien, esta enfermedad metafísica y no localizada, precisamente en su razón de su carácter difuso, es una enfermedad incurable; se la puede retrasar o lentificar, frenar aparentemente su evolución, pero no se puede invertir un proceso que sigue siendo en todos los casos inexorablemente progresivo⁵⁵.

De esta manera, vemos que el hombre está inevitablemente condenado a encontrarse con la decadencia de su cuerpo y con su finitud. Ahora bien, parece como si el envejecimiento nos develara poco a poco la muerte, como si la vida fuera una muerte continua, y ¿por qué no? Si el vivo empieza a morir el mismo día de su nacimiento, si la vida no es más que un fluir hacia la muerte. Pero el hecho de que el tiempo nos muestre cada vez lo decaídos que somos, ello no implica que la nada de la muerte aparezca a través de los nódulos cutáneos amarillentos de nuestra piel, no, simplemente nos indica que puede estar próximo nuestro destino.

La vejez viene a mostrar el desgaste del cuerpo, la fragilidad de los órganos y el consumo de las fuerzas vitales, el cuerpo abandona la postura erguida, que siempre mantuvo, presenta un encorvamiento progresivo que poco a poco está recordando que la muerte no es un futuro lejano. El transcurrir del tiempo tiene efectos directos sobre la corporalidad, lo que implica que “la irreversibilidad y la continuidad del devenir finito dan en efecto todo su sentido al deterioro implacable progresivo que llamamos envejecimiento”⁵⁶. Esto lo que nos muestra es que tal continuidad del devenir finito nos está llevando hacia el final de nuestra existencia. El transcurrir del día, de las horas, de los minutos y segundos nos van acercando cada vez más a la hora final; cada segundo nos arrebató un poco de vida, cada hora pasada habrá que descontarla de nuestra existencia. Todo lo que pesa en el hombre ya envejecido es un cúmulo de vida ya vivida; las experiencias de las que en la vejez se habla no son otra cosa que la demostración del agotamiento paulatino de una vida que pronto habrá de desaparecer y que con el paso del tiempo tiene cada vez menos experiencias y

⁵⁵ V. Jankélévitch. *La muerte...*182.

⁵⁶ V. Jankélévitch. *La muerte...*,186.

paradójicamente sólo le queda la experiencia de lo definitivo. Cuando la vida comienza el hombre tiene todo un camino por delante, lleno de esperanzas y de anhelos por realizar; sin embargo, en los últimos años las perspectivas cambian considerablemente; ya no hay mucho tiempo que esperar y quizá ese poco de tiempo que aún queda se desperdicie en lamentaciones inútiles.

El paso de los años trae consigo el acercamiento del final que se pre-siente nítidamente en la vejez, esto genera una situación de angustia, de desesperación, de imposibilidad e impotencia; sin embargo, no es en el mismo nivel de un condenado a muerte. Pues, él sí vive cada momento con extrema angustia, cada momento que pasa se vuelve insoportable, pero a la vez querido, al mismo tiempo el espacio no importa cual sea, pues es también deseable como nos lo muestra Raskólnikov, en su monólogo acerca de un condenado a muerte:

Si debiera vivir en algún sitio elevado, encima de una roca, en una superficie tan pequeña que sólo ofreciera espacio para colocar los pies y en torno se abrieran el abismo, el océano, tinieblas eternas, eterna soledad y tormenta; si debiera permanecer en el espacio de una vara durante toda la vida, una eternidad, preferiría vivir así que morir ¡vivir, como quiera que fuese, pero vivir!⁵⁷

Lo que le espanta verdaderamente al condenado a muerte aparte de cómo se va a morir, es que la hora ya no es incierta, por ello no hay esperanza. El condenado a muerte enfrenta el terror de saber que próximamente se va a morir, de que su ser será aniquilado, por ello contempla su vida desde las últimas horas que le quedan bajo el efecto del pánico, el terror y la angustia. Ahora bien, el hombre que no sabe la hora exacta de su muerte tiene un margen para ver su vida desde una doble óptica y es esta misma la que nos hace hablar de la entre-abertura; esto tiene que ver con la percepción del tiempo. Cuando se habla del envejecimiento se entiende que la vida se consume poco a poco⁵⁸, y que ha estado consumiendo sus posibilidades, esto le permite al hombre tener la capacidad de anticipar; de esta manera se habla de una consciencia aguda en el sentido que tiene la capacidad de sobrevolar el devenir en su conjunto, de tal forma que es posible contemplar la vejez desde una proyección anticipada del futuro. Al mismo tiempo vemos una reflexión trascendente

⁵⁷ Dostoievski. *Crimen y castigo*, Tr. R. Sáenz. Aguilar. Madrid. 1977, 150.

⁵⁸ Jankélévitch entiende esa perspectiva desde la retrospectión.

sobre la vida, la cual se convierte en una posición donde se abarca la totalidad del tiempo vivido. Por otro lado está también la consciencia volante y póstuma, esta consciencia ve lo propio desde el punto de vista del otro, es decir, una consciencia en tercera persona, pues en este estado lo que sucede es que lejos de permanecer interior al devenir-propio, el “deviniente” se hace a sí mismo espectador o testigo de ese devenir⁵⁹.

En cualquier estado en que nos encontremos nos daremos cuenta de que la trayectoria de nuestra vida se reduce inevitablemente al paso de los años y esto lo único que nos muestra es el fin inevitable de nuestro existir como su absurdo; pero por más que intentemos comprender el paso del tiempo en toda su magnitud y en cierta manera tratar de manejarlo no podemos evitar el devenir al que estamos sometidos ya que:

El tic-tac del reloj marca en cierto modo los instantes sucesivos que roen nuestra parte de vida; <cada instante te devora una parte del placer concedido a cada hombre para cada recorrido>... ¡De todo nuestro periodo vital, carcomido por el insecto del tiempo, pronto no quedará nada! El día se acaba la noche llega; la clepsidra se vacía y al hombre angustiado por el despilfarro de innumerables minutos le gustaría recobrar el devenir y suspender el vuelo del tiempo⁶⁰.

Cuando se percibe que el transcurrir de los días es tan rápido, que el devenir en apariencia se acelera, la vida se percibe corta y la muerte cercana. También tenemos otra clase de angustia la cual se relaciona con una aversión que se hace evidente cuando el movimiento es lento y el camino por recorrer es en exceso largo. Esta percepción se hace evidente en el espacio cuando se apodera de nosotros la desesperación de ver más lejana la meta a la cual se aspira; sin embargo, esta noción del tiempo es una falsa noción de inmortalidad, esto último es una excusa más para no llegar rápidamente al término de nuestra existencia.

La vejez contempla lo que ya fue como un tiempo que devino demasiado rápido y por ello desearía que la vida no fuera tan corta y que el tiempo no hubiera pasado tan rápido⁶¹, esto no denota más que la vana ilusión del hombre por no dejar de existir, pero aunque no nos guste la vejez siempre estará presente para hacernos comprender que estamos abocados a la finitud. Seguramente el anciano muy pronto caerá rendido a los brazos oscuros de la

⁵⁹ Cf .V. Jankélévitch. *La muerte...*,192.

⁶⁰ V. Jankélévitch. *La muerte...*,193.

⁶¹ Esto es lo que Jankélévitch denomina: recorridos espacio-temporales.

muerte, pero aunque sabe que es pronto no sabe cuando, no sabe a que hora ni en que minuto dejara de ser, él no se enfrenta a la *hora certa*; en cambio el condenado sí y por ello puede percatarse de las dos ópticas, en este momento la entre-abertura, se hace pues es tan poco el tiempo que queda, que no hay nadie como él para alargar el tiempo y hacer de cinco minutos cien años:

¡Dios sabe lo que puede hacer con cinco minutos bien empleados, un condenado a muerte cuyo todo futuro son esos cinco preciosos minutos! Dos minutos para despedirse de sus camaradas; dos minutos para pensar una última vez en sí mismo, mirar a su alrededor al apariencia de las cosas, contemplar la adorada cúpula de esa iglesia que brilla al sol...el último cuarto de hora de un condenado, si se mostraran todos sus tesoros, ¿no durarían varios siglos? ¿Este último cuarto de hora, entre el camino del paredón y el instante en que resuena la palabra ¡Fuego! No sería tan largo como toda la historia del mundo?⁶².

Ahora bien, no siempre sucede que el anciano se encuentra mal por el hecho de ser viejo, el todavía tiene vitalidad, aunque no en todo su esplendor, pero la tiene, y por ello es posible que viva su presente no en función de un pensamiento atormentado por la proximidad de la anulación de su futuro, sino que realiza proyectos tan vitales como el joven. Sin embargo, puede ser que se este creando una ficción, “aquel que se excluye a sí mismo de la ley común, se aplica a sí mismo un patrón de medida válido para todos los hombres, hace como si no le concerniese la muerte, él es el primero en no estar convencido del fundamento de esta ficción, el primero en sospechar la verdad”⁶³. Esta verdad confirma la imposibilidad de un espectador indiferente, pues cuando vemos que la verdad abarca todo el ser del otro nos enfrentamos a que eso también va a ser así para nosotros, aunque intentemos ser indiferentes a este hecho, pues la sobre-consciencia mantiene al hombre en constante desequilibrio y éste último lo mantiene sumergido en una dualidad casi insoportable, pues pasa continuamente de la esperanza a la desesperación o viceversa.

La consciencia de envejecer sólo deviene cuando se entrecruza la óptica objetiva y la experiencia vivida, es decir, cuando el hombre se da cuenta y asume el hecho de que el tiempo pasa, las fuerzas se agotan, los órganos se deterioran y por tanto la muerte llega. Según todo esto podemos concluir que hay dos clases de tiempos: un tiempo objetivo que

⁶² V. Jankélévitch. *La muerte...*,194.

⁶³ V. Jankélévitch. *La muerte...*,199.

con su pasar nos acerca a la muerte, y el tiempo percibido como un eterno presente. En la mayoría de los casos, el tiempo que transcurre día a día con una mirada indiferente, pues quiere escapar a la verdad; sin embargo, a medida que pasan los años aparece la consciencia de envejecer, ello sucede cuando el anciano se enfrenta al espejo y se hace extraño de sí mismo, tal como nos lo muestra Améry:

El componente quizá más fuerte del disgusto es justamente ese extrañamiento de sí misma, esa desarmonía entre el yo joven que acarrea consigo a través de los años y el yo que envejece de la mujer en el espejo. Pero en ese mismo instante, en ese breve lapso de tiempo, “A” —si sólo resiste en el espejo y no aparta la mirada con la rabia que puede ser únicamente la rabia de una extraña— comprende que está con sus manchas amarillas y sus ojos sin brillo, más cerca de sí misma de lo que ha estado nunca, más desagradablemente íntima y familiar a sí a sí misma de lo que ha sido nunca; y que está condenada a convertirse —delante de aquella imagen en el espejo extraña a ella— en sí misma de una manera cada vez más apremiante⁶⁴.

Cuando “A” se enfrenta a la realidad y descubre lo que en el pasado le pareció irreal, se da cuenta ahora, que el tiempo pasa y que es tan mortal como los otros, descubrir esto no deja de ser una sorpresa que impacta a tal extremo que parece que viera por primera vez su realidad. Aquel que envejece no aprende nada al verse al espejo, pues el tiempo recorrido muestra que su vecino muere y que la muerte es un hecho para todos; por lo tanto, lo que se aprende en la vejez no es nada nuevo; sin embargo, esta verdad solo se alcanza cuando se hace presente de manera más apremiante.

⁶⁴ Améry Jean. *Revuelta y resignación, Acerca del envejecer...*, 47-48.

Capítulo II

LA MUERTE EN EL INSTANTE MORTAL

2.1 El instante mortal está fuera de las categorías

El instante mortal, ese pequeño y diminuto segundo, nos lleva a preguntarnos si es posible saber que ocurre en nuestro último suspiro; ¿cómo será nuestra pequeña pero inenarrable experiencia? “El instante de la muerte es como un problema misterioso en donde el límite del camino entre lo que conocemos y la absoluta ignorancia se encuentran”⁶⁵. Ahora bien, ¿Es posible que haya filosofía del instante mortal? Parece que sí, ya que hay un sin número de discursos sobre este tema. Pero, esto no es más que un atrevimiento, pues no hay consistencia en ello, se pretende hablar sobre este asunto a partir del más acá y con el puro desconocimiento del más allá ¿acaso este es un asunto del más acá o del más allá? No.

En el más acá no se puede hablar más que de la vida y del más allá no sabemos nada; entonces, si el instante mortal es el punto intermedio, tampoco habrá nada que hablar. Lo único que podemos es ver el instante mortal del otro y seguramente expresar algo sobre aquel acontecimiento; pero, por más que intentemos entender la última mirada del muerto, jamás podríamos descifrar el instante mortal que nos incumbe, porque todo queda reducido a la *quodiddad* invisible e indecible; cualquier intento de contar esto es un sin sentido, Veamos: aquel día frío y nublado, el viento golpeaba mi rostro y su rostro, mis brazos apenas podían sostener su cuerpo, para mí no era posible ver nada porque mis lágrimas inundaban mis ojos; sin embargo, en el aquel momento, dentro de esta confusión, pude ver su última mirada y la sonrisa que inundaba su rostro, pero sólo él pudo disfrutar ese pequeño segundo, su último soplo de vida; en cambio a mí sólo me quedó el silencio que me envolvía poco a poco y la impotencia de no poder narrar ese pequeño instante mortal que sólo el podría contemplar. Pero bueno, queda la fiesta fúnebre, la cual nos permite entrar a la borrasca del réquiem de Mozart, aquí el instante deja de ser instantáneo y doloroso, aquí el instante se vuelve glorioso.

⁶⁵ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 207.

Al observar esto, nos damos cuenta que la muerte no puede ser llevada al campo de la razón; por más que intentemos establecerla en alguna categoría, nos veremos imposibilitados porque el instante mortal en sí mismo es inaprensible. Sin embargo, aunque nosotros no estemos completamente seguros de lo que pueda ser el instante mortal, nos podemos acercar a él por medio de lo que sentimos ante la experiencia que al otro le acaece.

Ahora bien, el instante mortal lo podemos ver como un máximo es decir como un límite, una medida o una intensidad en la cual las fuerzas corporales tienden a colapsarse; por ello, la muerte aquí representa el límite más determinante hasta el cual puede llegar cualquier hombre, nos conduce hasta el final de los finales; ella es el abismo más grande e insuperable, “la muerte es el fondo último de la profundidad y la última cumbre de la altura, el término extremo de toda distancia y el último grado de todo crescendo”⁶⁶.

El límite de la muerte pone en evidencia lo frágiles que somos, pues ella se nos puede presentar cuando caminemos por la calle, en nuestro sueño, o realizando una actividad cotidiana; somos entonces tan vulnerables que la muerte puede penetrar en nosotros por todos los poros y por todo el edificio corporal. Al contrario de lo que sucede con el ser inmortal, pues a él no le puede pasar nada, ya que el peligro no tiene sentido, ni el valor, ni la aventura, en cambio nosotros los mortales estamos abocados a la muerte como lo doloroso de todo dolor, como lo peligroso de todo peligro, lo aventurero de toda aventura, el daño de toda desgracia y de toda enfermedad.

Cuando estamos enfermos, el dolor y la impotencia de salir de ellos invaden nuestro cuerpo, el peligro se hace latente porque nos muestra la proximidad de nuestra muerte. De la misma manera, el aventurero se enfrenta al riesgo de perder su vida; alguien que arriesga su vida está evidenciando que puede salir mal librado y que puede ser confinado al no-ser; lo aventurero de la aventura reside en el hecho de que uno nunca sabe hasta donde lo puede llevar o mejor aún lo puede llevar a ese extremo que es la muerte, aquel que coloca una bala en el tambor de la pistola está decidido a morir por este juego, pero que alivio tan grande cuando la bala no está en su cabeza; pero si lo está, que desgracia tan grande y que

⁶⁶ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 215.

gran estupidez ha sido la muerte de esta persona. También vemos el caso del héroe que pone en evidencia su deseo de no existir, que confiere su carácter trágico al sacrificio, como vemos con Aquiles y Héctor, ellos dejaron todo por ir a la guerra, el primero era capaz de dejarse en el campo de batalla a sí mismo, en cambio, Héctor dejó a su familia, su hijo y su esposa, y su muerte no fue sólo el sacrificio de sí, también el de su familia. En ellos dos no había más que valor apasionado en donde no se espera más que el sacrificio total sin reservas ni condiciones, por ello, un héroe lo que menos quiere es que una mano sobrenatural evite su anhelado destino, pues si eso sucediera él no sería más que un payaso, por eso en la gran contienda entre Aquiles y Héctor, no hubo intervención alguna por parte de los dioses. Sin embargo, Aquiles manchó su humanidad cuando arrastró el cuerpo de Héctor por todo el lugar sin tener respeto por el muerto ni por los dioses, de tal forma que Aquiles muere por su cólera, muere por él mismo. El héroe lo que quiere es que sea recordado por siempre por su gran valentía, en efecto, los dos serán recordados por su gran valentía, pero Aquiles también será recordado por su animalidad exagerada⁶⁷. Ahora bien, el mártir no se encuentra en el mismo nivel que el héroe, pues acepta morir por el otro, y esa entrega total es lo máximo de lo que un hombre es capaz; en cambio un héroe da su vida por su valentía no porque sea curado el pecado original.

Pero, hablar de la muerte implica relacionarla *metafóricamente* con un máximo, máximo que hace alusión a una cantidad numérica que no es posible sobrepasar corporalmente, pues cuando el nivel máximo es sobrepasado el ser se torna en un no-ser. Por ello, la corporalidad solo soporta un grado de dolor, de padecimiento, de sufrimiento y cuando se sobrepasan estas intensidades el cuerpo queda aniquilado; sin embargo, el hombre puede aguantar niveles extremos de dolor y de tortura hasta el momento de su muerte.

Vemos distintas clases de torturas a través de la historia, como por ejemplo: el método romano por excelencia de tortura y ejecución, la crucifixión, que consistía en clavar o atar a la víctima, generalmente desnuda, en una cruz en donde permanecía sufriendo hasta el momento de su muerte. La víctima quedaba aquí expuesta a una lenta, dolorosa y angustiada agonía, causada por el hambre, las hemorragias, la sed y la insolación, dicha

⁶⁷ Cf. Morera Juan Ignacio. "Sabiduría y aflicción en la Grecia arcaica. (Aquiles, Pandora, Orfeo)" en González García Moisés. *Filosofía y dolor*, Tecnos, Madrid. 2006, 72 y 75.

agonía podía durar varios días dependía de la resistencia del cuerpo. Otro caso espeluznante de dolor y sufrimiento era el que impartía Vlad III de Valaquia, conocido como Vlad el Empalador, el cual le hace honor a su apodo, pues el empalamiento es una técnica de tortura y ejecución que consiste en introducir un palo sin punta por el ano hasta la boca o el hombro sin dañar el corazón, el fin de esta tortura es que la víctima no se desangre, de esta manera la agonía se prolonga durante tres días. También podemos ver el relato de la tortura que Améry padeció en manos de la Gestapo⁶⁸:

Para realizar el análisis de la tortura que me he propuesto, por desgracia no puedo ahorrar al lector la descripción objetiva de cuanto sucedió, sólo puedo intentar hacerlo de forma concisa. Del techo abovedado del búnker colgaba una cadena que corría en una polea, de cuya extremidad pendía un pesado gancho de hierro balanceante. Se me condujo hasta el aparato. El gancho estaba sujeto a la cadena, que esposaba mis manos tras mis espaldas. Entonces se elevó la cadena junto a mi cuerpo hasta quedar suspendido aproximadamente a un metro de altura sobre el suelo. En semejante posición, o más bien suspensión, con las manos esposadas tras las espaldas y con la única ayuda de la fuerza muscular, sólo es posible mantenerse durante un periodo de tiempo muy breve en posición semi-inclinada. Durante esos pocos minutos, cuando ya se han consumida las únicas fuerzas sobrantes, el sudor nos cubre la frente y los labios y comenzamos a resoplar, no se podrá responder a ninguna pregunta. ¿Cómplices? ¿Direcciones? ¿Lugares de encuentro? Estas palabras apenas son audibles. La vida recogida en un único, limitado sector del cuerpo, es decir, en las articulaciones del húmero, no reacciona, pues se encuentra agotada completamente por el esfuerzo físico. Un esfuerzo que ni siquiera en personas de constitución robusta puede prolongarse mucho. En cuanto a mí respecta, tuve que rendirme pronto. Oí entonces un crujido y una fractura en mis espaldas que mi cuerpo no ha olvidado hasta hoy. Las cabezas de las articulaciones saltaron de sus cavidades. El mismo peso corporal provocó una luxación, caí al vacío y me encontré colgado de los brazos dislocados, levantados bruscamente por detrás y desde ese momento cerrados sobre la cabeza en posición torcida, sobre mi cuerpo crujían los golpes con el vegajo, y algunos de ellos desgarraron los pantalones ligeros de verano que vestía ese 23 de julio de 1943. Sería del todo irrazonable querer describir en este punto los dolores que me infringieron el dolor era el que era. No hay nada que añadir, los aspectos cualitativos de las sensaciones son incomparables e indescritibles⁶⁹.

Sin embargo, la sola descripción de este suceso no es suficiente para saber realmente que es lo que siente un torturado, pues como ya lo sabemos el dolor o la intensidad de éste es algo

⁶⁸ Gestapo fue la policía secreta oficial de Alemania Nazi. Améry fue capturado por producir un material propagandístico en donde pretendía, con otros más, convencer a los soldados alemanes de la cruel locura de Hitler y su guerra.

⁶⁹ Améry, *Más allá de la culpa y expiación: tentativas de superación de una víctima de la violencia*. Tr. M Siguan. Pre-textos. Valencia. 2001. 96.

que sólo el que lo padece lo puede entender, pero a pesar de este “inconveniente” podemos hablar, no de lo que siente al ser abofeteado, sino del desamparo que este padece. ¿Qué pasa cuando alguien le da el primer golpe al torturado? ¿A qué se enfrenta? ¿Qué es lo que le espera? Cuando el prisionero siente el primer golpe en su rostro es consciente de su desamparo, se siente impotente a que un cualquiera tenga el atrevimiento de invadir su espacio, su cuerpo, pero más que eso él se da cuenta que aquella cosa hará con él lo que se le antoje, y por ello pierde la confianza en el mundo, pues el otro impone con su puño su propia corporalidad, de tal manera que lo atropella y lo aniquila. En este momento no hay nadie quien ayude, no hay esperanza alguna y es por esto que la violación corporal dada por el otro cierra toda posibilidad de confianza en el mundo.

Como lo vimos hace un momento, el dolor es algo inenarrable que sólo el quien lo sufre, sabe la intensidad con que éste se da, pero afortunadamente en algunas casos la bella muerte que ya no es temible es liberadora, y por ello es anhelada, pues la intensidad de dolor y sufrimiento, nos muestra el límite entre la vida y la muerte, así como aquel hombre que lo martirizaron un gran número de avispas, para él, el dolor fue tan intenso que no lo pudo soportar, de tal manera que prefirió quitarse la vida antes de seguir aguantando ese gran dolor.

Ahora bien, la muerte la podemos considerar como transformación, en el sentido que cambia considerablemente el ser en algo distinto o mejor lo altera, con ello podríamos decir que la muerte es un cambio cualitativo, pues aquí parece que se da un movimiento o un desplazamiento. Como bien sabemos, la muerte es la nihilización de nuestro ser, pero ¿nosotros podemos comparar la nihilización mortal con una especie de cambio? No; la muerte es totalmente determinante no cambiamos de la vida a algo mejor; no, es simplemente el paso del todo a la nada. Jankélévitch nos dice que “un cambio *expresable* y *descriptible* es una *modificación*; es decir que modifica los modos de la substancia misma”,⁷⁰ pero la muerte implica una negación absoluta del ser y no puede ser expresable o descrita, pues no hay modificación de la substancia es la anulación total de ella misma; Jankélévitch nos dice:

⁷⁰ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 221.

La muerte es a la vez el paso de la forma a la ausencia de toda forma, o de la figura a la no-figura, y el paso del ser al no-ser; la muerte suprime a la vez las modalidades de la substancia, los adjetivos y el ser que lo soporta. ¡Aquí no se puede decir qué clase de magia se ha producido en el antes y el después, puesto que propiamente hablando no hay ningún después! La transformación del vivo en cadáver confirma esa maximidad de la abolición mortal⁷¹.

A diferencia de lo que sucede con la muerte en la vida hablamos de transformaciones del ser en el sentido que puede alterarse una y otra vez, algunos lo denomina “muertes parciales”; estas muertes desembocan en el envejecimiento; sin embargo, no puede haber tal clase de muertes, porque si ello sucediera la muerte sería un cambio como cualquier otro, para Jankélévitch estos no son más que maneras de hablar. En el envejecimiento el cabello se vuelve blanco, las arrugas se hacen presentes en la cara, se reendurecen las arterias, se altera la composición de la sangre, del mismo modo sucede con el rejuvenecimiento, pues éste aporta a la morfología del organismo una sucesión continua de retoques y de transformaciones en detalle. Pero, la muerte detiene todas las funciones vitales al mismo tiempo, de un solo golpe y en un instante; ella aniquila por completo toda enfermedad y todo dolor.

El paso del ser al no-ser no es comparable con una aniquilación de orden parcial, a diferencia de lo que sucede en la vida, pues en ella si hay aniquilaciones parciales; por ejemplo: cuando se pone en tela de juicio lo más importante, es decir, un órgano o la vida, a veces es necesario amputar un órgano para que la vida perdure, en este sentido vemos aniquilaciones parciales, pues por ejemplo si nos amputan un órgano jamás lo volveremos a utilizar, es la aniquilación total de eso, pero no de la vida en general; por ello, un asesino debe pagar una pena mayor que el que ha cometido una serie de agresiones menores, pues “mi todo es mi vida misma, mi irremplazable vida, la cual, en su calidad de única y semelfática, tiene un valor infinito”⁷². La vida así es lo más invaluable, y es por esta razón que la muerte es lo más serio que existe, pues arrasa con el ser en su conjunto, no suprime partes, ni deja que el ser exista a medias, ya que ella es la aniquilación total de la existencia.

⁷¹ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 222.

⁷² V. Jankélévitch. *La muerte...*, 224.

Si bien cuando alguien es víctima de una tortura, sufre terribles desgarramientos, pues aquí se dan distintos grados de intensidad de dolor, y esto en cierta medida se puede cualificar y adjetivizar, pues tal experiencia corresponde al ámbito de la existencia, pero la muerte, que es el aniquilamiento total, no ofrece la posibilidad de tener un referente empírico, no se da en el ámbito de la experiencia. Por ello la muerte se remite a una crisis en el ámbito metaempírico, el cual no se refiere a intervalos o a un posible estar en alguna parte para poderle asignar calificativos.

Dejando claro estos aspectos podemos decir que la muerte así no es ninguna transformación y tampoco es el mayor dolor, pues la muerte no debe doler ya que sufrir toma tiempo y aquel que muere no tiene tiempo para sufrir. En definitiva la muerte no es un cambio, no hay una forma después que adviene, por ello Jankélévitch insiste en decir esto:

La muerte no es de ninguna manera una transformación menor; ni una transformación minúscula, ni una transformación mayor, ¡ni siquiera propiamente hablando la máxima transformación! La muerte no es el abandono de tales o cuales determinaciones, sino el abandono de toda forma; y no es únicamente el abandono total de la forma, sino el abandono de la substancia misma⁷³.

Ahora bien, si la muerte no es una transformación implica que tampoco puede ser una alteración temporal, pues no hay alteración sin alteridad; no hay acontecimiento sin acontecer, y si esto es cierto ¿qué alteración o que acontecimiento puede haber en la nada? La muerte no deviene nada, y da luz a un no-futuro; en la nada no hay nada y la muerte es esa nada; es la nihilización total y definitiva en donde no hay un después, pues ya no sobreviene nada, no hay alteraciones ni transformaciones.

La muerte, como no es pensable ni en términos de cambio, al mismo tiempo tampoco puede ser pensada en términos de cronología ni de topografía⁷⁴. Sin embargo, como ya lo hemos dicho, el último suspiro sobreviene en tal fecha del calendario en tal hora y minuto determinado del reloj y aunque no podamos prever tal momento con certeza, este acontecimiento parece que responde en todos los casos a la pregunta cuándo. De esto se sigue que la muerte es un indeterminable determinado.

⁷³ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 227.

⁷⁴ Cf. V. Jankélévitch. *La muerte...*, 230.

Como nos podemos dar cuenta, la muerte inaugura una era intemporal que es la eternidad póstuma; por esta razón Jankélévitch nos dice que: “la muerte es el umbral del tiempo y del no-tiempo; pertenece a los dos mundos a la vez y tiene un pie puesto en cada uno de los dos universos”⁷⁵. Esto pone a la muerte en el umbral de lo empírico y lo metaempírico. Tal connotación nos da cuenta que la muerte es un acontecimiento que acaece en el mundo empírico, esto lo convierte en un acontecimiento histórico; sin embargo, este acontecimiento es el fin del hombre en primera persona por esto tiene una magnitud distinta. Ahora bien, es preciso preguntarnos si desde este acontecimiento podría desprenderse una serie de sucesos y hacer parte de una cronología. Aquel que muere deja de existir en el mundo empírico y, por ello, se da una anulación del tiempo, ya que quien muere hace parte de una eternidad ahistórica y por lo tanto vacía de todo acontecimiento, pues, como lo hemos dicho antes, la muerte no es un acontecimiento meramente empírico, es también metaempírico.

Pero, cuando alguien muere, muere en un espacio determinado y un tiempo preciso, tal instante de la muerte es imposible determinar, cuando se muere alguien quedamos totalmente perplejos, nos sorprendemos, pues aquel que hace tan solo un instante respiraba con dificultad, ya ni siquiera lo hace, naturalmente decimos que se ha ido, pero ¿para dónde?. Veamos que nos dice Jankélévitch:

El mortal lleva a cabo en un instante, su salto mortal, su increíble mutación, y lo lleva a cabo como una inspiración divina, la cual es más ligera que la más ligera brisa. Es el ángel de la muerte el que ha entrado por la ventana abierta, son sus alas las que baten suavemente silenciosamente en la habitación del agonizante. A partir de este momento la pregunta ¿Dónde? ya no tiene respuesta...el muerto está absolutamente ausente, es decir, en otra parte, pero no otra parte ¡que no es otra parte sino ninguna parte⁷⁶.

A partir de ese momento este acontecimiento que antes había sido determinado con exactitud desde la experiencia pierde un poco de validez, pues la empiria no le es posible contestar el a dónde fue, cualquier metáfora o analogía se convierte en mera retórica. pues no se trata de dar una respuesta simple.

⁷⁵ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 230.

⁷⁶ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 232.

Ahora bien, quien muere no está relativamente ausente, pues si así fuera tendría una topografía definida, y esto no sucede porque el morir indica más bien la ausencia definitiva, y absoluta de la criatura. “Por eso quien muere parte para siempre los viajeros del gran viaje no estarán temporalmente ausentes, sino temporalmente inexistentes”⁷⁷, se irán para un lugar mejor dice la gente o se dirigen hacia un lugar lejano, y con eso las personas crean cierta tranquilidad y piensan que desde allá va a estar su ser querido, pero a pesar de todas las ilusiones el muerto no estará nunca aquí para nadie. Ese más allá lejano no es más que una utopía topográfica.

La gente comúnmente cree que el muerto se torna invisible, pero esto no es más que una vana ilusión, ya que estas personas creen que el alma del muerto estará velando por su bienestar. Lo que no se dan cuenta y no quieren aceptar es que el cuerpo del muerto queda visible, pero este cuerpo que en vida denotaba presencia, ahora ha sido desplazada por el cadáver putrefacto que implica ausencia absoluta. Ante esta situación no queda más que un desconcierto absoluto, por ello hacen un cortejo que acompaña a esa ausencia absoluta es:

El movimiento de nada en camino a ninguna parte. Por eso la procesión es lenta, lenta la marcha fúnebre que la acompaña: pues ese alguien que no es nadie y que no va a ninguna parte y que tiene por tanto la eternidad ante él, ese Don Nadie no tiene prisa y no solamente no tiene prisa, sino que hace que los hombres con prisas se demoren a su paso. Ese paso es el paso de aquel a quien no esperan en ninguna parte y que acompaña a su hermano, pero no a la estación, al Ayuntamiento, a la clínica, o a la facultad sino a ninguna parte⁷⁸.

Después de esta procesión el cadáver se deja en el cementerio y tiempo después los vivos van a la tumba y dejan flores, convencidos que el muerto las va a recibir, creen que en esa lápida se encuentra aquel que antes hacía presencia en su vida; la gente no da paso al olvido y siguen en la vana ilusión de que lo que hay en esa caja es quien estaba vivo.

Ahora bien, podemos concluir que la entre-abertura se hace presente a cada momento, porque la muerte esta en el todo y en la nada. En el todo, en donde quedan los vivos, cuando alguien muere se le asigna el espacio y tiempo determinado, y con esto su muerte se vuelve histórica; y en la nada en donde se esfuma quien muere y se pierde para siempre.

⁷⁷ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 232

⁷⁸ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 236.

2.2. El casi nada del artículo mortal

2.2.1 El umbral de la muerte es escamoteado

La concepción platónica de la muerte hace ver este acontecimiento como una liberación del alma, en el sentido que afirma, que hay una verdadera vida después de la muerte, de tal manera que ancla en el corazón del hombre la esperanza; aquí la muerte no implica negación absoluta ni está relacionada con la angustia, más bien, es un acontecimiento irrelevante. El *Fedón* de Platón ofrece una lectura del instante mortal con una tranquilidad absoluta y en la más extrema calma; el instante mortal en esta obra está cuidadosamente disimulado. Aquí la muerte no adquiere la seriedad en el instante mortal, es decir, la angustia desaparece Sócrates disimula su dolor de tal manera que el instante de la muerte será pasajero. Sin embargo, tal angustia se verá reflejada en aquellos que lo acompañan, veamos:

Jantipa rompió a gritar y a decir cosas tales como las que dicen las mujeres. – ¡ay Sócrates!, ésta es la última vez que te dirigirán la palabra los amigos y tu se la dirigirás a ellos. Sócrates, entonces, lanzó la mirada a Critón y le dijo: Critón que se la lleve alguien a casa. Y a aquella se la llevaron, chillando y golpeándose el pecho, unos criados de Critón...., Hasta este momento la mayor parte de nosotros fue lo suficientemente capaz de contener el llanto; pero le vimos beber y como lo había bebido, ya no pudimos contenernos. A mi también, contra mi voluntad, caíanme las lágrimas a raudales de tal manera que, cubriéndome el rostro, lloré por mi mismo, pues ciertamente no era por aquel por quien lloraba, sino por mi propia desventura, al haber sido privado de tal amigo. Critón, como aun antes que yo no había sido capaz de contener las lágrimas, se había levantado. Y Apolodoro, que ya con anterioridad no había cesado un momento de llorar, rompió a gemir, entre lágrimas y de demostraciones de indignación, de tal forma que no hubo nadie, de los presentes, con excepción del propio Sócrates, a quien no conmoviera. Pero entonces nos dijo: ¿qué es lo que hacéis, hombres extraños? Si mandé afuera a las mujeres fue por esto especialmente para que no importunasen, de ese modo, pues tengo oído que deben morir entre palabras de buen augurio. Ea, pues, estar tranquilos y mostraos fuertes. Y, al oírle sentimos vergüenza y contuvimos el llanto. Él, por su parte, después de haberse paseado cuando dijo que se le ponían pesadas las piernas se acostó boca arriba, pues así se lo había aconsejado el hombre. Al mismo tiempo, el que le había dado el veneno le cogió los pies y se los observaba a intervalos. Luego, le apretó fuertemente el pie y le preguntó si lo sentía. Sócrates dijo que no. A continuación hizo lo mismo con las piernas y yendo subiendo de este modo nos mostró que se iba enfriando y quedándose rígido. Y siguiéndole tocando y nos dijo que cuando le llegara al corazón se moría. Tenía ya casi fría la región del vientre cuando, descubrió su rostro –pues se lo había

cubierto-, dijo éstas que fueron sus últimas palabras: - Oh Critón, debemos un gallo a Asclepio, pagad la deuda, y no la paséis por alto. Mira si tienes que decir algo más. A esta pregunta de Critón ya no contestó, sino que, al cabo de un rato, tuvo un estremecimiento, y el hombre le descubrió: tenía la mirada inmóvil. Al verlo, Critón le cerró la boca y los ojos⁷⁹.

Como vemos el *Fedón* deja entrever algunos signos de angustia extrema para quienes aguardan por último el instante mortal de Sócrates. El llanto de Jantipa, la indignación de Apolodoro, son elementos que nos hacen pensar tanto en lo escandaloso como en la seriedad de la muerte, pues aquellos que asisten a Sócrates saben de antemano que su amigo no va a volver a estar de nuevo con ellos; por ello, quizá existe una especie de incredulidad en lo que decía Sócrates, porque por más que él hubiera dado un buen discurso realmente aquellos que estaban a su lado no saben si su amigo va a volver a estar junto a ellos. Ahora bien, La historia serena que nos recomienda Sócrates provoca en nosotros “un mar de calma”. Sin embargo, Jankélévitch nos dice:

Hay una nota falsa, una sola, al final del *Fedón*, como hay en el Sócrates de Satie, el choque de un becuadro con un sostenido: esta es la nota falsa es el verbo semelfátcio del instante. Tuvo un estremecimiento que señala que el sobresalto mortal; sucediendo a las largas discusiones sobre la inmortalidad y en disonancia con ellas, el aoristo “tuvo un estremecimiento” es sin duda el único acontecimiento, pasa casi desapercibido⁸⁰.

Tal falsa nota de la cual nos habla Jankélévitch vislumbra el salto mortal que denota tanto para Sócrates como para quienes lo rodean la angustia y el asombro del instante mortal. Sócrates ha desaparecido en presencia de todos sin dar la menor señal de su partida. Ahora bien, todas las alusiones que hemos visto en el *Fedón* se refieren a Sócrates en vida, es decir, cuando bebe la cicuta, tendiéndose en su cama para morir. Sin embargo, en el momento que éste filósofo está muriendo, él hace un comentario algo fuera de contexto en donde le dice a Critón: “debemos un gallo a Asclepio pagad la deuda”⁸¹. ¿No se le ocurrió nada más que decir? Él hizo de su muerte una tragicomedia restándole la seriedad que debe tener la muerte, de tal forma que convierte su propia muerte en algo trivial, como cualquier otra cosa.

⁷⁹ Platón. *Fedón*. Tr. Luís Gil Fernández.,Madrid, Alianza, 2001, 37, 12-143, (60 a, 117c-118 a)

⁸⁰ V. Jankélévitch. *La muerte...*,242.

⁸¹ Platón. *Fedón*. ..., 143, (118 a)

Sócrates estuvo acompañado por sus amigos antes de morir. Pero, el hecho de que esto hubiera sucedido no implicaba que él no hubiera muerto sólo; el instante mortal por más que sea “trivial”, es imposible experimentarlo en compañía, por ello el instante mortal para la primera persona es el paso más punzante, desgarrador, y por lo tanto el más solitario. Como ya sabemos Jankélévitch no está de acuerdo con la concepción de la muerte a la que el *Fedón* hace referencia, pues la muerte no es un simple paso hacia una nueva vida, aunque, con esta concepción se intente evadir la angustia, sólo se intenta una huída al instante mortal.

2.2.2 Pequeñas muertes

Algunas posiciones históricas han trivializado la muerte, la han minimizado, de tal manera que pretenden destruir la seriedad que la muerte tiene. Estas posiciones sostienen que la vida es un fuego lento, que es una muerte perpetua y que el hombre es un ser que constantemente está muriendo. Esta es la posición de los ascetas, ellos sostienen que la muerte se encuentra repartida en lo que dure nuestra existencia, es decir, es la vida como permanente cesación que no acaba definitivamente, y, por lo tanto, el último suspiro del instante mortal habría sido experimentado una y otra vez, lo que implicaría un conocimiento del mismo en el que no hay angustias ni de desgarramientos. En cambio, cuando se afirma que el hombre muere una única vez y de forma definitiva, el instante mortal se presenta como una sorpresa; por lo tanto, será su único acontecimiento. Por ello, no hay hombre ni filosofía que pueda entender este instante.

Si en la vida hay pequeñas muertes eso implicaría que habría continuamente desgarramientos. Entonces, ¿habría, acaso, algo de extraordinario en el último suspiro de nuestra vida? No, porque ya se ha experimentado mil veces, y la muerte entonces no tendría relevancia. Para los ascetas la vida es una muerte que se da en varias dosis, así como cuando envejecemos, mi primera cana, ¿he muerto por ello? Mi efervescencia amarilla ¿volví a morir? No. Por esto la vida tanto para los ascetas y como para el mismo Platón,

aunque no de la misma manera, se convierte en un acontecimiento trivial como cualquier otro. El sentido de la muerte queda así en la más profunda oscuridad.

El asceta diluye el asunto más serio del hombre bajo la máscara de las pequeñas muertes y ello no es más que decir que las pequeñas y frecuentes muertes serían la repetición incesante de la gran muerte, pero esto no sería más que un modo de hablar. Esta posición es absurda para Jankélévitch, por eso nos va a decir:

Morir pura y simplemente, y absolutamente, sin complemento y si más precisión, es algo de un orden distinto a morir *sensiblemente*, morir para el *mundo*, morir pormenorizadamente cada día un poco más, por renuncia, conversión o mortificación – pues aquel que muere veinte veces cada tarde no muere. Lo que equivale a decir que no hay una gran muerte y varias pequeñas muertes, sino únicamente la muerte a secas, sin ningún epíteto. Pues la muerte ¡es siempre grande! Y no hay más muerte que la muerte en general, es decir, total. O se muere más o menos, ni cada vez más; no se muere un poco o mucho, ni poco a poco...o se muere pasito a pasito⁸².

No podemos hablar de un estado intermedio entre la vida y la muerte como si ambas cosas se pudieran mezclar y salir una tercera forma, un tercer elemento. Lo que denominan los ascetas morir a fuego lento se convierte en un metáfora, porque el anciano que tiene canas y su cuerpo se encuentra en decadencia, no muestra en ningún momento el rostro de la muerte. De la muerte no sabemos nada aunque estemos muy cerca de ella, porque en ese momento y durante toda nuestra vida la muerte es pura ausencia para mí, aunque no para el otro al que veo morir.

Dicho en pocas palabras, cualquier posición que tenga la muerte en el sentido especulativo, sea la posición que vemos en el *Fedón* o la posición de los ascetas, no puede considerarse más que una metáfora, en tanto que no podemos aprender nada porque del instante mortal hay un absoluto desconocimiento, como del más allá de la muerte.

2.2.3 El acontecimiento de la muerte no es una nada sino una casi-nada

La continuidad del poco a poco les pareció absurda a los Megáricos, ellos decían que Sócrates estaba vivo y que muere de golpe sin transición, sin que sepamos siquiera que ha

⁸² V. Jankélévitch. *La muerte...*,248.

pasado al otro lado, según ellos, si Sócrates muere indefinidamente por extinción progresiva, entonces pasa una de las dos cosas: nunca llegará a estar muerto o bien nunca estuvo vivo y habrá estado muerto desde su nacimiento.

La diminuta línea que separa al ser del no-ser es para esta sabiduría un límite sin espesor, es decir, que entre el más acá y el más allá no hay zona mixta, no hay ni siquiera un umbral, además, es como si nosotros no lleváramos la muerte dentro de nosotros mismos, de tal forma que ellos niegan la muerte, la cual “no se siente” mientras vivimos, esto implica que no se siente angustia ante la nihilidad a la que estamos abocados, la muerte no es nada para mí, no está nunca presente, es decir, que nunca nos sentiremos concernidos ni antes ni después de la muerte, porque nadie puede decir “yo muero”, pues quien lo dice está perfectamente vivo, solo los demás mueren, pero yo no muero, es decir que “nunca” tendré mi instante mortal. La exclusión de los contrarios permite decir que este problema no es mío. Miremos lo que nos dice Jankélévitch:

Pero ¡esto no pasa! A mi me importa mi muerte y espero con gran angustia mi instante mortal, la vida no esta al lado de la muerte, entre ellas hay una intersección del antes y el después: “la intersección de la plenitud vital y del vacío letal: uno cesa donde el otro comienza (si es que puede decirse que el no-ser comienza) la muerte es el final de la vida y el final de la vida es el comienzo de la no vida. ¡Pero hay todavía algo que falta! Algo que no es nada, y que es por tanto casi todo que es a la vez todo y nada. Entre la nada del más allá y el todo del más acá del que nos hemos ocupado ¿no es el casi-nada lo que nos ocupa hora? Este casi nada es el instante, es decir, el hecho mismo del tránsito y el acontecimiento de ese tránsito⁸³.

La cesación no es pura negatividad, sino que es un acontecimiento, no es una angustia de algo que no es nada, la muerte es la nihilidad absoluta en donde se nos acaba el todo, por ello es un casi-nada, es el instante, el cual es un inevitable tránsito. Esta sorpresa que no queremos que llegue nos invade de angustia. Aquellos de los que hemos hablado durante este capítulo toman este tránsito como si fuera algo trivial, es más tal tránsito no es nada, ellos lo único que intentan es dar unos discursos tranquilizadores, evitar la angustia, intentan obviar aquello que nos adviene. Pero ¿cuál es la razón de la angustia? “la razón es

⁸³ V. Jankélévitch. *La muerte...*,254.

que la angustia, sentimiento inmotivado si se quiere, la provoca no aquello que existe, sino aquello que nos adviene, no la cosa sino el advenimiento del acontecimiento”⁸⁴.

Vemos por lo tanto que aquellos que toman la muerte como algo trivial y que no tiene ningún tránsito, obvian el hecho de que la muerte es lo que nos adviene, y que por ello no nos angustiamos, pues no sabemos nada de lo que nos adviene, es decir, no ven la diferencia de lo que existe y lo que “deja de existir”, no comprenden la más simple nihilidad que es precisamente la muerte.

2.2.4 No se aprende a morir

Ahora bien, es de esperar que algunos creen que de algún modo pueden aprender a morir, seguramente buscaran en vano aquel libro que les muestre cómo van a experimentar tal acontecimiento. Pero, ¿acaso es esto posible? No, el hombre no puede experimentar la muerte, aunque lo intente con los mejores libros de superación personal, porque aquel que escribe esta clase de libros, sólo especula, ya que no tiene ni la más mínima idea de este acontecimiento porque simplemente no lo ha experimentado ni lo podrá experimentar. Cuando el hombre experimenta algo es porque se sitúa en el campo de las labores que se dan en la cotidianidad, de las acciones que realiza cada día, y como lo vimos hace un momento la muerte no es algo que se repita y que se de en pequeñas dosis. Por lo tanto aquellos que hacen esta clase de cosas no escriben más que carreta, ya que intentan disfrazar la angustia con palabras suaves y amenas, y aunque presencien alguna que otra muerte, ello no implica que nos preparen para el instante mortal, pues cuando tal muerte pasa vemos que esto sólo ocurre en el plano de la vida, aunque invoquen a los muertos o hagan algo para conseguir más dinero, los muertos yacen en la nada, o no son nada, entonces, ¿cómo nos podrán contar su instante mortal? ¡No pueden!

Por lo tanto toda preparación acerca de mi muerte es algo imposible. Yo me preparo para el trabajo, para asumir una prueba, etc., pero la muerte no es un trabajo, no es un reto y mucho menos una aventura, ella está situada a la vista del hombre, está situada en el último futuro

⁸⁴ V. Jankélévitch. *La muerte...*,255.

el cual es infranqueable. No hay experiencias que se puedan acumular en este terreno, por ello, cualquier intento de preparación es un absurdo. Por tanto:

Esta preparación no nos familiarizaría en absoluto con la aventura que debemos correr y para la que estamos totalmente desprovistos; esta preparación en lugar de evitarnos sorpresas, nos abandona en el umbral de la prueba a nuestra angustiosa soledad. Por eso, haga lo que haga, el hombre siempre estará tomado por sorpresa; el enemigo llegará siempre en el momento en el que menos se lo esperaba, y por supuesto, mucho antes de lo que esperaba⁸⁵.

Nunca estamos lo suficientemente preparados para recibir la muerte, pues ella llega en cualquier momento sin avisar y una preparación para la muerte sería una preparación para la nada; y aunque esto suceda, ella nos da signos de su futura presencia. Por ello estar preparados puede implicar como un cambio de actitud, como por ejemplo, el condenado a muerte, un mes antes se convierte al cristianismo para que sus pecados sean redimidos, o aquel enfermo que espera su muerte rápidamente y hace lo que nunca hizo en su vida, pero quizá la muerte no llega, pues ella los quiere sorprender.

2.2.5 La repentinidad progresiva

Como lo hemos dicho anteriormente, nunca podremos estar preparados para el instante mortal, pues aunque el “aprendiz” pretenda prepararse cuidadosamente para este instante, se verá imposibilitado porque sólo los que están muertos lo han experimentado y no tuvieron tiempo para contarnos qué pasó en aquel momento.

Ahora bien, cuando es cada vez más cercana su futura presencia, la muerte puede tomarse de la siguiente manera: cuando envejecemos y el organismo se va debilitando aumenta sin cesar las posibilidades de la muerte; por otro lado, podría suceder que tal envejecimiento es una situación indefinida, sin morir jamás. Podríamos pensar que estas posiciones se contradicen, pero si lo vemos desde el siguiente punto de vista nos daremos cuenta que las dos pueden ser verdad. Es obvio que el envejecimiento nos acerca un poco más a la muerte por el desgaste de nuestro organismo ello es más evidente; sin embargo, no sabemos que

⁸⁵ V. Jankélévitch. *La muerte...*,259.

tanto podríamos envejecer, y por ello parecería que tal acontecimiento se vuelve eterno, y que es una mera hipótesis. Veamos los ejemplos de esto: digamos que alguien tiene cincuenta años, y puede morir más o menos viejo, porque su corazón fenece aunque no esté hecho una ruina. O también podríamos observar a aquellas personas que pueden tener ochenta años y parecen de cincuenta, y, pues para ellos la muerte se puede convertir en algo hipotético. Es decir, la última posición que tenemos puede ser cierta en el sentido que sería una imposibilidad, pero sabemos de antemano que aunque para ellos la muerte es casi un imposible de todas formas llega. En tantos años el corazón de un momento a otro hace peligrar a los “vigorosos” ancianos y simplemente se mueren, aquí la hipotética muerte sería contraída, pues:

El hombre *acaba* por morir a *fuerza* de envejecer; y sin embargo, la muerte, si es el término de la decrepitud senil, no es en cambio literalmente la conclusión, puesto que se puede permanecer en estado de decrepitud durante mucho tiempo, sin morir, y morir mucho antes de llegar a ser decrepito; el corazón deja de latir porque está hecho una ruina, pero también deja de latir aunque no está hecho una ruina; de manera que propiamente hablando nadie muere de viejo. Por la misma razón, la gota de agua que hace que el vaso se desborde es una gota como todas las demás, y al mismo tiempo no es una gota como la demás, puesto que determina un acontecimiento nuevo: es la gota crítica y decisiva la cual es desbordamiento que no se había producido tal vez nunca. Esa última gota que se añade a las demás e incluso se confunde con ellas no es únicamente el grado de una acción homogénea y continua. La última gota tiene por tanto toda la importancia y toda la solemnidad del último instante⁸⁶.

Desde este punto de vista incluso la más predecible, es una muerte relativamente súbita y accidental; toda muerte en un grado es una muerte violenta. La muerte cualquiera que sea, es siempre un brusco final, así sea la lenta extinción de un viejo, o de un condenado a muerte o aquel al que le han dado una puñalada, la muerte nunca es esperada en un momento determinado, nos toma de sorpresa ¡estamos atacados por la muerte!

El último instante no es como los demás; es un instante que no se diferencia en nada de los demás, pero por otra parte ese segundo final que no se distingue en nada de los precedentes es completamente aparte, pues marca el final de nuestro devenir es el que acaba con nuestro camino y el que nos lleva a la nihilidad absoluta.

⁸⁶V. Jankélévitch. *La muerte...*, 265.

2.3 Lo irreversible

2.3.1 Ida sin vuelta en el tiempo

Como ya lo hemos visto anteriormente el casi-nada del instante mortal es el umbral entre dos mundos, es decir, entre el ser del más acá y el no-ser del más allá; pero es preciso señalar que el instante no es la síntesis de vida y muerte, pues vida y muerte no son uno solo en ningún momento, ellas no pueden coexistir jamás.

Sin embargo, para tener una perspectiva completa del artículo mortal, no basta sólo con la instantaneidad. ¿En qué momento aceptamos totalmente que el instante mortal llegará? ¿Acaso no esperamos que los momentos más bellos de nuestra vida se vuelvan a repetir una y otra vez, para que ese instante al que tanto le tememos no llegue nunca? Pero por más que intentemos volver al pasado una y otra vez jamás podríamos evitar que la muerte llegue; es más ¿es posible volver al pasado y repetir lo ya vivido? ¡Ni siquiera esta opción es posible! Estamos inevitablemente abocados a la repentinidad letal, a la imposibilidad de invertir su sentido, esta imposibilidad es para Jankélévitch lo irreversible o lo irrevocable⁸⁷.

La irreversibilidad no puede ser una simple propiedad del tiempo, es *tempus ipsum*, es la temporalidad misma del tiempo, así como el devenir no es una modalidad de nuestra sustancia sino todo nuestro ser y nuestra única manera de ser. La característica cronológica de la irreversibilidad consiste en la imposibilidad de volverse atrás, esto implica que no podemos experimentar algo de la misma manera como ha sucedido antes; sin embargo, cuando hablamos de la espacialidad del espacio vemos que es incomprensible sin ser irreversible, pues la espacialidad no es nihilizante. La vuelta atrás es posible mediante el espacio, éste es indiferente a los trayectos que lo recorren y lo atraviesan; en cambio, en el tiempo la vuelta atrás es imposible, no podemos volver al segundo que ya pasó, aunque podamos volver una y otra vez por el mismo espacio, nunca lo haremos sobre el mismo tiempo, pues la quiddidad nunca es imborrable, veamos ahora un ejemplo que nos muestra Jankélévitch para ilustrarnos mejor sobre este asunto:

⁸⁷ Cf. V. Jankélévitch. *La muerte...*, 269.

Aquel que va de París a Rouen, puede si ha tomado un billete de ida y vuelta, volver a su punto de partida, la vuelta retrocede sobre la ida para neutralizarla. Pero en el tiempo la vuelta sucede a la ida a continuación sin anular el *hecho* de haber realizado ese viaje: pues si los efectos del desplazamiento son borrados, la quiddidad, en cambio es imborrable. La vuelta compensa el efecto de la ida, y no suprime su efectividad. Nuestro viajero de vuelta a casa, es como si no hubiera partido nunca... ¡Pero *como* si únicamente! Pues entre el viajero de vuelta a Rouen y aquel que no se ha ido nunca, como entre el hijo pródigo y el hijo hogareño, hay una diferencia inapreciable, aunque fundamental, un no se sabe qué cuya huella indeleble está inscrita si no en la memoria (pues el olvido la puede borrar), al menos en el inconsciente, en la paseidad secreta de la persona, en la temporalidad en general. Desde el punto de vista del espacio el hijo pródigo y el hijo no pródigo se encuentran, finalmente, en el mismo punto y en eso no se distinguen uno del otro; pero si se considera el tiempo, aquel que ha cerrado el círculo de la aventura no encontrará ya en su hogar el *statu quo* anterior a esa aventura. Las pruebas de la tribulación como dicen, le han *marcado*. La ida y vuelta en relación al tiempo es siempre, se haga lo que se haga y se vaya donde se vaya una simple ida; una ida sin retorno⁸⁸.

Es por esto que experimentamos una gran impotencia ante la no-reversibilidad; cuando el hombre viejo “vuelve” a ser joven, cuando intenta volver a vivir aquellas experiencias que sucedieron en su pasado, lo único que consigue es verse ridículo; una mujer de ochenta años, renovada y muy coqueta es una fachada mal hecha, que no acepta la irreversibilidad del tiempo, por ejemplo Fanny Mickey. Ahora bien, es natural que queramos volver sobre nuestros pasos, y llevar a cabo por segunda lo que hicimos, ¿es posible esto? No, pues la primera vez es siempre distinta a la segunda vez, aunque se vuelva a repetir la misma acción; por ejemplo, cuando escuchamos una y otra vez la misma canción, pensamos que la hemos escuchando por segunda, por tercera vez etc.; sin embargo, la segunda y tercera vez fue en un tiempo distinto a la primera, además, no somos ni hacemos lo mismo.

2.3.2 El recuerdo

Al observar todo esto llegamos a la conclusión que no podríamos volver a hacer nada de nuevo; pero *volver* no puede estar solamente limitado a revivir el pasado, No. El volver es posible por el recuerdo mismo, y éste lejos de ser un porvenir al revés, sobreviene en el

⁸⁸ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 272.

curso del devenir. Sin embargo, el recuerdo no puede remontar el curso del tiempo, ni acumular el presente y el pasado, pero a pesar de todo ayuda a atenuar esta doble imposibilidad, pues en el momento que nos encontramos con la realidad, nos desesperamos porque estamos totalmente impotentes ante el tiempo, y aquí el recuerdo fluye a través de nosotros, de tal forma que:

Aquello que es desesperadamente imposible, se convierte por tanto, gracias al recuerdo, en algo nostálgicamente imposible, es decir idealmente posible. Pues si la desesperación traduce nuestra impotencia ante la imposibilidad absoluta, la nostalgia y la lamentación expresan más bien nuestra melancolía frente a la imposibilidad relativa. Y en efecto, el retorno mnemónico al pasado puede compensar simbólicamente lo irreversible⁸⁹.

El recuerdo se convierte en una manera metafórica de retornar, la cual compensa la impotencia ante el devenir; sin embargo, es una triste compensación, porque se convierte simplemente en un consuelo, en el cual la memoria sólo nos devuelve un pálido fantasma de aquello que hemos vivido, tal fantasma viene a nosotros y nos invade de tal forma que estamos de golpe en el pleno pasado, pero sin estarlo; el recuerdo nos ha sido dejado para revivir espectralmente aquello que jamás se revivirá dos veces. Es por esto que nos podemos dar cuenta que no podemos revivir el pasado como si fuera el presente, ni la segunda vez como si fuera la primera, así como tampoco podemos invertir la totalidad de la existencia para vivirla de nuevo.

Ahora bien, la conservación de los recuerdos, no va a impedir que se vuelvan a vivir y que la irreversibilidad del tiempo esté presente, esto nos impedirá de manera radical revivir en su literalidad física la vida ya vivida, así esa huella tajante del pasado es lo que consagra la imposibilidad de la vuelta atrás. Por ello aquellos recuerdos como la juventud perdida, la felicidad difunta etc., nos llevan inevitablemente a la lamentación y a la nostalgia las cuales son el resultado de la impotencia ante la irreversibilidad, pero no solamente ante esto, también ante la disyuntiva, la cual nos concede el minuto presente, cuando ya se nos ha retirado el anterior. El nostálgico no sólo pretende volver al pasado, también retenerlo, y si esto sucediera no tendría porqué llorar y ni siquiera ser nostálgico, pero como él por

⁸⁹V. Jankélévitch. *La muerte...*, 280.

naturaleza está imposibilitado, no le queda otro camino que ser lo que es: un simple nostálgico agobiado por su impotencia.

2.3.3 Primera y última vez en curso de continuación

El curso de continuación del comienzo y el final se da gracias a que el *instante* tiene su antes y su después. Para Jankélévitch la irreversibilidad del devenir empírico tiene siempre un carácter relativo, en donde hay una primera vez, que es primera sin ser última, una última vez que es última sin ser primera y números intermedios que no son ni últimos ni primeros⁹⁰. Las veces intermedias son aquellas que se prolongan indefinidamente, es decir, en donde cada una de las veces está enmarcada entre un antes y un después, por ejemplo: los latidos del corazón, y el ritmo de la respiración, son -entre otras cosas- el intervalo entre el nacimiento y la muerte, este punto intermedio es simplemente monótono, pues en él no hay algún cambio. Entre estos segundos indiscernibles, hay ciertos momentos solemnes que se destacan, ellos son los que tienen un comienzo y un final, estos son los que se dan por primera y última vez: La primera vez debe ser considerada relativamente sin pasado, es decir, que esta es desprovista de memoria, por ejemplo: cuando un bebé ya se mantiene de pie e inicia con cierto temor a mover sus piernas para avanzar; el primer paso nunca lo había hecho, es decir, que no tenía memoria de este acontecimiento; tal paso continuó una y otra vez, de tal manera que esa primera vez no fue la última. Ahora bien, la madre de aquel bebé en algún momento piensa en el futuro, piensa que va a haber una última vez en la que su hijo no volverá a caminar, pero la última vez que es última no es la primera vez, es decir, no va a ser la primera vez que el niño camina. Sin embargo, como lo hemos dicho antes la primera vez debe ser considerada relativamente, lo mismo sucede con la última vez, por ello Jankélévitch nos dice:

El comienzo es primero sin ser último, y ni siquiera es primero; el final es último sin ser primero y ni siquiera es lo último... Dicho de otro modo, el comienzo, en esta vida, nunca es un primer comienzo, sino, en el mejor de los casos, un segundo comienzo o un recomienzo. Y del mismo modo, el comienzo tampoco es un final, pues se repetirá, aparentemente otras muchas veces... Por otra parte el final no es menos un comienzo,

⁹⁰ Cf. V. Jankélévitch. *La muerte...*, 281.

al menos aparente: la última vez, antes de sobrevenir ¿no había tenido ya lugar, en algún sentido cientos de veces? De modo que esta última vez, que ni siquiera es realmente última tampoco es primera...⁹¹.

No hay que perder de vista que en otro sentido la irreversibilidad del devenir hace que cada primera vez sea también una última vez y cada última vez sea una primera vez, ya que la absurdidad de un retorno del devenir hace que cada instante sea la primera y la última vez, es decir, que en cada instante estamos en la primera-última vez, pues la *primiúltima* vez se da en razón de que cada comienzo es un final y cada final es un comienzo; la *primiúltima* vez es un acontecimiento que no sucede más que una sola vez, incluso en una serie continua que muestra su unicidad, como por ejemplo: cuando se repite una y otra vez un movimiento en el piano de Beethoven tocando *Moonlight*, cada movimiento es *primiúltimo* y es único en relación con el tiempo, pero todos estos movimientos forman una unidad, una sola sonata. Por ello esa *primiúltimidad* de la primera-última vez es relativa, pues esa primera y última vez sólo se pudo dar una vez en un tiempo determinado, pero la misma acción ha sucedido una y otra vez aunque en un tiempo distinto; así también lo vemos con la caridad, que es la negación de nuestro egoísmo, ella nos lleva una y otra vez a darle algo alguien, esas una y otras veces cada una son *primiúltimas*, y es por ello que en cada instante en el que estamos llevando a cabo esa acción el devenir nos muestra la perfecta continuación de las primeras-últimas veces.

2.3.4 Irreversibilidad mortal

Hasta este momento hemos visto cómo la irreversibilidad temporal no permite que haya otra primera vez y al mismo tiempo nos hemos llegado a la conclusión que la siguiente vez de la primera vez es la primera siguiente, y que, por tanto pueden haber un sin número de repeticiones alrededor de una misma acción. Observando todo esto, nos podemos dar cuenta que la irreversibilidad empírica no tiene que ver necesariamente con la muerte, y que en la vida todo puede ser retomado, repetido y recommenzado; sin embargo, la vida

⁹¹ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 285.

misma no puede ser revivida; la irreversibilidad usualmente no nos causa angustia, pues siempre tenemos la oportunidad de recomenzar, pero lo que hace angustiosa la irreversibilidad es nuestra finitud, es la irreversibilidad fulminante de la muerte.

La muerte es una primera-última vez, la cual debe entenderse en sentido absoluto y no en sentido relativo, pues aquí no se trata de la primera y última vez de una serie, sino de la completamente última de las últimas veces, poniendo punto final a todo. La muerte es primera vez y es completamente-última; es primera vez porque nunca la hemos experimentado, pues morir es algo que el moribundo nunca ha hecho antes y que no volverá a hacer jamás, la primera vez mortal no inicia una nueva serie, ya que no estamos muriendo una y otra vez, por ello la muerte es completamente última. Del mismo modo, aunque diferente el instante natal es la primera de las primeras veces, pues “es aquella antes de la cual no había ninguna y después de la cual habrá muchas más y viceversa con la completamente última, ya que es la vez antes de la cual hubo muchas otras y después de la cual no habrá más”⁹². Por lo tanto la primera vez es completamente-primeras, es decir, natal, ésta es en la que el niño que no existía y comienza a existir a partir de la primera vez; y la última que es completamente última, es decir, letal, es aquella que existe y en el momento que llega el instante mortal deja de existir para siempre.

Pero también podemos observar que el nacimiento puede ser último en el sentido en que es de un orden totalmente distinto a los a los posteriores y es primero porque abre el paso a un sin número de acontecimientos. De la misma manera sucede con el instante mortal, éste es primero en el sentido que es completamente distinto a los acontecimientos pasados y es el último porque cierra todas las posibilidades de algo nuevo; todo esto implica que tanto el nacimiento como el instante mortal son primiúltimos; sin embargo, la muerte propia es totalmente definitiva, se trata de la nihilidad absoluta del hombre, y es por esto que lo irreversible nos lleva poco a poco a darnos cuenta que estamos abocados a la nada y eso no es cualquier cosa, pues “lo que anuncia la completamente-última vez del completamente-

⁹² V. Jankélévitch. *La muerte...*, 294.

último instante no es únicamente *Nada más, es Nunca más nada*, y es *Nada más por Nunca más* ⁹³. ¡La nada comienza y durara *para siempre!*

La muerte no nos propone nada, incluso para aquellos que lo niegan para aquellos que creen que pueden desafiar la muerte, es decir, para los mercenarios, valientes y aventureros, tienen la esperanza de que cuando se lanzan a su aventura nunca llegará su instante mortal; ellos dicen adiós, pero ese adiós no es una despedida totalmente absoluta, porque detrás de ella está la posibilidad de la terminación de su existencia.

Ahora bien, el último latido del corazón, el último movimiento de la mano del moribundo es tan vulgar como cualquier otro, pero para aquel moribundo y para aquellos que lo acompañan ese último latido, es una despedida sin remedio, y por lo tanto es el más importante de todos, sus últimas palabras, por vulgares que sean son tomadas como un mandato, pues son sus últimos caprichos, antes de la separación, esos determinados instantes tienen el inigualable valor de la última vez, son el último adiós. Adiós para siempre, es la peor frase que nos puede decir alguien cuando la amamos, ese inevitable desprendimiento, es el caos de nunca más escuchar su adiós, de nunca volverse a encontrar, por ello este momento más que dejarnos desconsolados nos deja desolados, y que peor instante es para el amante que el reloj no se detenga y que amanezca aquel veamos la canción *el reloj* de los panchos, la cual nos deja ver perfectamente todo lo que acabo de decir:

Reloj no marques las horas,
porque voy a enloquecer,
ella se ira para siempre,
cuando amanezca otra vez.

No más nos queda esta noche,
para vivir nuestro amor,
y su tic-tac me recuerda,
mi irremediable dolor.

⁹³ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 300.

Reloj detén tu camino,
porque mi vida se apaga
ella es la estrella
que alumbra mi ser,
yo sin su amor no soy nada.

Detén el tiempo en tus manos
has de esta noche perpetua
para que nunca se vaya de mí
para que nunca amanezca⁹⁴.

2.4 Lo irrevocable

2.4.1 Lo irreversible del haber-sido, lo irreparable del hecho de haber-hecho

Para Jankélévitch aquello que es verdad para lo irreversible no lo es menos para lo irrevocable, pues al ser el devenir irreversible, es decir, que no podemos volver atrás ni revivir otra vez la vida ya vivida; esto es fundamental para lo irreparable, ya que lo irreversible no nos permite remontar ni corregir lo que ya hemos hecho. A la irreversibilidad natural del tiempo, también vemos que las decisiones humanas desvían el curso de la historia, ellas imprimen en la cronología una desviación violenta, y por ello sin estar obligados por el devenir, hacemos que lo irreparable, ayudado por lo irreversible sea todavía más irreparable. El devenir sigue su curso así nos quedemos dormidos durante un largo tiempo, el futuro llegaría así no hagamos nada, pero el futuro será siempre influenciado por lo que sucede en el pasado, por las decisiones que tomemos en un momento determinado y esas decisiones quizás no sean muy convenientes, por ello lo irreversible hace aún peor lo irreparable, veamos entonces lo que nos dice Jankélévitch:

Entre la continuación irreversible y el instante irreparable se dan toda clase de transiciones, y lo irreparable mismo no es más que la condensación de una irreversibilidad difusa; y recíprocamente, el intervalo irreversible no es él mismo irreversible más que por efecto de los instantes minúsculos, de las mociones infinitesimales y de las decisiones imperceptibles que propulsan el futuro reprimiendo

⁹⁴ Los Panchos, *El Reloj*. Series inmortales. Yoyo. Music. Colombia. 2002.

el pasado, y dan lugar continuamente al hecho consumado o a la experiencia adquirida; la mutación es a menudo por tanto una moción virtual⁹⁵.

Por ello podemos hablar de lo irreparable como una transición que se vuelve inevitablemente una transformación. Es natural que tal impotencia en la que estamos, lo irreparable nos lleve a la melancolía la cual es fuente de toda nostalgia, la cual nos hace desear revivir lo vivido; aquí no se trata simplemente de repetir lo vivido, se trata más bien de aniquilar lo que hicimos, pero la imposibilidad de poder remediar un determinado acontecimiento nos llena de vergüenza y de impotencia, pues el hecho-de-haber-hecho, no puede ser desecho, es totalmente inexterminable, así como la mancha de sangre en la mano de Machbeth puede ser lavada, nunca podrá ser borrado el hecho-de-haber-hecho, de esta manera esto se vuelve eterno en la experiencia moral. Sin embargo, hay un intento por “arreglar” las injusticias por volver a comenzar de cero, por ejemplo cuando el ex-presidente Andrés Pastrana, tuvo la maravillosa idea de crear la zona de distensión para las FARC, olvidando así el collar bomba y un sin número de delitos más que este grupo al margen de la ley había cometido, pretendiendo arreglar las injusticias que sólo a él le interesaba remediar, tan grave fue su “maravillosa” idea que durante los años que Pastrana estuvo en la presidencia el orden público fue extremadamente alterado y los homicidios llegaron a ser bastante altos, incluso peor que en otras épocas; Pastrana al darse cuenta del gran error que había cometido y de cómo se estaban burlando en su propia cara, de un momento a otro pretende redimirse ante el país y en especial ante los otros países, intentó suprimir su maravillosa idea, pero el daño ya estaba hecho y fue totalmente irreparable el mal que este señor ayudó a realizar. ¿Por qué intento reparar lo irreparable? Porque la culpa lo invadía totalmente, y estaba totalmente arrepentido del *factum*.

En cambio, el remordimiento ni siquiera ve la esperanza de intentar reparar el daño y esto es producto de la imposibilidad de devolver el tiempo transcurrido, cosa que ni siquiera el arrepentimiento puede arreglar.

Otro aspecto que nos hace estremecer, es el envejecimiento, las marcas de la piel, las canas del pelo pueden ser casi borradas, con un poco de botox o con poco de tintura, pero esto no

⁹⁵ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 310.

son más que burdos parches, sólo son adolescentes ajados, ya que nada compensa los estragos producidos por el tiempo, este es el irreparable ultraje de los años, pues en ningún momento la juventud perdida se devolverá, está irremediabilmente perdida ¿qué otra cosa puede producir más impotencia o más desespero? Ninguna, la irreversibilidad del tiempo como irreparable es lo más denigrante. Aunque, como es de suponerse el hombre siempre intenta huir de su realidad, por ello se consuela así mismo e intenta hacer caso omiso de su *quodidad*, es decir, ignorado la irreversibilidad del tiempo y lo irreparable de sus acciones pasadas.

2.4.2 Lo irrevocable-irreparable de la muerte

A pesar de lo irreparables que puedan ser algunas acciones por lo menos pueden ser asimiladas, en cambio la muerte es radicalmente inasimilable, no se puede no hacer caso, pues ya no habrá más caso. La muerte es la condensación de lo irrevocable-irreparable, es decir, es el límite extremo, agudo, absoluto de la modificación, pues ella sella y consagra el carácter irremplazable. La muerte no falla, no perdona; en cambio en la vida existe la posibilidad de perdonar, en ella hay posibles comienzos y un sin número de esperanzas, pues nada se da por terminado en este mundo, mientras haya vida. En cambio en la muerte no puede haber nada, pero su irrevocabilidad es tan tramposa como un cepo, de esta manera nos lo ilustra Jankélévitch;

Utiliza la libertad a medias del hombre para esclavizarlo... La voluntad del hombre es libre de querer o no querer, pero no de no haber querido, la astucia del cepo consiste en obtener por persuasión esa primera palabra que es la palabra del libre consentimiento; ¡pues el destino se encarga de lo demás! El hombre seducido siente la tentación de meter el dedo en la ratonera: el cebo la añagaza atrayente le decide a ese gesto si en cual no puede hacer nada... Cruzad el límite si queréis, porque el hombre lo puede todo antes de haber elegido; pero una vez hecha la elección será demasiado tarde para cambiar de opinión, demasiado tarde para desdecirse⁹⁶.

De la misma manera el hombre es totalmente libre de matarse, pero no de renacer, aquel que levanta la mano sobre sí mismo da el salto hacia un “algo” que no es “algo” y que es

⁹⁶ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 317.

demasiado espantoso para lamentarse, el suicidario va y se hunde en el abismo de la nada, se despoja a sí mismo de sí mismo, pero la muerte es totalmente “inocente” y no ha seducido “para nada” al que quiere suicidarse veamos:

El bachiller suspendido Heinrich Linder del amigo Hein de Emil Staruss camina por el bosque, con la pistola, decidido a la muerte, tras las fiestas de celebración del bachillerato, para él vergonzosas. Algunos rayos de sol caen a través de las hojas. Sobre los prados hay rocío. Un arroyo salta alegremente, tal como lo manda la ley de vida. El joven de dieciocho años se concede unos pasos aquí, un breve descanso allí. Dice, haciendo un esfuerzo: el espíritu tiene voluntad, pero la carne es débil, y vestida con una máscara encantadora intriga contra él. Se resiste a la seducción, que es más seducción del ser que simple deseo de perduración de de la carne. Gracias, no sólo a la fuerza de su espíritu, sino también al hastío que hace tiempo que se ha apoderado de él, realiza un acto que se ha ordenado a sí mismo⁹⁷.

Como vemos para Linder, la seducción del ser es un simple deseo de perduración de la carne; pero la seducción de la muerte es que el bello rocío no vuelva a estar ante él, que el arroyo alegre y lo que manda la ley de la vida no lo vuelvan a rodear y finalmente el hastío que hace tiempo se había apoderado de él, desaparezca. La pequeña seducción de la muerte en este caso no es más que no dejarse seducir por la simple perduración de la carne; sin embargo, los rayos de sol que caen sobre las hojas ya no las podrá volver a ver de nuevo, por ello lo que manda la ley de la vida no podrá ser otra vez jamás, ya no hay vuelta atrás.

El paso sólo está libre en una única dirección; de la vida a la muerte, pero nunca viceversa, y aquel que muere no va a tener la oportunidad de regresar, por lo tanto, la opción de renacer, es algo totalmente absurdo. Sin embargo, la esperanza de renacer siempre está presente, y hay una gran curiosidad de lo que podría pasar en el más allá, pues algunos hombres no pueden soportar la idea de que están totalmente abocados a la nihilidad, por ello dan un sin números de discursos alrededor de esto⁹⁸; como el que se encuentra en el Fedón el cual pretende dar una compensación a través del renacimiento, mostrando así, que el camino hacia la muerte da media vuelta. También podemos observar el continuacionismo leibniziano, en el cual vemos que la muerte es más envolvimiento que aniquilamiento, en ésta concepción la ausencia mortal es por tanto una sutil presencia en donde el muerto no

⁹⁷ Améry. *Levantar la mano sobre uno mismo: discurso sobre la muerte voluntaria*. Tr. M Siguan. Pre-textos, Valencia. 1999, 59.

⁹⁸ Cf. V. Jankélévitch. *La muerte...*,320.

está tan muerto, sino está en una especie de letargo, pero en el renacimiento nadie sabe a qué hora tiene la posibilidad de despertar.

Otro aspecto que suele confundirse con el renacimiento y que también da la posibilidad de la esperanza es la reanimación, en ella vemos que después de que el corazón ya ha dejado de funcionar vuelve a su estado normal y a emitir latidos, pero este caso no es más que el símbolo patente de la vitalidad suspendida, hay que tener en cuenta que tal corazón ha sido puesto en marcha cuando la interrupción no fue demasiado larga, y aunque esto suceda, ese hecho fue en el umbral del más acá, fue al borde del no-ser, pero no en el no-ser, pues este hecho ha sido posible por la gran tecnología que poseemos, además no es posible que aunque el corazón hubiera dejado de latir por unos pequeños instantes se hubiera experimentado el instante mortal, pues ya sabemos que hay una primera y última vez.

Ahora bien, como lo habíamos visto hace un momento renacer es un absurdo, y sin embargo, la esperanza siempre está presente, esta nos lleva inevitablemente a pensar que hay una nueva vida, en la cual la memoria está ausente, pues aparte de la continuación de nuestra experiencia podemos olvidar aquello que es irrevocable y empezar de nuevo, pero siempre y cuando no dejemos de ser lo que somos, y no perdamos los recuerdos que son olvidados en la nueva vida, esto es posible por lo que Platón llama reminiscencia, en ella vemos que hay una memoria metaempírica sin recuerdos empíricos, es decir:

Esta vacía de recuerdos datados y localizados, esta memoria que no comporta ni conservación ni recuerdo, es la memoria vacía de recuerdos reducido al puro hecho del reconocimiento, y de u reconocimiento sin pasado reconocible; o más bien, el pasado reconocible se reduce a sí mismo a una pasadidad sin aquí y ahora. Y como los acontecimientos de esta historia prenatal son acontecimientos son acontecimientos “inteligibles” y, para el hombre actual, no ha tenido lugar nunca, es como si dijéramos: ¡los he olvidado eternamente y sólo Dios se acuerda de ellos en mí! La vida anterior es por tanto el recuerdo quimérico y onírico⁹⁹.

Sea como sea, algunos tienen la esperanza de la inmortalidad y de la supervivencia definitiva, teniendo la vana ilusión de que hay una posible memoria. Por esto mismo, por encima de la muerte, afirman desesperadamente la continuidad de lo discontinuo y la eternidad de una existencia de una vida personal que no es nunca ni completamente la

⁹⁹ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 324.

misma. Todo esto pierde su veracidad cuando vemos que la muerte nos muestra la imposibilidad del retorno al más acá, pues jamás ha habido y jamás habrá supervivientes de la nada, ni mucho menos seres encarnados, ya que ella retiene a su muerto y nunca lo va a dejar ir; así el hombre al tocarla y dejarse atrapar muere y como consecuencia desaparece en la nihilidad. Y no sólo el retorno al más acá es imposible, también lo es intentar saber qué es el instante mortal y qué es lo que hay en el más allá, sólo nos queda lo que hay en el más acá y gracias a la irrevocabilidad del último instante el misterio de la muerte permanece siempre fuera de nuestro alcance, entonces, lo único que podemos saber es que en el más acá el más allá de la muerte es el límite de la ausencia, ausencia de que no estaré nunca más; así como el *Adiós* en el instante mortal, el cual es límite del hasta luego.

Capítulo III

LA MUERTE MÁS ALLÁ DE LA MUERTE

Los capítulos anteriores nos han llevado lentamente hasta este momento, es decir, al más “allá” de de la muerte, a la nada, a la ausencia absoluta de nuestro ser, a la finalización total de nuestra existencia, y aún peor o mejor a la ignorancia completa de ella. Por ello, el casi-nada no es posible aquí, es totalmente absurdo, pues como ya sabemos en el casi-nada, no hay casi, solo nada, es la nada a secas brutal y angustiante. Es por esto que intentar hablar acerca de ella no es más que un esfuerzo inútil, y de la misma manera es imposible hacer una ciencia de ella, ya que no hemos podido saber que es la muerte *antes* de ella, pues el instante mortal es totalmente oscuro para nosotros. Ahora bien, aquella milésima de segundo, el hilo delgado del paso del todo a la nada, es el *durante*, es decir, el presente de la muerte; y este pequeño instante es inmediatamente nuestro futuro; es decir, *el después*, pero por ahora diremos que esto es totalmente desconocido.

3.1 El porvenir escatológico

En el antes vemos como poco a poco se van desencadenando una serie de sucesos para desembocar en el presente, y que tales sucesos tienen la posibilidad de ir más allá. Esto sólo es posible en el campo del ser, porque en el no-ser, el Más allá no puede ser como los pequeños más allá relativos de continuación. Ahora bien, el sentido general del devenir hace que el más allá de la muerte sea un futuro, pues ella es la que nos marca el futuro de todos los futuros, además con la finalización de nuestra existencia se inicia una “nueva era”, en la que precisamente ya no estaremos más. Sin embargo, el más allá no es un futuro, pues “el futuro es una determinación del presente, una cierta manera de representarse al no-ser del aún-no y de anticipar el ser de ese no-ser”, mientras que la “futuridad” del más allá es una simple proyección y es una prueba no del más allá, sino del más acá”¹⁰⁰.

¹⁰⁰ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 350.

Ahora bien, los futuros de la empiria son futuros que se dejan de un día para otro y se prolongan indefinidamente, en cambio, el futuro escatológico, que llamamos más allá, es un futuro sin un antes y mucho menos sin un presente; a diferencia del futuro escatológico, el futuro se personifica en el advenimiento, es decir, el acontecimiento a punto de acontecer; sin embargo, nunca se puede estar seguro de que un acontecimiento sea tal y como se espera, pues puede ser que no se cumplan las expectativas; por ejemplo, cuando queremos ir a trotar en la mañana, nos vemos imposibilitados porque de pronto empezó a llover, pues aunque no hayamos podido trotar hoy lo podemos hacer mañana, por eso a pesar de estos inconvenientes el advenimiento es la promesa de un acontecimiento próximo, lo mismo que cuando hay un acontecimiento, el advenimiento ya ha pasado.

Pero, después de la muerte no pueden haber más acontecimientos y mucho menos el advenimiento, pues “el más allá no es futuro y si no sucede nada en la eternidad mióntica, el acceso a esa eternidad no podría desembocar más que en una vía muerta: en ningún caso el advenimiento inicia aquí una serie de acontecimientos. Como tampoco preludia ninguna *aventura*”¹⁰¹, no es como el famoso cuento Charles Perrault *el gato con botas*, veamos por ahora este cuento para observar después, cuáles son las características de una aventura así sea un cuento infantil:

Al morir un molinero, dejó por herencia a su hijo tan solo un gato. Pero éste dijo a su amo. -No te parezca que soy poca cosa. Obedéceme y verás. Venía la carroza del rey por el camino. Entra en el río -ordenó el Gato con Botas a su amo, y gritó: -¡Socorro. ¡Se ahoga el Marqués de Carabás.

Rey y su hija mandaron a sus criados que sacaran del río al supuesto Marques de Carabás, y le proporcionaron un traje seco, muy bello y lujoso.

Le invitaron a subir a la real carroza, y adelantándose el Gato por el camino, pidió a los segadores que, cuando el rey preguntara de quien eran aquellas tierras contestaran «del Marqués de Carabás».

Igual dijo a los vendimiadores, y el rey quedó maravillado de lo que poseía su amigo el Marqués. Siempre adelantándose a la carroza, llegó el gato al castillo de un gigante, y le dijo: -He oído que podréis convertirlos en cualquier animal.

Pero no lo creo. ¿No? Gritó el gigante. -Pues convéncete. Y en un momento tomó el aspecto de un terrible león. -¿A que no eres capaz de convertirte en un ratón? Cómo que no? Fíjate. -Se transformó en ratón y entonces ¡AUM! el Gato se lo comió de un bocado, y seguidamente salió tranquilo a esperar la carroza.

¹⁰¹ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 350.

Bienvenidos al castillo de mi amo, el Marqués de Carabás! Pase Su Majestad y la linda princesa a disfrutar del banquete que está preparado. El hijo del molinero y la princesa se casaron, y fueron muy felices. Todo este bienestar lo consiguieron gracias a la astucia del Gato con Botas¹⁰².

En esta aventura vemos que siempre hay algo en común con los acontecimientos que suceden en la cotidianidad, el gato, el Molinero, un Marques etc., y así este cuento sea producto de nuestra imaginación, y esté por fuera de la realidad, sus elementos son cosas con las que siempre nos topamos. En cambio, en el más allá no hay aventura porque allá todo es totalmente extraño para nosotros, ahora ¿cómo podríamos inventar una historia como ésta, si nada es conocido? No es posible. Sin embargo, el hombre siempre está inclinado a imaginar lo inimaginable, lo que está realmente por fuera de sus posibilidades, de tal manera que da una “respuesta” a su impotencia, haciendo un sin número de utopías tales como el Olimpo y el Hades, Cielo e Infierno, un bajo mundo totalmente distinto a éste; Y ¿por qué? Porque aunque vayamos al infierno y suframos toda una eternidad o estemos totalmente alegres, tendremos la esperanza de seguir estando ahí. Pero aunque sigamos estando, en el más allá hay un miedo bastante grande, por lo que pueda suceder, pues por más que tengamos la esperanza de seguir viviendo, no implica que vayamos a estar contentos en el infierno; ya que el temor que nos muestra nuestra gran imaginación va hacia el miedo de sufrir lo que pueda pasar en un terreno absolutamente desconocido, de la suerte que podamos tener allá, por ello el pecador hace lo mejor posible para que sea eximido de sus pecados, pues la salvación de su alma asegura su felicidad eterna, pero que no haya solución a sus pecados implica que hay un *miedo angustioso, es decir, un casi-nada*. El miedo, como lo mostrábamos hace un momento se indicaba el temor hacia algo desconocido, pero que con la imaginación se puede convertir en algo posible; sin embargo, aunque haya imaginación, la angustia como ya lo sabemos es el pánico que se apodera de nosotros ante la inminencia del instante mortal; ante la nada, por lo tanto no puede darse en nosotros de la misma manera que el miedo ya que en la angustia no hay imaginación, y por lo tanto no hay nada, así el casi-nada y la angustia temerosa no tienen sentido. Como ya lo hemos visto antes el más allá no es propiamente un futuro, está más allá del futuro, es decir,

¹⁰²Cf. Perrault Charles “el gato con botas” *Cuentos*. Trad. Maria Dème Alvaradez. Porrúa. México. 1992. 70-76.

un no-futuro. Pero ¿cómo es posible que de un no-futuro se espere algo? Cuando hay esperanza es porque hay algo concreto que esperar, que sólo se pueda dar en un futuro temporal y que se refiere a la posibilidad de un acontecimiento probable o no, como por ejemplo cuando hay un enfermo terminal, se espera que haya la posibilidad de que no muera rápidamente, que pueda pasar que la medicina con sus avances permita que esa esperanza se realice en un verdadero acontecimiento.

Sin embargo, el más allá es “desesperadamente deseado más que apasionadamente deseado”¹⁰³, una cosa es decir: “espero que mi familiar no muera por cáncer”, lo cual más que desesperado es por el amor hacia esa persona; pero la esperanza de que la vida sea infinita, o que prolonguemos la vida más allá de la muerte, no es más que una esperanza desesperada, es decir, un deseo que seguramente no se puede realizar, pero que es totalmente posible (en especial en el segundo caso) en la medida que algo que no es racional y que nadie pueda entender lo abarque, es decir, que la fe se haga presente.

3.2 Absurdidad de la supervivencia y de la nihilización

Es necesario acá tener en cuenta que para Jankélévitch la ambigüedad infinita del más allá reside toda ella en el hecho de que las dos soluciones contradictorias de la otra vida y de la nihilización son igualmente absurdas: tenemos que poner de manifiesto, una tras otra, estas dos absurdidades antes de verlas coincidir.

3.2.1 Absurdidad de la supervivencia

Ante la inmortalidad se dan dos interpretaciones, las cuales se pueden sintetizar de la siguiente manera, el que nunca muere, y el que tiene vida después de la muerte. En el primer caso, como hace algún tiempo lo señalábamos, se trata de personas que por más que tengan muchos años parece que nunca se fueran a morir, que su longevidad es

¹⁰³ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 356.

indestructible, o a aquellos que por más accidentes que tengan salen vivos, por ello se consideran inmortales y la muerte como una utopía, pero la muerte no es un juego, no es una utopía, y por más que no se miren al espejo, el envejecimiento va a hacer estragos en su cuerpo hasta que no quede más que un rastro inútil de su vida “imperecedera”. El segundo aspecto es lo que los inmortalistas llaman otra vida, lo cual refuerza aún más lo que hemos hablado en el anterior subcapítulo: una segunda vida, una vida posterior que toma el relevo de la primera por encima del vacío de la muerte: la resurrección, ésta es la salvación de toda persona, la victoria de la muerte de la nos habla el apóstol Pablo:

Todos moriremos, pero todos seremos transformados en un momento, en un abrir y en un cerrar de ojos, cuando suene el último golpe de la trompeta. Porque sonará la trompeta, y los muertos serán resucitados para no volver a morir. Y nosotros seremos transformados. Pues nuestra naturaleza corruptible se revestirá de lo incorruptible, y nuestro cuerpo mortal se revestirá de inmortalidad. Y cuando nuestra naturaleza corruptible se haya revestido de lo incorruptible, y cuando nuestro cuerpo mortal se haya revestido de inmortalidad, se cumplirá lo que dice la Escritura: “la muerte ha sido devorada por la victoria. ¿Dónde está, oh, muerte, tu victoria? ¿Dónde está oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está oh muerte, tu aguijón?” El aguijón de la muerte es el pecado, y la ley antigua es la que da el pecado su poder. ¡Pero gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo¹⁰⁴.

Ahora bien, también es importante detenernos un poco en el principio universal de la conservación¹⁰⁵, que nos prohíbe comprender la desaparición mágica de un ser vivo: tres soluciones aparecen aquí: la primera alega la perenidad de la vida, la segunda la eternidad de la esencia y la última alegando la supervivencia personal del alma. Estas tres soluciones a partir de la anulación del ser existente si aniquilar la esencia de ese ser, convirtiendo de esa manera la muerte como una supresión parcial; por lo tanto, estas compensaciones metaempíricas trivializan la angustia y el carácter trágico de la muerte. Pero otra “consolación” que Jankélévitch nos muestra es la cosmológica, en donde la muerte impone la evidencia de una descomposición del cuerpo orgánico, transformando primero en cadáver inerte, después en osamenta, sales minerales elementos químicos, en éste punto podría decirse, lo cual no simplemente es así, que la muerte es una metamorfosis, un renacimiento; descomposición y germinación, putrefacción y florecimiento de tal forma

¹⁰⁴ Corintios 14 (50-58)

¹⁰⁵ Cf. V. Jankélévitch. *La muerte...*, 361.

que morir sería revivir, disgregarse y renacer en otra parte y bajo otras formas. Por ejemplo: Empédocles niega el nacimiento y el fin, y admite únicamente la mezcla y el cambio de los elementos, la continuidad aquí sería por lo tanto como la magia de resurrección personal abandonada al azar, de tal manera que el vivo es mortal, pero la vida de ese vivo y la vitalidad de esa vida son indestructibles e incorruptibles, y por consiguiente la muerte no es el final de la vida, sino únicamente el final del vivo y no la vida universal. La muerte no tendría nada de trágico, y eso es así, pues la muerte de alguien sería como la caída de una hoja; y ello se da porque cuando alguien muere necesariamente nace otro, pues la teoría de la evolución arrasaría con la especie, con la humanidad; el aniquilamiento individual, permite de esa manera la supervivencia. Estas dos evidencias contradictorias, pero conjuntas explican la paradoja del devenir: “el devenir es esa renovación continua de un ser que cesa continuamente de ser en particular y continúa siendo en general”¹⁰⁶, de esta manera la muerte y el nacimiento son dos caras de la misma moneda. Es por ello que la muerte no es trágica, pues ayuda a mantener el orden universal de la naturaleza.

El orden universal es en sí mismo un concepto y su filosofía está encaminada hacia la idea eterna, de tal forma que la muerte se vuelve un concepto como cualquier otro; por ello, la tradición ha introducido lo indefinido e infinito; lo primero lo podríamos ver como la continuación de un hecho en donde los hombres trabajan duro para que la continuación de su especie persista, y lo segundo como algo totalmente intemporal donde hay una supervivencia aleatoria, siempre renovada, que no tiene fin; es por estos factores que todo termina en un carácter totalmente imperecedero. Sin embargo, la idea de eternidad no puede estar anclada en determinaciones negativas, es decir, inmortal e intemporal, pues:

La eternidad de la idea no es el resultado de un añadido o de una prolongación indefinida, ni de un plazo siempre revocable, y no debe nada a la moratoria gratuita de la buena suerte; ¡no! Es a priori como las verdades *inmortales* se sustraen al devenir: ¡quisieran morir pero no pueden! Su eternidad por tanto es completamente positiva. Propiamente hablando, las palabras inmortal e intemporal, que son palabras negativas, no pueden convenirla: pues no han tenido que ni que vencer a la muerte ni que vencer al tiempo. No saben nada de una inmortalidad de una semana o de un día. No es porque la hora de su muerte sea indeterminada por lo que son inmortales, pues no hay *hora*

¹⁰⁶ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 365.

para las verdades. La hora incierta sólo es incierta con relación a una muerte cierta: y aquí es la imposibilidad de la cesación la que es cierta¹⁰⁷.

Ahora bien, vemos una distancia entre la inmortalidad inquebrantable dada por su esencia, y la “inmortalidad dada por la acción”; en ésta última la acción pretende continuar a pesar de la muerte, y esto se debe a una desperdiciada voluntad, es decir, ella hace *como si* la muerte no existiera, pues esta es la verdad eterna, ya que la muerte es totalmente inexistente; sin embargo, la verdad eterna que “asegura” esto último sólo es aplicable al mundo de las esencias; pero el *como si* que está presente en la acción muestra la inseguridad que la supuesta verdad le ofrece, además, al negar la muerte sin nihilizarla, se topa con el futuro tan real, que no hay verdad eterna ni valor alguno que solucione su contrariedad.

Otro aspecto acerca de la posibilidad de la supervivencia es la del alma según el dualismo; el alma se nos presenta como animadora del cuerpo, pues sin ella el rostro de alguien no sería expresivo y quien llevara ese rostro simplemente estaría muerto, pero el alma permite con su benevolencia el movimiento del cuerpo, permite la vida¹⁰⁸; sin embargo, lo que vemos es simplemente un vivo y ya, uno no es dos, pero esto no se puede admitir, porque seríamos finitos y de nosotros no quedaría nada ni siquiera un *uno*; por ello, el alma y el cuerpo tienen que ser uno sólo para que cuando llegue la separación, lo que anima deje lo animado, pues éste último sólo puede llegar a ser un cadáver, en cambio el alma está purgada de su desecho cardevorígico, pues ella es vital en su totalidad, ya que se presenta como aquella que se despoja de lo inerte abandonando así el residuo informe.

Con esto vemos que el dualismo parece resolver el eterno acertijo de la muerte, en donde el alma le da vida al cuerpo, pero cuando el alma sale del cuerpo ¿a dónde se dirige? Podría ser al lugar que Sócrates pretende llegar después de su muerte, es decir, la continuación de Sócrates sin cuerpo; sin embargo, esto implicaría que el devenir siga siendo después de la muerte; pero el muerto después de muerto no deviene nada, como ya lo habíamos dejado claro antes; pero, el dualismo cree que aunque la muerte estrangule el devenir suprimiendo

¹⁰⁷ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 367.

¹⁰⁸ Aquí es el alma y no la vida lo que individualiza la mismidad.

la vida, no nihiliza el ser de ese devenir, pues la muerte solo nihiliza el simple compuesto impuro. El dualismo nos ofrece una gran esperanza, y en ella se encuentra inevitablemente la creencia en la sobrenaturalidad, es decir, el apego a la cosa insoluble, que permite que se solucione el dilema de la nada y la supervivencia, de tal manera que la conservación no cese, aunque la materia se disuelva; pero como ya dijimos la muerte no es ni un cambio de estado, ni un cambio de forma, no es ningún cambio en absoluto, y como esto es así el alma no puede ir a alguna parte, ahora esto último se refuerza aún más dejando claro que en la vida no hay alma, ya que el alma no es localizable en el cuerpo que ella “anima”. Ahora bien, si el alma anima al cuerpo ¿por qué se quiere liberar de él? ¿Ella acaso se encuentra en una prisión? ¡Pues claro que sí! O ¿no? Pero si el alma se encuentra presa en la carne putrefacta ¿por qué no liberarla lo más pronto posible? Seguramente no podríamos responder a ello, pero hay personas que no esperan porque ¿para qué esperar, si de todas maneras el cuerpo será abandonado por el alma? Sin embargo, ¿el alma qué sería sin el cuerpo? ¿A quién tendría que animar? A nadie y ¿qué sería de ella? Pues pobre ella, ya que cuando salga de la prisión y haya perdido su techo y su morada, ¿a dónde podría llegar? A cualquier parte, no necesariamente con los sabios o con los que murieron por un juicio injusto, como lo deseaba el mismo Sócrates:

La muerte es algo así, digo que es una ganancia, pues la totalidad del tiempo no resulta ser más que una sola noche. Si por otra parte la muerte es como emigrar de aquí a otro lugar y es verdad, como se dice, que allí están todos los que se han muerto ¿Qué bien habría mayor que éste, jueces? Pues sí, llegado uno al Hades, libre ya de éstos que dicen que son jueces, va a encontrar a los verdaderos jueces, los que se dice que hacen justicia allí: Minos, Radamanto, Eáco y Tripolemo, y a cuantos semidioses fueron justos en sus vidas, ¿sería acaso malo el viaje? Además, ¿cuánto daría alguno de vosotros por estar junto a Orfeo, Museo, Hesíodo y Homero? Yo estoy dispuesto a morir muchas veces, si esto es verdad, y sería un entretenimiento maravilloso, sobre todo para mí cuando me encuentre con Palamedes, con Ayante el hijo de Talamón, y con algún otro de los antiguos que haya muerto a causa de un juicio injusto, comparar mis sufrimientos con los de ellos; esto no sería desagradable según creo. Y lo más importante, pasar el tiempo investigando y examinando a los de allí, como ahora con los de aquí, para ver quien de ellos es sabio, y quién cree serlo y no lo es. ¿Cuánto daría, jueces, por examinar al que se llevó a Troya aquel ejército, o bien a Odisea o a Sísifo o a otros infinitos hombres y mujeres que se podrían citar? Dialogar así con ellos, estar en su compañía y examinarlos sería el colmo de la felicidad. En todo caso, los de allí no condenan a muerte por esto. Por otras razones son los de allí más felices

que los de aquí, especialmente porque ya el resto del tiempo son inmortales, si es verdad lo que se dice¹⁰⁹.

3.2.2 Absurdidad de la nihilización

Pero el intento de la conservación del alma no se puede tratar con total desprecio, pues la esperanza de que esto suceda es una protesta de la inevitable nihilización, es una tendencia desesperada que abruma todo nuestro ser, y aceptar tal nihilización no sería más que la renuncia ante el misterio. Sin embargo, más que el principio de conservación lo que nos preocupa realmente es el principio de continuación, ya que por ello se nos hace imposible comprender nuestra aniquilación, es decir, la continuación nos asegura que vamos a ser y que continuaríamos siendo, pasando por alto el instante mortal en donde:

Todo sucede como si hubiera una especie de inercia metafísica propia del *Esse*: la continuación del ser es en sí misma una continuación indefinida y perpetúa. Lo que quiere decir: no hay razón interna para que el ser deje de ser, ni *a fortiori* para que cese de ser hoy *mejor* que mañana o que en cualquier otro momento¹¹⁰.

Sin embargo, la muerte consiste en que el ser pasa al no-ser; pero esto sucede tan de repente que tal interrupción del ser requiere una explicación, pues debe haber una causalidad suplementaria para explicar la detención de los órganos vitales, la aniquilación gratuita de alguien no es justificación, pues como lo habíamos dicho antes, inevitablemente toda muerte es violenta, una anomalía imprevisible, como por ejemplo: aquel hombre aproximadamente de cuarenta y cinco años de edad, el cual todos los días salía a trotar a las seis de la mañana y su esposa se levantaba siempre a esa hora y le hacía el desayuno, esperando que él volviera a las ocho de la mañana, después de las ocho y media su esposo no llegaba; al momento ella recibió una llamada del hospital en donde le informaron que su esposo murió de un paro cardíaco; ¿qué es esto? ¿Cómo es posible que un señor vigoroso que cuidaba su salud muera de un momento a otro cuando, si lo que estaba haciendo era mejorar sus expectativas de vida? ¿Acaso la esposa de él entiende? ¿Hay una explicación?

¹⁰⁹ Platón. *Apología de Sócrates...*, 56-57, (41 a- 41-d).

¹¹⁰ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 378

Para explicar esta falta de justificación Jankélévitch se refiere a Bergson en los siguientes términos:

Bergson no se equivocaba: la interrupción del ser, del mismo modo que supone un suplemento de energía, requiere un suplemento de explicación: ya que es necesaria una causalidad suplementaria para explicar la detención de todas las funciones vitales; ya puede la muerte estar por fuera de cualquier categoría, que el acontecimiento mortal, puesto que tiene lugar en alguna parte y en alguna fecha, implica determinaciones explícitas que se añaden, lisa y llanamente, al ser: lo que sucede representa un excedente en relación a lo que es; el acontecimiento es un pliegue ...o una falla en la trama del ser no circunstanciado; incidente o accidente histórico, la aniquilación de alguien requiere una justificación¹¹¹.

Pero como ya lo sabemos la muerte no es más extraordinaria que el nacimiento, porque así como nace alguien, de la misma manera muere, el nacimiento nos da el todo y la muerte desemboca en la nada; pero ésta concepción no ha sido aceptada por todos nosotros, pues es absurdo que haya un no-ser ¿Aquel que ha comenzado no habría de existir siempre? ¿Para qué nazco si moriré? O al revés ¿por qué era necesario que lo inexistente empezara a existir? ¿Por qué no ha permanecido eternamente en el no-ser? Por estos cuestionamientos Epicuro nos dice:

Acostúmbrate a pensar que la muerte no tiene nada que ver con nosotros, porque todo bien y todo mal radica en la sensación, y la muerte es la privación de la cesación. De ahí que la idea correcta de que la muerte no tiene nada que ver con nosotros hace gozosa la mortalidad de la vida, no porque añada un tiempo infinito sino porque quita las ansias de la inmortalidad.

Pues no hay nada temible en el hecho de vivir para quien ha comprendido auténticamente que no acontece nada temible en el hecho de no vivir... Así pues, el mal que más nos pone los pelos de punta, la muerte, no va nada con nosotros justamente porque cuando existimos nosotros la muerte no está presente, y cuando la muerte está presente entonces nosotros no existimos. Por tanto la muerte no tiene nada que ver ni con los vivos ni con los muertos, justamente porque con aquellos no tiene nada que ver y éstos ya no existen¹¹².

La vida está orientada hacia el futuro, es un advenimiento inevitable e irreversible. Así como del no-ser vamos al ser, es decir, al maravillosos acontecimiento del nacimiento, el cual es un gran regalo, y como es tan grande el vivo quiere retenerlo por todo los medios se aferra y no está dispuesto a devolverlo, ese gran regalo que se nos ha dado no acabara

¹¹¹ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 379.

¹¹² Epicuro, *Epístola de Epicuro a Meneceo*. Trad. José Vara, Cátedra, Madrid, 2001, P 88, Frg 124-125.

nunca, estando siempre en dirección al futuro de esa manera seríamos siempre eternos, tal eternidad tuvo un comienzo, pero jamás un final. Ahora bien, hay algunas concepciones que sostienen que la vida es prestada y que después tendrá que pagar por las deudas que deja de ella, pero esas deudas son susceptibles de remediarse durante la vida misma, por eso *el quien peca y reza empata*, ¡ya no hay deuda alguna! Sin embargo, que la vida sea prestada no nos convence, pues el respeto y el hecho de lo irrevocable no nos permite rezar y empatar.

Esta es la mirada bella del asunto, aquella que no terminará jamás, esto no es nada escandaloso; sin embargo, el nacimiento por más maravilloso que sea sólo es un proceso biológico y a partir de esto se dan distintas transformaciones de aquel que ha nacido, y entre esas vemos la definitiva, a saber el instante mortal que no va a permitir al ya nacido seguir transformándose, pero ¿qué paso con el regalo? La vida no es un regalo es un simple proceso biológico que tarde o temprano va a terminar irremediablemente; pues la muerte suprime al vivo de una manera instantánea, tan es así que causa pavor y nos deja estupefactos, sin la posibilidad de evitarla, y es en este momento donde la continuación que se veía con el paso de los años fenece en el momento en que la muerte llega.

Sólo es posible que algo continúe en el campo del ser, sea que exista encarnado o no. No solo podemos hablar del hombre y su finitud, pues aparte de ello encontramos verdades e ideas eternas, las cuales persisten y están por fuera de la degradación, por ello el tiempo no pasa sobre ellas, es decir, en ellas no hay comienzo ni final. Pero éste carácter intemporal pone al ser pensante en una ambigüedad¹¹³: por una parte la permanencia intemporal de las verdades caracteriza también al pensamiento que las piensa, como el pensamiento que piensa la inmortalidad de la vida como el *Cogito* que trasciende a la historia y a la evolución, y finalmente una filosofía de la muerte que concluye con la mortalidad de la criatura, es ella misma independiente de la muerte y trasciende a la muerte. Ahora bien, el pensamiento permanece fuera del destino de las criaturas, pues el trasciende a éstas, ya que es ajeno al tiempo y a él no le incumbe la muerte y el nacimiento. Pero el ser pensante muere y tiene conciencia de ello y éste –Sócrates- después de hermosos sermones acerca de

¹¹³ Cf. V. Jankélévitch. *La muerte...*, 383.

la muerte, sostiene que la muerte no le impresiona; sin embargo, el sabio sucumbe y la muerte le quita la palabra de la boca evitando que siga con sus conjeturas, le pone punto final a su saber por las buenas, pues está abocado a esa nada que ya no puede intentar pensar, -de nuevo Sócrates aparece por aquí para nuestro amigo Jankélévitch-, fue con la cicuta que Sócrates dejó de pensar, la que aniquiló para siempre su mensaje, pero él al ser amante de la verdad quiere que sus discípulos ya no se interesen en él sino en la verdad misma, que nadie esté apegado a la apariencia carnal, que nadie olvide el espíritu y que nadie descuide los fines por pararse a medio camino en los medios, y otro de los tantos aspectos del socratismo es que aquel que diviniza sea a Sócrates o a otro se queda en plano de las apariencias, y esto no es permitido aquí, pues la ironía socrática invita a pasar del signo al sentido, a mirar la dirección indicada no el dedo que indica; todos estos factores y otros más hacen que la ironía sea la medicina a todos los males. Es claro que tal mensaje sobrevivió a Sócrates, pues aunque él esté muerto sus frases permanecerán como norma de conducta para los hombres. Pero si sus frases perduran por mucho tiempo ¿qué es lo que se aniquila? ¿Qué es lo que sucede con la muerte del mismo Sócrates?

Lo que se aniquila es la misteriosa verdad mortal de la persona...La muerte del sabio, es un fracaso parcial de la sabiduría puesto que consagra la imposibilidad en que se encuentra el sabio de armonizar totalmente su verdad personal con la verdad ideal: ¿por qué es necesario que la verdad de la persona sucumba al veneno, y que la verdad de la idea sobreviva a ese mismo veneno? Pues porque la cicuta no tiene efecto sobre esas verdades. A la ironía racional le viene la burla trágica. Evidentemente hay algo de burla y de chocante en esta falta de sincronización, sí, hay una burla medianamente amarga en esta disimetría entre las dos verdades, la verdad a secas y la verdad del portador, una abandonando a la otra y disociando su suerte de la suerte de la verdad impersonal y despegándose para siempre por efecto de la muerte¹¹⁴.

El carácter irremplazable del Sócrates de carne y hueso hace que sus discípulos se muestren inconsolables ante la cicuta en camino, pues lloran por su triste suerte, por el incomparable e irremplazable que desaparece; sin embargo, Sócrates le quita el carácter trágico de éste acontecimiento, pero tal serenidad del sabio no es totalmente comprensible en el *Fedón*, pues cuando Sócrates tuvo un estremecimiento, sin duda alguna allí ocurrió una desgracia, pues fue el final del sabio, del pensador.

¹¹⁴ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 387.

Hace un momento nos referimos al pensamiento como intemporal, eterno, pero es esto es totalmente desmentido por la muerte del pensador, pues por más que el pensamiento contradiga a la muerte, no evita que el ser pensante sucumba, y pretender que el pensamiento continúe sin el pensador no es más que el resultado de una estupidez, pues la única manera de acceder a ello sería por medio de una metáfora, del resultado de lo imaginado inimaginable, por esto tenemos que decir ahora: el pensamiento no mata a la muerte, no la suprime por más bellos discursos que dé el pensador, pues la muerte mata el pensamiento por llevarse a su pensador.

Sin embargo, “Con su infinita agilidad el pensamiento toma conciencia de la muerte y por ese acto, la abarca en su conjunto, pero, al ser él mismo el pensamiento inmortal de un ser pensante mortal, pierde esa posición dominante y es a su vez dominado por aquello que domina o (para hacer otras metáforas) englobado por aquello que engloba”¹¹⁵, es decir, la conciencia de la muerte se encuentra rodeada de la muerte, así como el hombre trasciende a la muerte se encuentra al mismo tiempo dentro de esa muerte, es más, ¡está más dentro que fuera!; sin embargo, tal estar dentro, lo abrumba por mucho que tome la conciencia de la necesidad de morir en general, permanece, ante su propia muerte relativamente inconsciente, aunque los médicos lo den por muerto y le digan una y otra vez lo mismo, ni ellos ni el desahuciado se lo creen. Esta es la paradoja de una conciencia englobada por aquello que engloba.

Ahora bien, ¿quién tendrá en definitiva la última palabra? No puede ser el pensamiento, pues cuando la muerte aniquila al pensador, al mismo tiempo aniquila a aquel; aparte de ello el pensador hace conjeturas acerca de la muerte, acerca del más allá, ya que la inevitable cesación a la que se encuentra abocado, genera en él una gran impotencia, por esto se dirige a conceptos como infinito y eternidad, los cuales pueden apaciguar la angustia que está siempre presente, pero éste pensamiento está atravesado por la imposibilidad de superar físicamente la muerte. Al observar tales problemas el pensamiento no es consciente hasta el penúltimo instante, y en este momento por más esfuerzos que realice por conceptualizarla y aprehender la muerte, el último instante aniquilará al ser

¹¹⁵ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 390.

pensante y, por lo tanto, el pensamiento dejará de pensar irremediabilmente, mostrando que ella triunfa, incluso para aquellos que han pensado la muerte toda la vida. Entonces, ¿de qué sirve haber pensado la muerte, si también me afecta? ¡El último segundo! ¡Esperemos y veremos qué pasa! Pero sí podemos decir por ahora que:

Ese último segundo es el definitivo, el decisorio, el cual cambia el sentido de nuestra relación con la muerte, de modo que trastoca lo *a posteriori* con lo *a priori* y la superioridad del pensamiento queda bajo una configuración de inferioridad, pues el pensamiento queda subordinado a la muerte: admitir que la muerte es para el pensamiento de la muerte un *a priori* hasta el artículo penúltimo, aquel que precede inmediatamente el gran salto, pero no más allá, es por tanto una ironía ligeramente amarga: admitir que el hombre es siempre más fuerte que la muerte, salvo en el momento supremo es admitir que es débil¹¹⁶.

Ante la muerte todopoderosa, omnipotente, triunfante y soberana la que doblega hasta aquel hombre que en vida vivió soberanamente, ante ella se ve derrotado el más irreverente y el más fuerte. En la vida un hombre valiente y soberano puede ser desafiado por otro, pero la muerte ni siquiera desafía, pues no tiene la necesidad, y es por esto que la soberanía se vuelve en una simple inutilidad como lo vemos con la *muerte triunfante* de Rethel: en donde los hombres nobles que han defendido a su patria, han sido derrotados por la muerte todopoderosa; ella arrasa con todo lo finito, imponiendo un silencio absoluto en el mortal, muestra su victoria sin que nada o nadie pueda hacer algo para anularla, dejando tras ella solo desolación.

La muerte triunfante es englobada por la conciencia y al mismo tiempo la conciencia es englobada por la muerte, por ello podríamos decir que hay una ambigüedad entre estos, pues:

La conciencia prevalece sobre la muerte como la muerte sobre la conciencia. El pensamiento tiene conciencia de la supresión total, pero él mismo sucumbe a esa supresión que piensa, y que no obstante pensarla lo suprime. O recíprocamente sucumbe a la supresión que piensa, y a pesar de ello la piensa. La potencia de todo concebir, ella misma inconcebible, se encuentra desarmada ante su propia terminación también inconcebible, ante su impenetrable aniquilamiento; y sin embargo acusa y denuncia el escándalo y protesta contra él. ¡Insoluble es en verdad el choque de estos dos inconcebibles! Sabe que es mortal, la caña pensante; y añadimos al punto: no por

¹¹⁶ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 393.

eso morirá menos. Y he aquí que hemos vuelto a nuestro punto de partida: muere, pero sabe que muere: el círculo se cierra¹¹⁷.

Como vemos esta es la paradoja de la reciprocidad circular, la cual es una irónica revancha de la conciencia sobre la muerte que ella piensa, y el triunfo de la muerte sobre la conciencia que ella mata, pero más que esto trata de una reciprocidad completamente contradictoria, en donde las fuerzas estarían distribuidas por igual entre las dos partes, y por esto, no podrían prevalecer una sobre la otra, ya que al estar totalmente separadas, son incomparables, contradictorias y se oponen como dos absolutos, pues son radicalmente disimétricas y no están en el mismo orden ni en el mismo plano, es por estos aspectos que no hay preponderancia entre la una y la otra. La preponderancia del pensamiento es racional mientras que la de la muerte es física, y lo que sucede básicamente es: la preponderancia ideal de la conciencia no tiene efecto sobre la prolongación de la vida y de la misma manera la muerte no tiene efecto sobre el pensamiento, lo “único”¹¹⁸ que hace es aniquilar la existencia del ser pensante, pero no racionalmente, sino simplemente como un proceso biológico; por esto la conciencia no puede ignorar el límite a la que se encuentra abocada, no puede ignorar su gran debilidad, es decir, la muerte.

Lo que hemos visto hasta ahora es la ambigüedad entre la muerte y la conciencia, es decir, la muerte como englobante y englobada, y a la vez la conciencia como englobante y englobada, lo cual implica que el ser pensante está a la vez dentro de la muerte y fuera de ella. Ahora, ¿hasta qué punto el pensamiento engloba totalmente a la muerte? ¿La muerte acaso no se presenta bastante misteriosa para el pensamiento, provocando una gran problemática y especulación sobre la ella? Veamos lo que nos dice Jankélévitch al respecto:

Misteriosa y sin embargo problemática, la muerte es el misterioso problema al que falta siempre una determinación para poder ser realmente un objeto de pensamiento; o lo que es lo mismo: la muerte es el misterio problemático del que nuestro pensamiento está tomando continuamente conciencia. La muerte es *casi* inteligible, pero hay en ella un no sabe qué ambiental, un residuo irreductible que basta para hacerla inasequible, lo inagotable, lo insondable de la muerte requiere de nosotros una necesidad insaciable de profundizar que es en cierto modo nuestra mala conciencia¹¹⁹.

¹¹⁷ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 395.

¹¹⁸ Aniquila al ser pensante, es decir, aniquila el pensamiento.

¹¹⁹ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 398.

Es por esto que la muerte es a la vez objetiva y trágica, pues la conciencia no es totalmente ajena a la muerte, ya que si esto último sucediera la muerte sería un objeto natural de la experiencia, un objeto entre otros; pero como ella suprime la existencia personal del ser pensante, se convierte en el misterio englobante que no permite que sea tomada como un objeto o un concepto entre otros. Al suceder esto el pensamiento se encuentra con la problemática del misterio de la nada, del silencio.

La ambigüedad que hemos visto hasta ahora no sólo se presenta con el pensamiento y la muerte, también con el amor, la libertad y Dios¹²⁰. El amor es aquello que pretende desafiar la muerte, como respuesta al pavor del aniquilamiento, de esta manera él se podría ver como aquello extralimitado, como algo loco y desesperado que por ser así aleja a la muerte. También podríamos ver el amor como una inauguración, como un nacimiento de tal manera que permita fundar una familia, pues visto desde la perspectiva que nos ha mostrado Jankélévitch hasta ahora; el amor nos garantiza la continuación de la especie, un *recomienzo*. Él demuestra que nada se acaba nunca, de tal forma que el amor se vuelve en la promesa de un futuro, y aunque el amor sea efímero o sea el vasto porvenir del matrimonio, permite que todo perdure y que devenga. Por ello, el amor va en el mismo sentido del devenir y gracias a esto el hombre experimenta una vida intensa, que sin el amor seguramente no se podrá realizar; tal apasionamiento es el que le permite decir no a la muerte. Pero el amor no sólo se queda en esto, él también le puede decir sí al no, pues el que ama puede ir con los brazos abiertos hacia la nihilidad, es decir, la muerte del amante puede ser en pro de lo otros, pero esto sólo vendría siendo al fin y al cabo un sacrificio biológico, pues no es expresamente querido. En cambio, el amante que por amor y no por sacrificio diga si deliberadamente a la muerte, hace que la contradicción esté latente, pues el amor deliberado mata directamente a la muerte, ya que la esperanza del amante es neutralizar su muerte cuando va al encuentro de ella, cuando la anticipa y la escoge. Esta situación paradójica la podemos ver en el siguiente caso:

Representémonos ahora a Otto Weininger, a sus veintitrés años: mira fijamente delante de sí y en su mente agitada hasta el deseo de darse la muerte sólo se le aparece una y otra vez la *mujer* que desprecia, sin que pueda dominar el apasionado deseo que siente por ella; no ve más que al judío, el más bajo e infame de todos los seres, el judío que es

¹²⁰ Cf. V. Jankélévitch. *La muerte...*, 401.

él mismo. Quizá tenía la impresión de estar en una habitación angosta cuyas paredes se fuesen estrechando. Su cabeza aumentaba progresivamente, como el globo que uno hincha, y al mismo tiempo se volvía más delgada. La cabeza acaba golpeando contra las cuatro paredes que se acercan inexorablemente. Todo contacto duele y resuena como un golpe de un timbal. Finalmente, el cráneo de Weininger, proyectado en todas direcciones bate un redoble enloquecido contra las paredes, hasta que...¹²¹

El caso de Weininger nos muestra el despojo de sí mismo a sí mismo, el final del hecho de ser judío y de la mujer que lo atormentaba, de esta manera él mata a su ser de una forma totalmente deliberada; saliendo victorioso, es decir, vencido. También vemos que la muerte reúne a aquellos que la vida ha mantenido alejados el uno del otro, y al ver esto el hombre se embriaga con esa nada que le promete el cumplimiento de sus sueños. Así el sí del amor mantiene la puerta entreabierta, lo que pretende el amante es abrirla completamente y que el vacío de la muerte se vuelva un horizonte infinito rellenando de repente la eterna nada. ¿Acaso es posible que el amor tenga la victoria sobre la muerte? ¡No! ni siquiera el pensamiento puede, que es el englobante de la muerte, mucho menos algo que protesta contra ella, pues “en el indeciso combate entre el Amor vencedor y la Muerte triunfante, la victoria del amor es a menudo la victoria de un vencido. El amante es en ocasiones fiel hasta la muerte *inclusivamente*: pero muere”¹²².

La libertad al mismo modo que el amor es una propuesta contra el escándalo incomprensible del aniquilamiento, en donde el hombre pretende con ella rellenar el espacio infinito y suprimir el no-ser. Para lograr esto el hombre ve en la libertad tres factores: ella plantea el comienzo, pues sus decisiones son inaugurales e instauradoras; también es principio de vida ya que tiene la iniciativa voluntaria de la acción y finalmente es la incansable repercusión indefinida de nuestros actos.

Ahora bien, si la muerte es el punto muerto y el callejón sin salida, la libertad apuesta contra ella, pues ella tiene siempre el poder de ir más lejos, de estar siempre más allá: ¡la voluntad es invencible! Ya que opone su resistencia infinita, además querer es poder; pero el problema acá radica en que yo no quiero morir pero no puedo sobrevivir. Aquí las

¹²¹ Améry. *Levantar la mano sobre uno mismo...*, 16.

¹²² V. Jankélévitch. *La muerte...*, 405.

promesas, el querer, el deseo de no morir se acaba con algo tan simple que es que yo no puedo sobrevivir.

Ahora bien, si el amor y la libertad se han visto como posibilidades para que sean más fuertes que la muerte, en efecto Dios también entra en esta posibilidad. Él es la esperanza de la continuación del ser, por ello la esperanza en Dios es la confianza en el aplazamiento de la cesación, que no tiene que ver simplemente con las recompensas celestiales, y el lujo de un ser más perfecto, sino que el ser finito no sea fin; si esto es así, podríamos decir que esta es la infinitud positiva de Dios, capaz de compensar la nada negativa, pues con Dios hay un camino hacia la salvación. Sin embargo, Dios es irremediamente oculto, no sabemos lo que es, es decir, Dios sería como la muerte, pues de los dos no sabemos nada, entonces la infinitud positiva queda en la nada. Ahora, la muerte es una triste certeza, una necesidad un acontecimiento con el que nos topamos, en cambio Dios es ambiguo, desconcertante e invisible, no es demostrable, ni verificable; sin embargo, es esperado apasionadamente, es ardientemente deseado e invocado para que su bondad nos alargue la vida breve, pero es tan absolutamente incierto que la muerte con su certeza deja en la nada a Dios.

La tensión entre la mortalidad y la inmortalidad se basa en la incomprendibilidad de que si no es cierto que el hombre sea inmortal o si tampoco es cierto que no lo sea. La muerte y la inmortalidad son tan incomprendibles la una como la otra; en la muerte vemos que aunque sea universal y absolutamente inevitable, no por ello desafía menos a la razón, pues “la cesación del ser desmiente la verdad del pensamiento y pone en ridículo nuestra dignidad intemporal”¹²³; y la inmortalidad se vuelve incomprendible en el sentido que desafía a la ley natural del envejecimiento, del paso del tiempo, del devenir; por ello, el hombre está atrapado en la incomprendibilidad del aniquilamiento y de la inmortalidad, pues las dos tesis son igualmente irracionales, son la evidencia de los términos contradictorios, es decir, de la absurdidad y la evidencia simultánea de los dos contrarios. Es en este momento donde la absurdidad de la nihilización y la absurdidad de la supervivencia dan a saber a simple vista el porqué de su absurdidad:

¹²³ V. Jankélévitch. *La muerte...*,408.

En realidad la absurdidad de la nihilización nos remite a la necesidad de una conservación por supervivencia, del mismo modo que la absurdidad de la supervivencia nos remite a la evidencia obvia y sensible de la desaparición: la falsedad de una remite a la verdad de la otra cuya falsedad remite a su vez a la verdad de la primera. La inmortalidad es con mucho razonable cuando se piensa en la absurdidad de la aniquilación; y el hecho de la aniquilación es con mucho irrefutable cuando se piensa en la imposibilidad de la supervivencia¹²⁴.

Si tomamos alguna alternativa, inevitablemente estaríamos cayendo en un dilema y en un equívoco, pues la muerte es a la vez imposible y necesaria, del mismo modo que la inmortalidad es a la vez necesaria e imposible en donde la muerte inflige los hechos indiferentes a la continuación que se da por supuesta, esto es lo imposible-necesario, es la razón de la esperanza que nos suceda; sin embargo, tales esperanzas no serían necesarias si la inmortalidad fuera razonable, pues nuestra existencia no sería limitada y no habría ni un más allá o un más acá, nuestra existencia sería un sólo universo, sólo positividad.

Ahora bien, tampoco tenemos seguridad de la aniquilación, pues ella misma no es una idea clara; por ello, podríamos decir que la inteligibilidad de la nada es nuestra mayor suerte, nuestra misteriosa suerte. Esta es la alternatividad de los contrarios; es la que reanima la esperanza en la inquietud.

Todo esto nos muestra el antagonismo en la situación del ser mortal frente a la muerte, que parece no poder ser resuelto, pues al pensamiento con el que pensamos la muerte no le afecta la temporalidad, ni el envejecimiento, además nuestra esperanza de la que tanto hemos hablado está anclada en la “eternidad ideal”, pero, ¿qué sentido tiene la eternidad? Es más, ¿para qué la muerte en la eternidad? ¿Acaso no es absurdo que se de la finitud que es innecesaria en la eternidad?

Sin embargo, estos no son los únicos problemas con lo que nos encontramos; también vemos el problema de la elección, ¿acaso puedo elegir entre la eternidad entre la inexistencia y la existencia en la finitud? ¡No! Estamos simplemente arrojados en el mundo, y por más que queramos o no la muerte es un acontecimiento que nos toca, incomprendible en el aniquilamiento e incomprendible en la inmortalidad.

¹²⁴ V. Jankélévitch. *La muerte...*,409.

3.3 La *quodidad* es imperecedera

3.3.1 Aquello que no muere no vive

Es cierto que la muerte nos invade de angustia y la incomprendibilidad de la supervivencia y de la aniquilación nos deja estupefactos, nos causa escándalo y nos deja absolutamente derrotados, así como nos lo muestra *el triunfo de la muerte* de Pieter Bruegel: es la maravillosa Edad Media en donde los hombres sufrieron el azote de sucesivas plagas y epidemias dando como resultado la muerte y la derrota. O como nos lo dice Tomás Moro en su poema:

Aunque soy bien fea
Nadie puede en todo el vasto mundo,
Resistir mi poder o escapárseme
Así que tú viejo sabio y engradecido
Desciende de tu trono, abandona tu soberbia,
Y presta atención a esta loca, aunque te duela
Un poco de tu brillante cerebro¹²⁵.

Afortunadamente la esperanza en el más allá siempre estuvo presente y aunque la muerte hubiera sido el impedimento de vivir también fue el medio de vivir, es decir, el imposible-necesario, el órgano-obstáculo de la vida misma sin la cual no habría paradójicamente negación y afirmación; es por esto que la muerte es la única alternativa fundamental en donde el vivo sólo está vivo a condición de ser mortal, ¿qué sería de mi sino muriera? ¿Tendría sentido vivir una vida que no muere? ¿Sería ideal una existencia que no sea aniquilada? ¿No caeríamos en la cruel costumbre? Sin la muerte, sin la aniquilación de la existencia, viviríamos en un eterno infierno en donde estaríamos condenados a sufrir el insomnio perpetuo, a sufrir el dolor, es decir, sería el infierno de la imposibilidad de morir, una costumbre que aburre, que duele y que nos denigra, pues no hay afán, y la costumbre al dolor nos abrumaría; afortunadamente la muerte nos saca de este infierno y se vuelve la razón de nuestro existir, porque morimos somos capaces de emprender proyectos, desear,

¹²⁵Moro. *Piensa la muerte*. Trad. Alvaro Silva. Cristiandad. Madrid. 2006. 130.

luchar, de lo contrario no haríamos nada por no tener afán y una vida eternamente prolongada, más que una vida llena de aburrimiento sería una condena intolerable una existencia indefinidamente prolongada sería una condenación. Por todo esto que la muerte vital hace apasionante la vida mortal.

Pero ¿qué sucede con aquellos que poco a poco mueren? Ellos quitan la pasión, el vértigo y la vitalidad misma de la vida y de la muerte; vivir muriendo es como ser un cadáver ambulante que no ha comprendido que el último instante será tan arrasador que le habrá quitado toda posibilidad de morir; sin haber vivido apasionadamente, desactivan el instante supremo, por ello no conocerán ni la vida ni la muerte, sólo conocerán un instante intermedio, una mezcla de muerte y de vida, *un muerto viviente*. Aquí la muerte se volvería en un vacío intrínseco así Jankélévitch nos dice: “la muerte es el vacío intrínseco que enrarece la densidad del devenir, la muerte es el ingrediente mióntico que merma la substancia óptica de la vida; el hombre ni-vivo ni-muerto está reducido al cadáver ambulante”¹²⁶.

También está la posición del hombre que prefiere quitarse la vida rápidamente; él sabe que la muerte es su límite, que es irremediable y que no prefiere esperarla, podríamos entender tal acción si un condenado a muerte la realiza, pues él preferiría evitar la angustia y las torturas. Pero, ¿qué se puede decir del hombre que rehúsa su propia existencia?

Para Améry, aquel que levanta la mano contra él mismo, es él quien lo hace; él es el que se extingue a sí mismo, pues no espera la muerte, busca su aniquilación desafiando así a la lógica de la vida, de tal manera que rompe violentamente la prescripción de la naturaleza. El suicidante no se doblega ante el deber de existir y no considera que la vida sea el bien supremo, por ello la muerte aquí adquiere los rasgos de lo no-natural, de lo antinatural. La muerte del suicida aparece como una atrocidad ¿cómo puede alguien desear e ir hacia la muerte? ¿No será acaso un gran fracasado?

La sociedad rechaza casi siempre el suicidio por la conservación de la especie y por los principios éticos y religiosos; sin embargo, el suicida pasa por encima de lo que opine la sociedad o los principios que se rompen, pues el sentimiento de hastío que tiene lo invade,

¹²⁶ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 420.

no puede superar el *échec*¹²⁷, se dejó asustar por él, no lo puede aguantar y no lo puede soportar, “simplemente” rompe con la lógica de la vida; el suicidio se presenta entonces como una respuesta a los angustiosos desafíos de la existencia y particularmente del paso del tiempo y con la seguridad de que *podremos* no vivir; quien levanta la mano sobre sí mismo ya no tiene ninguna preocupación, ya que la preocupación sólo es posible en el tiempo, pues el tiempo se almacena en el yo, llenándolo de angustia al contemplar lentamente las agujas del reloj, pero al no verlas, al no sentir una y otra vez el latido de su corazón, lo único que le queda es un tiempo muerto, en donde sólo quedará los escombros de su propia historicidad.

Ahora bien, la muerte voluntaria libera y rescata del ser a aquel que levanta la mano sobre sí mismo, esto es, de la existencia, que ya solo es angustia. La muerte voluntaria, que promete la liberación de algo sin que por ello, según la lógica, prometa la libertad para algo, es algo más que una afirmación de dignidad humana y humanidad dirigida contra el ciego dominio de la naturaleza, aunque la libertad consecuente con la liberación del peso del ser y del existir no se experimente, y el acto de la muerte voluntaria devenga un sinsentido, ya que tras mi muerte libremente elegida yo ya no seré ni libre ni no libre, porque ya no seré; por ello, la muerte voluntaria, entendida como pura y extrema negación, no tiene en sí misma ya nada de positivo. El aspirante a suicida sabe muy bien que no va a encontrar refugio en ningún sitio, por mucho que repita que se refugia de la angustia en la vastedad, de la lucha en la paz, sabe que nada cambia y que todo cesa. Sin embargo, opta por ser libre, pues “la muerte voluntaria es el único camino que tenemos hacia la libertad. *El camino es absurdo pero no demencial, puesto que su absurdo no incrementa, antes bien reduce el de la vida*”¹²⁸, omite la exigencia de “hay que vivir” aunque sea por llorar, por reír, por respirar, porque ¿qué vale la dignidad humana, con poder sonreír? El problema está en si alguien puede volver a sonreír después de que la Gestapo ha dislocado un hombro y ha roto cualquier confianza en el mundo.

Para Jankélévitch, el que rehúsa a su propia existencia no espera, es decir, no espera para nunca ser decepcionado, no quiere entusiasmarse para no tener que lamentarse, no haber

¹²⁷ Significa tanto fallo como fracaso.

¹²⁸ Améry. *Levantar la mano sobre uno mismo...*, 148.

sido amado para que no lo dejen de amar, y de la misma manera no amar nunca para no conocer la separación, evitar el dolor y la indiferencia, huir del afecto por el miedo al desafecto, por ello, y entre otras cosas, más levanta la mano sobre sí mismo, dejaría de ser quien es ¡gran alegría es esa! Va hacia los brazos de la muerte, que es la seguridad que tanto necesita, la cual no lo decepcionará nunca, en donde afortunadamente el tiempo se neutraliza. Es inmortal en el sentido de que no puede siquiera morir, su cuerpo no puede huir del tiempo ¡que inmortalidad tan indeseable! Poder sufrir, ser decepcionado, lamentarse por algo, haber amado, sentir el dolor y no sentirlo, son señales de vitalidad, señales de una bella contradicción del querer y el no-querer, síntomas de cambio; al contrario de una flor artificial, al contrario de un saco de huesos o un montón de cenizas insípidas, ¿vale la pena morir si hay la posibilidad de conocer un día más? Cada quien con sus respuestas, pero es mejor haber probado el sabor único de la existencia, aunque los “sabios estén esperando mi llegada” aunque el órgano-obstáculo me haga sufrir, es preferible llorar mil veces y sentir cómo se quema el rostro por las lágrimas, pues hay que aceptar el mal necesario, que no es más que un bien en sí mismo para vivir, por todo esto vale la pena vivir y morir. Sin embargo: “el suicida anticipándose a su propia muerte, mata a la vida de un sólo golpe en lugar de dejarla madurar y morir temporalmente; en su desesperación no da tiempo a la fecunda negatividad para que actúe e impregne con su mensaje la plenitud vital”¹²⁹.

3.3.2 Haber sido, haber vivido, haber amado

Ahora bien, la muerte arrasa con todas las posibilidades del ser irremediable, pues no es dada en pequeñas muertes, ya que si esto sucediera la muerte sería una continua supervivencia, sería el continuo paso de la vida-muerte a la muerte-vida y así sucesivamente, esta perspectiva asegura la posibilidad de la esencia-existencia e ignora el más acá, el más allá y el umbral que separa a ambos, pues no hay vida y muerte, sino una mezcla de muerte y vida; al anular este umbral el más acá pierde su importancia y por

¹²⁹ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 422.

consiguiente, no concibe la angustia del instante mortal, y para que el más allá tenga sentido hay que exaltar la plenitud y la intensidad del más acá.

Como ya lo hemos visto anteriormente la vida una vez nihilizada arrasa con todas las posibilidades del ser y del devenir; sin embargo, la nihilización no sólo es negativa, también es positiva en la medida que la muerte libera retroactivamente el sentido de la vida; y al mismo tiempo en la vida hay un sentido de continuación que hace estallar el sin-sentido de la cesación, pero a su vez el sin-sentido de la cesación hace manifiesto el sentido de la continuación; esta absurdidad de la muerte que se trastoca y se vuelve positiva es la que abre y otorga a los hombres un sentido póstumo de la vida vivida.

La muerte no sólo nos libera de una vida infinita, también parece como el sello que imprime el fin al significado histórico de la biografía de un hombre¹³⁰, esta significación de la muerte le otorga un sentido hasta a los más inconscientes sobre la gratitud y extrañeza de la vida, pues quien muere propicia para los que siguen vivos un significado a la existencia que no sería posible si la muerte no existiera. Por esto:

Para la mayoría de los hombres, la muerte del prójimo es la revelación de esta contingencia; no sólo el final pone de relieve retroactivamente lo insólito del comienzo y lo fortuito del nacimiento, sino que además quebrantando nuestra confianza en la continuación indefinida del intervalo, nos sugiere y de rebote sobre la naturaleza arbitraria del intervalo mismo; la muerte despierta de golpe en los supervivientes facultades de asombro embotadas y adormecidas por el arrullo de la continuación cotidiana: arrojando una duda sobre la razón de ser radical de esa continuación, nos fuerza a sacudirnos nuestro topor continuacionista¹³¹.

La muerte del prójimo nos coloca en estado de asombro frente al hecho de que algo exista a que no exista nada, por ello la muerte despierta en nosotros un extrañamiento un asombro que nos permite hacer una meditación acerca de nuestra finitud. El sentido común suele encerrarse en la vida y descubre tarde el hecho de que se va a morir, se asombra en el peligro más inminente, mientras se encierra en la vida así no más, se asombra de una aventura extraordinaria o de un acontecimiento fuera de lo normal y para esta clase de asombros no hay que ser filósofos. Sin embargo:

¹³⁰ Cf. V. Jankélévitch. *La muerte...*, 424.

¹³¹ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 424.

Es necesario ser filósofo para encontrar asombrosa la existencia más cotidiana más trivial, la *quoddidad* del ser desnudo en general, *Esse nudum*, y la realidad del mundo exterior, para preguntarse por aquello que Leibniz llama el origen radical y por el *polius quam*, es decir, para experimentar el asombro ante el hecho de que algo exista más bien que nada.

Una filosofía sobre la muerte descubre aquello que no ha meditado el sentido común, pues éste último descubre tarde como es que la bala se va acercando lentamente a su cuerpo y que por ello se va a morir, que es finito y ese asombro que es tarde lo desconcierta. Al contrario, el asombro del filósofo llega a tiempo, él toma consciencia tempranamente y sin sobresaltos el que esta abocado a la muerte.

El filósofo comprende que el instante mortal es el acontecimiento en donde el ser será nihilizado, y dentro de ello se refiere a lo irreversible e irrevocable, como ya lo habíamos visto antes, no hay nada que pueda detener el devenir y pues el hecho de haber hecho no puede ser deshecho, el pecado cometido puede ser perdonado, pero el pecado no puede dejar de ser pecador, incluso si se evita la próxima vez; y el arrepentimiento no puede conseguir que aquello que ha sido hecho no haya sido hecho. Pero esto no sólo es lo irrevocable de lo irreversible; cuando alguien fue, nada le quitará el hecho de haber sido, y aunque la muerte triunfe no podrá nihilizar la existencia ya vivida, incluso en el caso del último recuerdo del difunto y la última huella hayan desaparecido quedará algo en esa oscura existencia olvidada, ya que hay algo que se escapa de las garras de la muerte es la *quoddidad* que se escapa misteriosamente de la nihilización, pues:

La muerte destruye al ser vivo por completo, pero no puede nihilizar el hecho de haber vivido; la muerte reduce a polvo la arquitectura psicosomática del individuo pero la *quoddidad* de la vida vivida sobrevive a las ruinas; todo aquello que forma parte de la naturaleza del ser es destructible, es decir, ofrece innumerables flancos a la demolición, a la desagregación, a la descomposición: únicamente ese no sabe que es invisible e impalpable, simple y metafísico, que llamamos *quoddidad* escapa a la nihilización. ¡Aquí al menos hay un imperecedero al que las garras de la muerte no alcanzan jamás; aquí al menos la todopoderosa no lo puede todo!¹³²

¹³² V. Jankélévitch. *La muerte...*, 427.

Como vemos con la guerra que ha existido a lo largo de la historia en nuestro país, todas aquellas muertes que se han dado por causa de esto, el afán de suprimir un hombre como si nunca hubiera existido, es imposible porque la raíz de la radical *quoddidad* nunca podrá ser extirpada, hacer del collar bomba un inexistente es algo que no se podrá hacer. En efecto, la muerte puede hacer como si alguien no hubiera existido, pero ese casi no es nihilizante por completo, en tanto quien ha sido, quien ha vivido es permanentemente, definitivo y eterno. Y esto es la eternidad: que *pese a la muerte el hecho de haber sido no podrá ser nihilizado*.

El hecho de que nuestra vida sea un punto infinitesimal en la historia, en donde los pasos de los años, de los siglos nos hayan olvidado, el hecho-de-haber-sido más que un instante fugitivo es un *Hápax*, pues aunque estemos muertos casi nihilizados, jamás seremos nihilizados totalmente y lo que quedará de todos nosotros se convertirá en un instante eterno. La muerte todopoderosa casi-puede nihilizarnos totalmente, ¡casi! Es el que decide por toda la eternidad.

La eternidad, la mismidad que quedará por los siglos de los siglos, no es el alma que va a ser indivisible e indestructible, es la *quoddidad* de haber sido que será siempre indestructible; “¡Ojalá la mortalidad de la muerte sea indestructible, para que la *quoddidad* de haber vivido siga siendo indestructible! ¡Es preferible, a este respecto, que la muerte sea no ya la nada de nuestra única corporeidad, sino la nada de nuestro todo; es preferible que no se salve nada!”¹³³.

Morir por completo, todo esta perdido y por eso mismo todo está ganado, no es salvando esto o aquello, un pensamiento, o un alma, ¡no! Lo irrevocable de la muerte debe hacer irrevocable la vida de alguien, es salvándolo todo y perderlo todo. Morir por completo, no una parte sino radicalmente toda la unidad de nuestro ser es lo que hace posible nuestra esperanza, es la nihilización la que desnuda el infinito valor del ser que durante el transcurso de la vida permanece oculto, es la hermosa finitud lo que nos da el sentido del más acá. La muerte es la que le otorga a la vida el don de haber sido, pero esto no es suficiente, porque la vida que termina nos hace preguntarnos: ¿qué sentido tiene la *quoddidad* del haber sido y del haber vivido?

¹³³ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 429.

Que todo lo que se oiga, se vea o se respire,

*Que todo proclame: ¡han amado!*¹³⁴

Haber amado y nada más. Haber vivido indistintamente de la vida vivida. Haber sido como una eternidad para todo aquel que ha tenido aunque sea un pequeño instante de vida. Y ¿por qué? No sé, dice Jankélévitch refiriéndose a Bergson, pero a veces sospecho que acabaré sabiendo: docta ignorancia ya se aunque todavía no sepa nada.

¹³⁴ V. Jankélévitch. *La muerte...*, 433.

CONCLUSIÓN

Al llegar al final de este trabajo nos queda un sabor agridulce de que de la muerte no se puede decir nada y que no podremos saber nada acerca de ella, que es totalmente oscura ante nuestros ojos, pero también vemos que nos queda el aquí, el ahora, y lo más importante nuestro devenir, el cual nos llevará inevitablemente hacia nuestra muerte. Por ello pensamos nuestra muerte durante la vida, pues el secreto de la muerte está celosamente guardado y lo único que podemos decir sobre ella es lo que se nos presenta, es decir, la muerte del otro, el cual nos hace ver nuestro inevitable destino; sin embargo, saber que eso nos espera no implica que tengamos alguna noción de lo que es la muerte. Al darnos cuenta de esto nos sentimos en un gran abismo, pues la muerte es oscura como el negro absoluto y la noche ciega, es como el silencio absolutamente mudo, ya que nos faltan las palabras para expresar o definir el misterio de la muerte, porque ella es indecible desde el principio, no hay nada que decir: es un silencio ante el cadáver y esto sólo nos inspira angustia.

Pero en la vida está todo, ese todo que nos lleva a nuestra finitud; como el tiempo, el cual hace estragos en nuestro cuerpo con su paso, mostrándonos así, que poco a poco llegaremos a la nada. Ese cuerpo que nos condena, también nos abre la posibilidad de existir, es necesario para que tengamos vida, pues nos abre un sin número de posibilidades, y de la misma manera las cierra, convirtiéndose en un obstáculo para nuestra continuación. Esta ambigüedad que nos presenta nuestro cuerpo, pero que en definitiva nos sumerge en la inevitable muerte, nos hace resignarnos a nuestra mortalidad, pero ello no implica que renunciemos a la vida, al contrario aceptamos la muerte y aprovechamos que no sabemos nuestra hora cierta, lo cual nos permite hacer mil cosas, pues aún tenemos la esperanza de un mañana. Ahora, ¿para qué sirve la esperanza si de todas maneras moriré? Ella es la que nos permite soñar, y gracias a que hay un camino por delante, se pueden hacer realidad muchos sueños y metas; ella hace estallar la resignación y devuelve el porvenir al hombre asediado. Sin embargo, no podemos confundir ésta esperanza con la esperanza del más allá, que más que esperanza se reduce a una gran desesperación, es un deseo que seguramente no

se pueda realizar, pero que sólo puede ser posible en la medida que sea absolutamente irracional, es decir, con la fe.

Ahora bien, es inevitable no querer que los momentos más bellos de nuestra vida se den de nuevo; es inevitable no pensar que la oscuridad tenga la posibilidad de volverse otra vez luz; sin embargo, ninguna de estas dos expectativas son posibles en el campo de la muerte, nunca podremos volver en el tiempo, nada podrá hacerse de nuevo, no seremos igual de felices que en un determinado instante. Y mucho menos vamos a volver a la misma luz o a ninguna luz después de haber visto la oscuridad, es decir, la vida ya no será posible después de la oscura e inevitable muerte.

La muerte arrasa con todas las posibilidades de ser, pues la vida una vez nihilizada arrasa con todas las posibilidades del devenir; sin embargo, la nihilización no sólo es negativa, también es positiva, pues la muerte nos libera de una vida infinita, la cual sería un infierno de la inacabada costumbre, por ello la muerte no sólo se nos presenta como posibilitadora de nuestra existencia, sino también como la que pone fin a todas las periferias que nos abruman, pero más que esto es la que nos permite disfrutar cada instante, la que nos permite tener ilusiones, realizar proyectos, etc. Sin embargo, aunque veamos que la positividad de la nihilidad es inevitable, escapar al hecho de que no volveremos a existir y que lo que estamos disfrutando jamás podrá ser de nuevo, pero no todo puede ser tan malo, pues pese a la muerte el hecho de haber sido nunca podrá ser nihilizado, aunque me olviden, aunque sólo quede de mi un rastro insignificante de polvo, existí. La muerte toda poderosa casi-puede nihilizarnos.

Así la muerte como lo oscuro e inevitable nos deja estupefactos ante su inevitable llegada, nos llena de angustia porque no sabemos qué es ella y lo peor es que nada podrá evitar nuestra finitud. Sin embargo, ¡hemos amado y hemos vivido!

BIBLIOGRAFÍA

I. Fuentes

1.1 Obras de Vladimir Jankélévitch

La muerte. Tr. M. Arranz. Pre-textos. Valencia 2002.

La aventura, el aburrimiento, lo serio. Tr. Bernarroch. Taurus. Madrid. 1989.

Pensar la muerte Tr. Zabaljáuregui. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires. 2004.

1.2 Otras Fuentes

Améry. *Levantar la mano sobre uno mismo*. Trad. M. Siguan. Pre-textos, Valencia. 1999.

Améry. Jean. *Más allá de la culpa y expiación: tentativas de superación de una víctima de la violencia*. Trad. M. Siguan Y e. Aznar. Pre-textos. Valencia. 2001.

Améry Jean. *Reuelta y resignación, Acerca del envejecer*. Tr. Marisa Siguan y Eduardo Aznar Inglés. Pre-textos. Valencia. 2001.

Epicuro, *Epístola de Epicuro a Meneceo*. Trad. José Vara, Cátedra, Madrid, 2001.

Erasmus. *Preparación para la muerte*. Tr. Mauricio Beuchot, Jus. México. D.f. 1998.

Heidegger M. *Ser y tiempo*. Tr. J. Rivera. Trotta. Madrid. 2003.

Morera Juan Ignacio. “Sabiduría y aflicción en la Grecia arcaica. (Aquiles, Pandora, Orfeo)” en Gonzáles García Moisés. *Filosofía y dolor*, Tecnos, Madrid. 2006.

Moro. *Piensa la muerte*. Trad. Alvaro Silva. Cristiandad. Madrid. 2006.

Pascal. *Pensamientos sobre la religión y otros asuntos*. Tr. E. D'ors. Losada. Buenos Aires. 1964.

Platón. *Apología de Sócrates*. Tr. Calongio Ruíz. Barcelona. Bogotá: Plantea de Agostini. 1997.

Platón. *Fedón*. Tr. Luís Gil Fernández. Madrid, Alianza, 2001.

Plotino. *Enéadas*. Tr. Jesús Igal. Gredos. Madrid. 1998.

San Agustín. *Confesiones*. Tr. Juan Ignacio Luca. Alianza. Madrid. 2002.

Serafín A. *La Biblia*. Herder. Barcelona. 2003.

Shopenhauer, Arthur. *El mundo como voluntad y representación*. Tr. Roberto Aranmayo. Fondo de cultura económica de España. Madrid. 2004.

1.3 Fuentes literarias

Beckett, *Esperando a Godot*. Tr, Pablo Palant. Circulo de lectores. Barcelona.

Camus A. *El extranjero*. Tr F. Sainz de Robles. Aguilar. Madrid. 1979.

Camus A. *El mito de Sísifo, el hombre rebelde*. Tr, Luis Echávarri, Losada. Buenos Aires. 1967.

Dostoievski. *Crimen y castigo*, Tr. R. Sáenz. Aguilar. Madrid. 1977.

Perrault Charles “el gato con botas” *Cuentos*. Trad. Maria Dème Alvaradez. Porrúa. México. 1992.

V. Hugo. *El último día de un condenado a muerte*. Tr. J de Villata. Akdus. 1995.

2. Música

Los Panchos, *El Reloj*. Series inmortales. Yoyo. Music. Colombia. 2002.